

ERIC HOBSBAWM

LA ERA
DEL IMPERIO,
1875-1914

CRÍTICA

GRUPO EDITORIAL PLANETA
BUENOS AIRES

Rediseño de tapa: Gustavo Macri

Ilustración: *El Caballero de la Muerte*, miniatura de Jean Colombe, fragmento de Tres Riches Heures del Duque de Berry

909 Hobsbawm, Eric
COD La era del Imperio: 1875-1914. 6ª ed. 1ª reimp.-
Buenos Aires : Crítica, 2009.
408 p. ; 21x15 cm.- (Biblioteca E.J. Hobsbawm de
Historia Contemporánea)

Traducido por: Juan Faci Lacasta
ISBN 978-987-9317-15-0

1. Historia Contemporánea. I. Faci Lacasta, Juan,
trad. II Título

6ª edición, 2007

1ª reimpresión, 2009

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Título Original
THE AGE OF EMPIRE
1875-1914

Weidenfeld and Nicolson, Londres

Traducción castellana de JUAN FACI LACASTA

- © 1987: E.J. Hobsbawm
- © 1998, de la traducción castellana para España y América:
Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. / Crítica
2007, Paidós / Crítica
Defensa 599, Buenos Aires
e-mail: difusion@areapaidos.com.ar

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Impreso en Buenos Aires Print,
Sarmiento 459, Lanús, en octubre de 2009
Tirada: 3000 ejemplares

ISBN 978-987-9317-15-0

PREFACIO

Este libro, aunque ha sido escrito por un historiador profesional, no está dirigido a los especialistas, sino a cuantos desean comprender el mundo y creen que la historia es importante para conseguir ese objetivo. Su propósito no es decir a los lectores exactamente qué ocurrió en el mundo en los cuarenta años anteriores a la primera guerra mundial, pero tengo la esperanza de que la lectura de sus páginas permita al lector formarse una idea de ese período. Si se desea profundizar más, es fácil hacerlo recurriendo a la abundante y excelente bibliografía para quien muestre un interés por la historia. Algunas de esas obras se indican en la guía bibliográfica que figura al final del libro.

Lo que he intentado conseguir en esta obra, así como en los dos volúmenes que la precedieron (La era de la revolución, 1789-1848 y La era del capital, 1848-1875), es comprender y explicar el siglo XIX y el lugar que ocupa en la historia, comprender y explicar un mundo en proceso de transformación revolucionaria, buscar las raíces del presente en el suelo del pasado y, especialmente, ver el pasado como un todo coherente más que (como con tanta frecuencia nos vemos forzados a contemplarlo a consecuencia de la especialización histórica) como una acumulación de temas diferentes: la historia de diferentes estados, de la política, de la economía, de la cultura o de cualquier otro tema. Desde que comencé a interesarme por la historia, siempre he deseado saber cómo y por qué están relacionados todos estos aspectos del pasado (o del presente).

Por tanto, este libro no es (excepto de forma coyuntural) una narración o una exposición sistemática y menos aún una exhibición de erudición. Hay que verlo como el desarrollo de un argumento o, más bien, como la búsqueda de un tema esencial a lo largo de los diferentes capítulos. Al lector le corresponde juzgar si el intento del autor resulta convincente, aunque he hecho todo lo posible para que sea accesible a los no historiadores.

Es imposible reconocer todas mis deudas con los numerosos autores en cuyas obras he entrado a saco, aunque con frecuencia esté en desacuerdo con ellos, y menos aún mis deudas respecto a las ideas que a lo largo de los años han surgido como consecuencia de la conversación con mis colegas y alumnos. Si reconocen sus ideas y observaciones, cuando menos podrán responsabilizarme a mí de haberlas expuesto erróneamente o de haber equivo-

4. LA POLÍTICA DE LA DEMOCRACIA

Todos aquellos que por riqueza, educación, inteligencia o astucia tienen aptitud para dirigir una comunidad de hombres y la oportunidad de hacerlo —en otras palabras, todos los clanes de la clase dirigente— tienen que inclinarse ante el sufragio universal una vez éste ha sido instituido y, también, si la ocasión lo requiere, defraudarlo.

GAETANO MOSCA, 1895¹

La democracia está todavía a prueba, pero hasta ahora no se ha desacreditado; es cierto que aún no ha desarrollado toda su fuerza y ello por dos causas, una más o menos permanente en sus consecuencias, la otra de carácter más transitorio. En primer lugar cualquiera que sea la representación numérica de la riqueza, su poder siempre será desproporcionado; y en segundo lugar, la defectuosa organización de las clases que han recibido recientemente el derecho de voto ha impedido cualquier alteración fundamental del equilibrio de poder preexistente.

JOHN MAYNARD KEYNES, 1904²

Es significativo que ninguno de los estados seculares modernos haya dejado de instituir fiestas nacionales que constituyen ocasiones para la reunión de la población.

American Journal of Sociology, 1896-1973³

I

El período histórico que estudiamos en esta obra comenzó con una crisis de histeria internacional entre los gobernantes europeos y entre las aterrorizadas clases medias, provocada por el efímero episodio de la Comuna de París en 1871, cuya supresión fue seguida de masacres de parisinos que habrían parecido inconcebibles en los estados civilizados decimonónicos y que resultan impresionantes incluso según los parámetros actuales cuando nuestras costumbres son mucho más salvajes (véase *La era del capital*, capítulo 9). Este episodio breve y brutal —y poco habitual para la época— que desenca-

denó un terror ciego en el sector respetable de la sociedad, reflejaba un problema fundamental de la política de la sociedad burguesa: el de su democratización.

Como había afirmado sagazmente Aristóteles, la democracia es el gobierno de la masa del pueblo que, en conjunto, era pobre. Evidentemente, los intereses de los pobres y de los ricos, de los privilegiados y de los desheredados no son los mismos. Pero aun en el caso de que supongamos que lo son o puedan serlo, es muy improbable que las masas consideren los asuntos públicos desde el mismo prisma y en los mismos términos que lo que los autores ingleses de la época victoriana llamaban «las clases», felizmente capaces todavía de identificar la acción política de clase con la aristocracia y la burguesía. Este era el dilema fundamental del liberalismo del siglo XIX (véase *La era del capital*, capítulo 6, I), que propugnaba la existencia de constituciones y de asambleas soberanas elegidas, que, sin embargo, luego trataba por todos los medios de esquivar actuando de forma antidemocrática, es decir, excluyendo del derecho de votar y de ser elegido a la mayor parte de los ciudadanos varones y a la totalidad de las mujeres. Hasta el período objeto de estudio en esta obra, su fundamento inquebrantable era la distinción entre lo que la mente lógica de los franceses había calificado en la época de Luis Felipe como «el país legal» y «el país real» (*le pays légal, le pays réel*). El orden social comenzó a verse amenazado desde el momento en que el «país real» comenzó a penetrar en el reducto político del país «legal» o «político», defendido por fortificaciones consistentes en exigencias de propiedad y educación para ejercer el derecho de voto y, en la mayor parte de los países, por el privilegio aristocrático generalizado, como las cámaras hereditarias de notables.

¿Qué ocurriría en la vida política cuando las masas ignorantes y embrutecidas, incapaces de comprender la lógica elegante y saludable de las teorías del mercado libre de Adam Smith, controlaran el destino político de los estados? Tal vez tomarían el camino que conducía a la revolución social, cuya efímera reaparición en 1871 tanto había atemorizado a las mentes respetables. Tal vez la revolución no parecía inminente en su antigua forma insurreccional, pero ¿no se ocultaba acaso, tras la ampliación significativa del sufragio más allá del ámbito de los poseedores de propiedades y de los elementos educados de la sociedad? ¿No conduciría eso inevitablemente al comunismo, temor que ya había expresado en 1866 el futuro lord Salisbury?

Pese a todo, lo cierto es que a partir de 1870 se hizo cada vez más evidente que la democratización de la vida política de los estados era absolutamente inevitable. Las masas acabarían haciendo su aparición en el escenario político, les gustara o no a las clases gobernantes. Eso fue realmente lo que ocurrió. Ya en el decenio de 1870 existían sistemas electorales basados en un desarrollo amplio del derecho de voto, a veces incluso, en teoría, en el sufragio universal de los varones, en Francia, en Alemania (en el Parlamento general alemán), en Suiza y en Dinamarca. En el Reino Unido, las Reform Acts de 1867 y 1883 supusieron que se cuadruplicara prácticamente el nú-

mero de electores, que ascendió del 8 al 29 por 100 de los varones de más de 20 años. Por su parte, Bélgica democratizó el sistema de voto en 1894, a raíz de una huelga general realizada para conseguir esa reforma (el incremento supuso pasar del 3,9 al 37,3 por 100 de la población masculina adulta). Noruega duplicó el número de votantes en 1898 (del 16,6 al 34,8 por 100). En Finlandia, la revolución de 1905 conllevó la instauración de una democracia singularmente amplia (el 76 por 100 de los adultos con derecho a voto); en Suecia, el electorado se duplicó en 1908, igualándose su número con el de Noruega; la porción austríaca del imperio de los Habsburgo consiguió el sufragio universal en 1907 e Italia en 1913. Fuera de Europa, los Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda tenían ya regímenes democráticos y Argentina lo consiguió en 1912. De acuerdo con los criterios prevaletantes en épocas posteriores, esta democratización era todavía incompleta —el electorado que gozaba del sufragio universal constituía entre el 30 y el 40 por 100 de la población adulta—, pero hay que resaltar que incluso el voto de la mujer era algo más que un simple eslogan utópico. Había sido introducido en los márgenes del territorio de colonización blanca en el decenio de 1890 —en Wyoming (Estados Unidos), Nueva Zelanda y el sur de Australia— y en los regímenes democráticos de Finlandia y Noruega entre 1905 y 1913.

Estos procesos eran contemplados sin entusiasmo por los gobiernos que los introducían, incluso cuando la convicción ideológica les impulsaba a ampliar la representación popular. Sin duda, el lector ya habrá observado que incluso países que ahora consideramos profunda e históricamente democráticos como los escandinavos, tardaron mucho tiempo en ampliar el derecho de voto. Y ello sin mencionar a los Países Bajos, que, a diferencia de Bélgica, se resistieron a implantar una democratización sistemática antes de 1918 (aunque su electorado creció en un índice comparable). Los políticos tendían a resignarse a una ampliación profiláctica del sufragio cuando eran ellos, y no la extrema izquierda, quienes lo controlaban todavía. Probablemente, ese fue el caso de Francia y el Reino Unido. Entre los conservadores había cínicos como Bismarck, que tenían fe en la lealtad tradicional —o, como habrían dicho los liberales, en la ignorancia y estupidez— de un electorado de masas, considerando que el sufragio universal fortalecería a la derecha más que a la izquierda. Pero incluso Bismarck prefirió no correr riesgos en Prusia (que dominaba el imperio alemán), donde mantuvo un sistema de voto en tres clases, fuertemente sesgado en favor de la derecha. Esta precaución se demostró prudente, pues el electorado resultó incontrolable desde arriba. En los demás países, los políticos cedieron a la agitación y a la presión popular o a los avatares de los conflictos políticos domésticos. En ambos casos temían que las consecuencias de lo que Disraeli había llamado «salto hacia la oscuridad» serían impredecibles. Ciertamente, las agitaciones socialistas de la década de 1890 y las repercusiones directas e indirectas de la primera Revolución rusa aceleraron la democratización. Ahora bien, fuera cual fuere la forma en que avanzó la democratización, lo cierto es que entre 1880 y 1914 la mayor parte de los Estados occidentales tuvieron que resignarse a lo inevitable. La

política democrática no podía posponerse por más tiempo. En consecuencia, el problema era cómo conseguir manipularla.

La manipulación más descarada era todavía posible. Por ejemplo, se podían poner límites estrictos al papel político de las asambleas elegidas por sufragio universal. Este era el modelo bismarckiano, en el que los derechos constitucionales del Parlamento alemán (*Reichstag*) quedaban minimizados. En otros lugares, la existencia de una segunda cámara, formada a veces por miembros hereditarios, como en el Reino Unido, y el sistema de votos mediante colegios electorales especiales (y de peso) y otras instituciones análogas fueron un freno para las asambleas representativas democratizadas. Se conservaron elementos del sufragio censitario, reforzados por la exigencia de una cualificación educativa, por ejemplo la concesión de votos adicionales a los ciudadanos con una educación superior en Bélgica, Italia y los Países Bajos, y la concesión de escaños especiales para las universidades en el Reino Unido. En Japón, el parlamentarismo fue introducido en 1890 con ese tipo de limitaciones. Esos *fancy franchises*, como los llamaban los británicos, fueron reforzados por el útil sistema de la *gerrymandering* o lo que los austríacos llamaban «geometría electoral», es decir, la manipulación de los límites de los distritos electorales para conseguir incrementar o minimizar el apoyo de determinados partidos. Las votaciones públicas podían suponer una presión para los votantes tímidos o simplemente prudentes, especialmente cuando había señores poderosos u otros jefes que vigilaban el proceso: en Dinamarca se mantuvo el sistema de votación pública hasta 1901; en Prusia, hasta 1918, y en Hungría, hasta el decenio de 1930. Por otra parte, el patrocinio, como bien sabían muchos caciques en las ciudades americanas, podía proporcionar gran número de votos. En Europa, el liberal italiano Giovanni Giolitti resultó ser un maestro en el clientelismo político. La edad mínima para votar era elástica: variaba desde los veinte años en Suiza hasta los treinta en Dinamarca y con frecuencia se elevaba cuando se ampliaba el derecho de voto. Por último, siempre existía la posibilidad del sabotaje puro y simple, dificultando el proceso de acceso a los censos electorales. Así, se ha calculado que en el Reino Unido, en 1914, la mitad de la clase obrera se veía privada de *facto* del derecho de voto mediante tales procedimientos.

Ahora bien, esos subterfugios podían retardar el ritmo del proceso político hacia la democracia, pero no detener su avance. El mundo occidental, incluyendo en él a la Rusia zarista a partir de 1905, avanzaba claramente hacia un sistema político basado en un electorado cada vez más amplio dominado por el pueblo común.

La consecuencia lógica de ese sistema era la movilización política de las masas para y por las elecciones, es decir, con el objetivo de presionar a los gobiernos nacionales. Ello implicaba la organización de movimientos y partidos de masas, la política de propaganda de masas y el desarrollo de los medios de comunicación de masas —en ese momento fundamentalmente la nueva prensa popular o «amarilla»— y otros aspectos que plantearon problemas nuevos y de gran envergadura a los gobiernos y las clases dirigen-

tes. Por desgracia para el historiador, estos problemas desaparecen del escenario de la discusión política abierta en Europa conforme la democratización creciente hizo imposible debatirlos públicamente con cierto grado de franqueza. ¿Qué candidato estaría dispuesto a decir a sus votantes que los consideraba demasiado estúpidos e ignorantes para saber qué era lo mejor en política y que sus peticiones eran tan absurdas como peligrosas para el futuro del país? ¿Qué estadista, rodeado de periodistas que llevaban sus palabras hasta el rincón más remoto de las tabernas, diría realmente lo que pensaba? Cada vez más, los políticos se veían obligados a apelar a un electorado masivo; incluso a hablar directamente a las masas o de forma indirecta a través del megáfono de la prensa popular (incluyendo los periódicos de sus oponentes). Probablemente, la audiencia a la que se dirigía Bismarck estuvo siempre formada por la elite. Gladstone introdujo en el Reino Unido (y tal vez en Europa) las elecciones de masas en la campaña de 1879. Nunca volverían a discutirse las posibles implicaciones de la democracia, a no ser por parte de los individuos ajenos a la política, con la franqueza y el realismo de los debates que rodearon a la Reform Act inglesa de 1867. Pero como los gobernantes se envolvían en un manto de retórica, el análisis serio de la política quedó circunscrito al mundo de los intelectuales y de la minoría educada que leía sus escritos. La era de la democratización fue también la época dorada de una nueva sociología política: la de Durkheim y Sorel, de Ostrogorski y los Webbs, Mosca, Pareto, Robert Michels y Max Weber (véase *infra*, pp. 283-284).⁴

En lo sucesivo, cuando los hombres que gobernaban querían decir lo que realmente pensaban tenían que hacerlo en la oscuridad de los pasillos del poder, en los clubes, en las reuniones sociales privadas, durante las partidas de caza o durante los fines de semana de las casas de campo donde los miembros de la elite se encontraban o se reunían en una atmósfera muy diferente de la de los falsos enfrentamientos de los debates parlamentarios o los mítines públicos. Así, la era de la democratización se convirtió en la era de la hipocresía política pública, o más bien de la duplicidad y, por tanto, de la sátira política: la del señor Dooley, la de revistas de caricaturas amargas, divertidas y de enorme talento como el *Simplicissimus* alemán y el *Assiette au beurre* francés o *Fackel*, de Karl Kraus, en Viena. En efecto, un observador inteligente no podía pasar por alto el enorme abismo existente entre el discurso público y la realidad política, que supo captar Hilaire Belloc en su epigrama del gran triunfo electoral liberal del año 1906:

El malhadado poder que descansa en el privilegio
y se asocia a las mujeres, el champaña y el bridge
se eclipsó: y la Democracia reanudó su reinado,
que se asocia al bridge, las mujeres y el champaña.⁵

⁴ [The accursed power that rest on privilege / And goes with women, and champagne, and bridge, / Broke: and Democracy resumed her reign / That goes with bridge, and women, and champagne.]

¿Quiénes formaban las masas que se movilizaban ahora en la acción política? En primer lugar, existían clases formadas por estratos sociales situados hasta entonces por debajo y al margen del sistema político, algunas de las cuales podían formar alianzas más heterogéneas, coaliciones o «frentes populares». La más destacada era la clase obrera, que se movilizaba en partidos y movimientos con una clara base clasista. A ella nos referiremos en el próximo capítulo.

Hay que mencionar a continuación la coalición, amplia y mal definida, de estratos intermedios de descontentos, a los que les era difícil decir a quién temían más, si a los ricos o al proletariado. Era esta la pequeña burguesía tradicional, de maestros artesanos y pequeños tenderos, cuya posición se había visto socavada por el avance de la economía capitalista, por la cada vez más numerosa clase media baja formada por los trabajadores no manuales y por los administrativos: éstos constituían la *Handwerkerfrage* y la *Mittelstandsfrage* de la política alemana durante la gran depresión y después de ella. Era el suyo un mundo definido por el tamaño, un mundo de «gente pequeña» contra los «grandes» intereses y en el que la misma palabra pequeño, como en *the little man*, *le petit commerçant*, *der Kleine Mann*, se convirtió en un lema de convocatoria. ¿Cuántos periódicos radical-socialistas franceses no llevaban con orgullo ese título: *Le Petit Niçois*, *Le Petit Provençal*, *La Petite Charente*, *Le Petit Troyen*? Pequeño, pero no demasiado, pues la pequeña propiedad necesitaba idéntica defensa que la gran propiedad frente al colectivismo y había que defender la superioridad del empleado administrativo de cualquier tipo de confusión frente al trabajador manual especializado, que podía conseguir unos ingresos similares, en especial, porque las clases medias establecidas no eran proclives a admitir como iguales a los miembros de las clases medias bajas.

Esa era también, y por buenas razones, la esfera política de la retórica y la demagogia por excelencia. En los países con una fuerte tradición de un jacobinismo radical y democrático, su retórica, enérgica o florida, mantenía a los «hombres pequeños» en la izquierda, aunque en Francia eso implicaba una gran dosis de chovinismo nacional y un potencial importante de xenofobia. En la Europa central, su carácter nacionalista y, sobre todo, antisemítico, era ilimitado. En efecto, los judíos podían ser identificados no sólo con el capitalismo y en especial, con el sector del capitalismo que afectaba a los pequeños artesanos y tenderos —banqueros, comerciantes, fundadores de nuevas cadenas de distribución y de grandes almacenes—, sino también con socialistas ateos y, de forma más general, con intelectuales que minaban las verdades tradicionales y amenazadas de la moralidad y la familia patriarcal. A partir del decenio de 1880, el antisemitismo se convirtió en un componente básico de los movimientos políticos organizados de los «hombres pequeños» desde las fronteras occidentales de Alemania hacia el este en el imperio de los Habsburgo, en Rusia y en Rumanía. De cualquier forma, tampoco hay que subestimar su importancia en los demás países. ¿Quién habría pensado, sobre la base de las convulsiones antisemíticas que sacudieron a Francia en la

década de 1890, del decenio de los escándalos de Panamá y del caso Dreyfus,* que en ese período apenas vivían 60.000 judíos en un país de 40 millones de habitantes? (véase *infra*, pp. 168-169 y 305).

Naturalmente, hay que hablar también del campesinado, que en muchos países constituía todavía la gran mayoría de la población, y el grupo económico más amplio en otros. Aunque a partir de 1880 (la época de depresión), los campesinos y granjeros se movilizaban cada vez más como grupos económicos de presión y entraron a formar parte, de forma masiva, en nuevas organizaciones para la compra, comercialización, procesamiento de los productos y créditos cooperativos en países tan diferentes como los Estados Unidos y Dinamarca, Nueva Zelanda y Francia, Bélgica e Irlanda, lo cierto es que el campesinado raramente se movilizó política y electoralmente como una clase, asumiendo que un cuerpo tan variado pueda ser considerado como una clase. Por supuesto, ningún gobierno podía permitirse desdeñar los intereses económicos de un cuerpo tan importante de votantes como los cultivadores agrícolas en los países agrarios. De cualquier forma, cuando el campesinado se movilizó electoralmente lo hizo bajo estándares no agrarios, incluso en los casos en que estaba claro que la fuerza de un movimiento o partido político determinado, como los populistas de los Estados Unidos en el decenio de 1890 o los socialrevolucionarios en Rusia (a partir de 1902), descansaba en el apoyo de los granjeros o campesinos.

Si los grupos sociales se movilizaban como tales, también lo hacían los cuerpos de ciudadanos unidos por lealtades sectoriales como la religión o la nacionalidad. Sectoriales porque las movilizaciones políticas de masas sobre una base confesional, incluso en países de una sola religión, eran siempre bloques opuestos a otros bloques, ya fueran confesionales o seculares. Y las movilizaciones electorales nacionalistas (que en ocasiones, como en el caso de los polacos e irlandeses, coincidían con las de carácter religioso) eran casi siempre movimientos autonomistas dentro de estados multinacionales. Poco tenían en común con el patriotismo nacional inculcado por los estados —y que a veces escapaban a su control— o con los movimientos políticos, normalmente de la derecha, que afirmaban representar a «la nación» contra las minorías subversivas (véase *infra*, capítulo 6).

No obstante, la aparición de movimientos de masas político-confesionales como fenómeno general se vio dificultada por el ultraconservadurismo de la institución que poseía, con mucho, la mayor capacidad para movilizar y organizar a sus fieles, la Iglesia católica. La política, los partidos y las elecciones eran aspectos de ese malhadado siglo XIX que Roma intentó proscribir desde el *Syllabus* de 1864 y el Concilio Vaticano de 1870 (véase *La era del capital*, capítulo 14, III). Nunca dejó de rechazarlo, como lo atestigua la

* El capitán Dreyfus, del Estado Mayor francés, fue condenado erróneamente por espionaje a favor de Alemania en 1894. Tras una campaña para demostrar su inocencia, que dividió y convulsionó a toda Francia, fue perdonado en 1899 y finalmente rehabilitado en 1906. El caso tuvo un impacto traumático en toda Europa.

exclusión de los pensadores católicos que en las décadas de 1890 y 1900 sugirieron prudentemente llegar a algún tipo de *entente* con las ideas contemporáneas (el «modernismo» fue condenado por el papa Pío X en 1907). ¿Qué cabida podía tener la política católica en ese mundo infernal de la política secular, excepto el de la oposición total y la defensa específica de la práctica religiosa, de la educación católica y de otras instituciones de la Iglesia, vulnerables ante el estado en su conflicto permanente con la Iglesia?

Así, si bien el potencial político de los partidos cristianos era extraordinario, como lo demostraría la historia europea posterior a 1945* y pese a que se incrementó, sin duda, con cada nueva ampliación del derecho de voto, la Iglesia se opuso a la formación de partidos políticos católicos apoyados formalmente por ella, aunque desde la década de 1890 reconoció la conveniencia de apartar a las clases trabajadoras de la revolución atea socialista y, por supuesto, la necesidad de velar por su más importante circunscripción, la que formaban los campesinos. Pero aunque el papa apoyó el nuevo interés de los católicos por la política social (en la encíclica *Rerum Novarum*, 1891), los antepasados y fundadores de lo que serían los partidos democristianos del segundo período de posguerra eran contemplados con suspicacia y hostilidad por la Iglesia, no sólo porque también ellos, como el «modernismo», parecían aceptar una serie de tendencias nada deseables del mundo secular, sino también porque la Iglesia se sentía incómoda con los cuadros de las nuevas capas medias y medias bajas de católicos, tanto urbanas como rurales, de las economías en expansión, que encontraban en ellas una posibilidad de acción. Cuando el gran demagogo Karl Lueger (1844-1910) consiguió fundar en los años 1890 el primer gran partido cristianosocial de masas moderno, un movimiento constituido por elementos de las clases medias y medias bajas fuertemente antisemita que conquistó la ciudad de Viena, lo hizo contra la resistencia de la jerarquía austriaca. (Todavía sobrevive como el Partido Popular, que gobernó la Austria independiente durante la mayor parte de su historia desde 1918.)

Así pues, la Iglesia apoyó generalmente a partidos conservadores o reaccionarios de diverso tipo y, en las naciones católicas subordinadas en el seno de estados multinacionales, a los movimientos nacionalistas no infectados por el virus secular, con los que mantenía buenas relaciones. Desde luego, apoyaba a cualquiera frente al socialismo y la revolución. En definitiva, solamente existían auténticos partidos y movimientos católicos de masas en Alemania (donde habían visto la luz para resistir las campañas anticlericales de Bismarck en el decenio de 1870), en los Países Bajos (donde la política se organizaba plenamente en forma de agrupaciones confesionales, incluyendo a los protestantes y las no religiosas, organizadas como bloques verticales) y en Bélgica (donde los católicos y los liberales anticlericales habían formado el sistema bipartidista mucho antes de la democratización).

* En Italia, Francia, Alemania occidental y Austria surgieron como grandes partidos gubernamentales, y así se han mantenido con la excepción de Francia.

Más raros eran aún los partidos religiosos protestantes y allí donde existían las reivindicaciones confesionales se mezclaban generalmente con otros lemas: nacionalismo y liberalismo (como en el Gales inconformista), antinacionalismo (como entre los protestantes del Ulster que optaron por la unión con Gran Bretaña frente al Irish Home Rule), el liberalismo (como en el Partido Liberal británico, donde el movimiento de los inconformistas se hizo más fuerte cuando los viejos aristócratas *whig* y los grandes intereses abandonaron las filas conservadoras en el decenio de 1880).^{*} Ciertamente, en la política la religión era imposible de distinguir políticamente del nacionalismo, incluyendo —en Rusia— el del estado. El zar no era sólo la cabeza de la Iglesia ortodoxa, sino que movilizaba a la ortodoxia frente a la revolución. Las otras grandes religiones (el islam, el hinduismo, el budismo el confucianismo), por no mencionar los cultos que sólo tenían difusión entre comunidades y pueblos concretos, actuaban todavía en un universo ideológico y político en el que la política democrática occidental era desconocida e irrelevante.

Si la religión tenía un enorme potencial político, la identificación nacional era un agente movilizador igualmente extraordinario y, en la práctica, más efectivo. Cuando, tras la democratización del sufragio británico en 1884, Irlanda votaba a sus representantes, el Partido Nacionalista Irlandés consiguió todos los escaños de la isla. De los 103 miembros, 85 constituían una falange disciplinada detrás del líder (protestante) del nacionalismo irlandés Charles Stewart Parnell (1846-1891). Allí donde la conciencia nacional optó por la expresión política, se hizo evidente que los polacos votarían como polacos (en Alemania y Austria) y los checos en tanto que checos. La política de la porción austríaca del imperio de los Habsburgo se vio paralizada por esas divisiones nacionales. Ciertamente, tras los enfrentamientos entre checos y alemanes a lo largo de la década de 1890, el parlamentarismo se quebró completamente, pues a partir de ese momento ningún gobierno podía formar una mayoría parlamentaria. La implantación del sufragio universal en 1907 fue no sólo una concesión a las presiones, sino también un intento desesperado de movilizar a las masas electorales que pudieran votar a partidos no nacionalistas (católicos e incluso socialistas) contra los bloques nacionales irreconciliables y enfrentados.

En su forma extrema —el partido de masas disciplinado—, la movilización política de masas no fue muy habitual. Ni siquiera en los nuevos movimientos obreros y socialistas se repitió en todos los casos el modelo monolítico y acaparador de la socialdemocracia alemana (véase el capítulo siguiente). Sin embargo, podían verse prácticamente en todas partes los elementos que constituían ese nuevo fenómeno. Eran éstos, en primer lugar, las organizaciones que formaban su base. El partido de masas ideal consistía en un conjunto de organizaciones o ramas locales junto con un complejo de organizaciones, cada una también con ramas locales, para objetivos especiales pero integradas en

^{*} Inconformistas = grupos de protestantes disidentes fuera de la Iglesia de Inglaterra en Inglaterra y Gales.

un partido con objetivos políticos más amplios. Así, en 1914, el movimiento nacional irlandés tenía su expresión en la United Irish League, organizada electoralmente, es decir, en cada circunscripción parlamentaria. Organizaba los congresos electorales, presididos por el presidente de la Liga, y a ellos asistían no sólo sus propios delegados, sino también los de los consejos sindicales (consorcios ciudadanos de las ramas de los sindicatos), los de los propios sindicatos, los de la Land and Labour Association, que representaba los intereses de los agricultores, los de la Gaelic Athletic Association, los de asociaciones benéficas como la Ancient Order of Hibernians, que vinculaba la isla con la emigración norteamericana, etc. Ese era el marco de los elementos movilizados que constituía el vínculo esencial entre los líderes nacionalistas dentro y fuera del Parlamento y el electorado de masas, que definía los límites externos de quienes apoyaban la causa de la autonomía irlandesa. Estos activistas así organizados eran un número importante: en 1913, la Liga tenía 130.000 miembros en una población católica irlandesa de tres millones.⁶

En segundo lugar, los nuevos movimientos de masas eran ideológicos. Eran algo más que simples grupos de presión y de acción para conseguir objetivos concretos, como la defensa de la viticultura. Naturalmente, también se multiplicaron esos grupos organizados con intereses específicos, pues la lógica de la política democrática exigía intereses para ejercer presión sobre los gobiernos y los parlamentarios nacionales, sensibles en teoría a esas presiones. Pero instituciones como la Bund der Landwirte alemana (fundada en 1893 y en la que se integraron, casi de forma inmediata, 200.000 agricultores) no estaban vinculadas a un partido, a pesar de las evidentes simpatías conservadoras de la Bund y de su dominio casi total por los grandes terratenientes. En 1898 descansaba en el apoyo de 118 (de un total de 397) diputados del Reichstag, que pertenecían a cinco partidos distintos.⁷ A diferencia de esos grupos con intereses específicos, aunque ciertamente poderosos, el nuevo partido representaba una visión global del mundo. Era eso, más que el programa político concreto, específico y tal vez cambiante, lo que, para sus miembros y partidarios, constituía algo similar a la «religión cívica» que para Jean-Jacques Rousseau y para Durkheim, así como para otros teóricos en el nuevo campo de la sociología debía constituir la trabazón interna de las sociedades modernas: sólo en ese caso formaba un cemento seccional. La religión, el nacionalismo, la democracia, el socialismo y las ideologías precursoras del fascismo de entreguerras constituían el nexo de unión de las nuevas masas movilizadas, cualesquiera que fueran los intereses materiales que representaban también esos movimientos.

Paradójicamente, en países con una fuerte tradición revolucionaria como Francia, los Estados Unidos y, de forma mucho más remota, el Reino Unido, la ideología de sus propias revoluciones pasadas permitió a las antiguas o a las nuevas elites controlar, al menos en parte, las nuevas movilizaciones de masas con una serie de estrategias, familiares desde hacía largo tiempo a los oradores del 4 de julio en la Norteamérica democrática. El liberalismo inglés,

heredero de la gloriosa revolución liberal de 1688 y que no olvidaba el llamamiento ocasional a los regicidas de 1649 en beneficio de los descendientes de las sectas puritanas,² consiguió impedir el desarrollo de un partido laborista de masas hasta 1914. Además, el Partido Laborista, fundado en 1900, siguió la senda de los liberales. En Francia, el radicalismo republicano intentó absorber y asimilar las movilizaciones de masas, agitando el estandarte de la república y la revolución contra sus enemigos. Y no dejó de tener éxito en esa empresa. Los eslóganes «No queremos enemigos a la izquierda» y «Unidad de todos los nuevos republicanos» contribuyeron poderosamente a vincular a la nueva izquierda popular con los hombres del centro que dirigían la Tercera República.

En tercer lugar, de cuanto hemos dicho se sigue que las movilizaciones de masas eran, a su manera, globales. Quebrantaron el viejo marco local o regional de la política, minimizaron su importancia o lo integraron en movimientos mucho más amplios. En cualquier caso, la política nacional en los países democratizados redujo el espacio de los partidos puramente regionales, incluso en los estados, como Alemania y el Reino Unido, donde las diferencias regionales eran muy marcadas. En Alemania, el carácter regional de Hannover (anexionada por Prusia en 1866), donde el sentimiento antiprusiano y la lealtad a la antigua dinastía güelfa eran aún muy intensos, sólo se manifestó concediendo un porcentaje más reducido de los votos (el 85 por 100 frente al 94 por 100 en los demás lugares) a los diferentes partidos de ámbito nacional.³ El hecho de que las minorías confesionales o étnicas, o los grupos sociales y económicos quedaran reducidos en ocasiones a zonas geográficas limitadas, no debe llevarnos a establecer conclusiones erróneas. En contraste con la política electoral de la vieja sociedad burguesa, la nueva política de masas se hizo cada vez más incompatible con el viejo sistema político, basado en una serie de individuos, poderosos e influyentes en la vida local, conocidos (en el vocabulario político francés) como *notables*. Todavía en muchas partes de Europa y América —especialmente en zonas tales como la península ibérica y la península balcánica, en el sur de Italia y en América Latina—, los caciques o patrones, individuos de poder e influencia local, podían «entregar» bloques de votos de sus clientes al mejor postor o incluso a otro cacique más importante. Si bien el «jefe» no desapareció en la política democrática, ahora era el partido el que hacía al notable, o al menos, el que le salvaba del aislamiento y de la impotencia política, y no al contrario. Las antiguas elites se transformaron para encajar en la democracia, conjugando el sistema de la influencia y el patrocinio locales con el de la democracia. Ciertamente, en los últimos decenios del siglo XIX y los primeros del siglo XX se produjeron conflictos complejos entre los notables a la vieja usanza y los nuevos agentes políticos, jefes locales u otros elementos clave que controlaban los destinos de los partidos en el plano local.

* El primer ministro liberal lord Rosebery pagó personalmente la estatua de Oliver Cromwell que se erigió delante del Parlamento en 1899.

La democracia que ocupó el lugar de la política dominada por los notables —en la medida en que consiguió alcanzar ese objetivo— no sustituyó el patrocinio y la influencia por el «pueblo», sino por una organización, es decir, por los comités, los notables del partido y las minorías activistas. Esta paradoja no tardó en ser advertida por una serie de observadores realistas, que señalaron el papel fundamental de esos comités (o *caucuses*, en la terminología anglonorteamericana) e incluso la «ley de hierro de la oligarquía» que Robert Michels creyó poder establecer a partir de su estudio del Partido Socialdemócrata alemán. Michels apuntó también la tendencia del nuevo movimiento de masas a venerar las figuras de los líderes, aunque concedió una importancia desmedida a este aspecto.⁴ En efecto, la admiración que, sin duda, rodeaba a algunos líderes de los movimientos nacionales de masas y que se expresaba en la reproducción, en las paredes de muchas casas modestas, de retratos de Gladstone, el gran anciano del liberalismo, o de Bebel, el líder de la socialdemocracia alemana, representaba más que al hombre en sí mismo la causa que unía a sus seguidores en el período que es objeto de nuestro estudio. Además, muchos movimientos de masas no tenían jefes carismáticos. Cuando Charles Stewart Parnell cayó, en 1891, víctima de las complicaciones de su vida privada y de la hostilidad conjunta de la moralidad católica y la inconformista, los irlandeses le abandonaron sin sombra de duda, y ello pese a que ningún otro líder despertó lealtades personales más apasionadas que él y a que el mito de Parnell sobrevivió con mucho al hombre.

En definitiva, para quienes lo apoyaban, el partido o el movimiento les representaba y actuaba en su nombre. De esta forma, era fácil para la organización ocupar el lugar de sus miembros y seguidores, y a sus líderes dominar la organización. En resumen, los movimientos estructurados de masas no eran, de ningún modo, repúblicas de iguales. Pero el binomio organización y apoyo de masas les otorgaba una gran capacidad: eran estados potenciales. De hecho, las grandes revoluciones de nuestro siglo sustituirían a los viejos regímenes, estados y clases gobernantes por partidos y movimientos institucionalizados como sistemas de poder estatal. Este potencial resulta tanto más impresionante por cuanto las antiguas organizaciones ideológicas no lo tenían. Por ejemplo, en Occidente la religión parecía haber perdido, durante este período, la capacidad para transformarse en una teocracia, y ciertamente no aspiraba a ello.* Lo que establecieron las Iglesias victoriosas, al menos en el mundo cristiano, fueron regímenes clericales administrados por instituciones seculares.

* Probablemente, el último ejemplo de ese tipo de transformaciones es el establecimiento de la comunidad mormona en Utah después de 1848.

II

La democratización, aunque estaba progresando, apenas había comenzado a transformar la política. Pero sus implicaciones, explícitas ya en algunos casos, plantearon graves problemas a los gobernantes de los estados y a las clases en cuyo interés gobernaban. Se planteaba el problema de mantener la unidad, incluso la existencia, de los estados, problema que era ya urgente en la política multinacional confrontada con los movimientos nacionales. En el imperio austríaco era ya el problema fundamental del estado, e incluso en el Reino Unido la aparición del nacionalismo irlandés de masas quebrantó la estructura de la política establecida. Había que resolver la continuidad de lo que para las elites del país era una política sensata, sobre todo en la vertiente económica. ¿No interferiría inevitablemente la democracia en el funcionamiento del capitalismo y —tal como pensaban los hombres de negocios—, además, de forma negativa? ¿No amenazaría el libre comercio en el Reino Unido, sistema que todos los partidos defendían enérgicamente? ¿No amenazaría a unas finanzas sólidas y al patrón oro, piedra angular de cualquier política económica respetable? Esta última amenaza parecía inminente en los Estados Unidos, como lo puso de relieve la movilización masiva del populismo en los años 1890, que lanzó su retórica más apasionada contra —en palabras de su gran orador William Jennings Bryan— la crucifixión de la humanidad en una cruz de oro. De forma más genérica, se planteaba, por encima de todo, el problema de garantizar la legitimidad, tal vez incluso la supervivencia, de la sociedad tal como estaba constituida, frente a la amenaza de los movimientos de masas deseosos de realizar la revolución social. Esas amenazas parecían tanto más peligrosas por mor de la ineficacia de los parlamentos elegidos por la demagogia y dislocados por irreconciliables conflictos de partido, así como por la indudable corrupción de los sistemas políticos que no se apoyaban ya en hombres de riqueza independiente, sino cada vez más en individuos cuya carrera y cuya riqueza dependía del éxito que pudieran alcanzar en el nuevo sistema político.

De ningún modo podían ignorarse esos dos fenómenos. En los estados democráticos en los que existía la división de poderes, como en los Estados Unidos, el gobierno (es decir, el ejecutivo representado por la presidencia) era en cierta forma independiente del Parlamento elegido, aunque corría serio peligro de verse paralizado por este último. (Ahora bien, la elección democrática de los presidentes planteó un nuevo peligro.) En el modelo europeo de gobierno representativo, en el que los gobiernos, a menos que estuvieran protegidos todavía por la monarquía del viejo régimen, dependían en teoría de unos parlamentos elegidos, sus problemas parecían insuperables. De hecho, con frecuencia iban y venían como pueden hacerlo los grupos de turistas en los hoteles, cuando se rompía una escasa mayoría parlamentaria y era sustituida por otra. Probablemente, Francia, madre de las democracias europeas, ostentaba el récord, con 52 gabinetes en menos de 39 años, entre 1875 y el

comienzo de la primera guerra mundial, de los cuales sólo 11 se mantuvieron en el poder durante un año o más. Es cierto que los mismos nombres se repetían una y otra vez en esos equipos de gobierno. En consecuencia, la continuidad efectiva del gobierno y de la política estaba en manos de los funcionarios de la burocracia, permanentes, no elegidos e invisibles. En cuanto a la corrupción, no era mayor que a comienzos del siglo XIX, cuando gobiernos como el británico distribuían lo que se llamaba «cargos de beneficio bajo la *Corona*» y lucrativas sinecuras entre amigos y personas dependientes. Pero aun cuando no ocurriera así, la corrupción era más visible, pues los políticos aprovechaban, de una u otra forma, el valor de su apoyo a los hombres de negocios o a otros intereses. Era tanto más visible cuanto que la incorruptibilidad de los administradores públicos de la más elevada categoría y de los jueces, ahora protegidos en su mayor parte en los países constitucionales frente a los dos riesgos de la elección y el patrocinio —con la importante excepción de los Estados Unidos—,* se daba ahora por sentada de forma general, al menos en la Europa central y occidental. Escándalos de corrupción política ocurrían no sólo en los países en los que no se amortiguaba el ruido del dinero al cambiar de una mano a otra, como en Francia (el escándalo Wilson de 1885, el escándalo de Panamá en 1892-1893), sino también donde sí ocurría, como en el Reino Unido (el escándalo Marconi de 1913, en el que se vieron implicados dos políticos autoformados del tipo al que hacemos referencia anteriormente, Lloyd George y Rufus Isaacs, que más tarde sería nombrado lord Chief Justice y virrey de la India).** Desde luego, la inestabilidad parlamentaria y la corrupción podían ir de la mano en los casos en que los gobiernos formaban mayorías sobre la base de la compra de votos a cambio de favores políticos que, casi de forma inevitable, tenían una dimensión económica. Como ya hemos comentado, Giovanni Giolitti en Italia era el exponente más claro de esa estrategia.

Los contemporáneos pertenecientes a las clases más altas de la sociedad eran perfectamente conscientes de los peligros que planteaba la democratización política y, en un sentido más general, de la creciente importancia de las masas. No era esta una preocupación que sintieran únicamente los que se dedicaban a los asuntos públicos como el editor de *Le Temps* y *La Revue des Deux Mondes* —bastiones de la opinión respetable francesa—, que en 1897 publicó un libro cuyo título era *La organización del sufragio universal: la*

* E incluso en este país se creó en 1883 una Comisión para el Funcionariado Civil que estableciera las bases de una burocracia federal independiente del patronazgo político. Pero en la mayor parte de los países el patronazgo político era más importante de lo que se piensa.

** En el seno de una élite dirigente cohesionada no eran infrecuentes una serie de transacciones que habrían hecho fruncir el ceño a los observadores democráticos y a los moralistas políticos. A su muerte en 1895, lord Randolph Churchill, padre de Winston, que había sido ministro de Hacienda, debía unas sesenta mil libras a Rothschild de quien cabe pensar que tendría un interés en las finanzas nacionales. La importancia de esta deuda viene indicada por el hecho de que esa sola suma significaba aproximadamente el 0.4 por 100 del total del impuesto sobre la renta del Reino Unido en ese año.¹⁰

crisis del estado moderna,¹¹ o del procónsul conservador y luego ministro Alfred Milner (1854-1925), que en 1902 se refirió en privado al Parlamento británico como «esa chusma de Westminster».¹² En gran medida el pesimismo de la cultura burguesa a partir del decenio de 1880 (véase *infra*, pp. 236 y 267-268) reflejaba, sin duda, el sentimiento de unos líderes abandonados por sus antiguos partidarios pertenecientes a unas elites cuyas defensas frente a las masas se estaban derrumbando, de la minoría educada y culta (es decir, fundamentalmente, de los hijos de los acomodados), que se sentían invadidos por «quienes están todavía emancipándose ... del semianalfabetismo o la semibarbarie»¹³ o arrinconados por la marea creciente de una civilización dirigida a esas masas.

La nueva situación política fue implantándose de forma gradual y desigual, según la historia de cada uno de los estados. Esto hace difícil, y en gran medida inútil, un estudio comparativo de la política en los decenios de 1870 y 1880. Fue la súbita aparición en la esfera internacional de movimientos obreros y socialistas de masas en la década de 1880 y posteriormente (véase el capítulo siguiente) el factor que pareció situar a muchos gobiernos y a muchas clases gobernantes en unas premisas básicamente iguales, aunque podemos ver retrospectivamente que no eran los únicos movimientos de masas que plantearon problemas a los gobiernos. En general, en la mayor parte de los estados europeos con constituciones limitadas o derecho de voto restringido, la preeminencia política que había correspondido a la burguesía liberal a mediados del siglo (véase *La era del capital*, capítulos 6, I, y 13, III) se eclipsó en el curso de la década de 1870, si no por otras razones, como consecuencia de la gran depresión: en Bélgica, en 1870; en Alemania y Austria, en 1879; en Italia, en el decenio de 1870; en el Reino Unido, en 1874. Nunca volvió a ocupar una posición dominante, excepto en episódicos retornos al poder. En el nuevo período no apareció en Europa un modelo político igualmente nítido, aunque en los Estados Unidos, el Partido Republicano, que había conducido al Norte a la victoria en la guerra civil, continuó ocupando la presidencia hasta 1913. En tanto en cuanto era posible mantener al margen de la política parlamentaria problemas insolubles o desafíos fundamentales de revolución o secesión, los políticos podían formar mayorías parlamentarias cambiantes, que constituyeran aquellas que no deseaban amenazar al estado ni al orden social. Eso fue posible en la mayor parte de los casos, aunque en el Reino Unido la aparición súbita de un bloque sólido y militante de nacionalistas irlandeses en el decenio de 1880, dispuesto a perturbar los Comunes y en una posición que le permitía influir de forma decisiva en el Parlamento, transformó inmediatamente la política parlamentaria y los dos partidos que habían dirigido su decoroso *pas-de-deux*. Cuando menos, precipitó en 1886 el aflujo de aristócratas millonarios pertenecientes al partido *whig* y de hombres de negocios liberales al partido *tory* que, como partido conservador y unionista (es decir, opuesto a la autonomía irlandesa), pasó a ser cada vez más el partido unificado de los terratenientes y de los grandes hombres de negocios.

En los demás países, la situación, aunque aparentemente más dramática, de hecho era más fácil de controlar. En la restaurada monarquía española (1874), la fragmentación de los derrotados enemigos del sistema —los republicanos por la izquierda y los carlistas por la derecha— permitió a Cánovas (1828-1897), que ocupó el poder durante la mayor parte del período 1874-1897, controlar a los políticos y a un voto rural apolítico. En Alemania, la debilidad de los elementos irreconciliables permitió a Bismarck controlar perfectamente la situación en el decenio de 1880, y la moderación de los partidos eslavos respetables en el imperio austríaco benefició igualmente al elegante aristócrata conde Taaffe (1833-1895), que ocupó el poder entre 1879 y 1893. La derecha francesa, que se negó a aceptar la república, fue una minoría electoral permanente y el ejército no desafió a la autoridad civil. Así, la república sobrevivió a las numerosas crisis que la sacudieron (en 1877, en 1885-1887, en 1892-1893 y en el caso Dreyfus de 1894-1900). En Italia, el boicot del Vaticano contra un estado secular y anticlerical facilitó a Depretis (1813-1887) el desarrollo de su política de «transformismo», es decir, de conversión de sus enemigos en sostén del gobierno.

En realidad, el único desafío real al sistema procedía de los medios extraparlamentarios, y la insurrección desde abajo no sería tomada en consideración, por el momento, en los países constitucionales, mientras que los ejércitos, incluso en España, país típico de pronunciamientos, conservaron la calma. Y donde, como en los Balcanes o como en América Latina, tanto la insurrección como la irrupción del ejército en la política fueron acontecimientos familiares, lo fueron como partes del sistema más que como desafíos potenciales al mismo.

Ahora bien, no era probable que esa situación se mantuviera durante mucho tiempo. Y cuando los gobiernos se encontraron frente a la aparición de fuerzas aparentemente irreconciliables en la política, su primer instinto fue, muchas veces, la coacción. Bismarck, maestro en la manipulación de la política de sufragio limitado, se sintió perplejo cuando en el decenio de 1870 se tuvo que enfrentar con lo que consideraba una masa organizada de católicos que se mostraban leales a un Vaticano reaccionario situado «más allá de las montañas» (de ahí el término *ultramontano*) y les declaró la guerra anticlerical (la llamada *Kulturkampf* o lucha cultural de los años setenta). Enfrentado al auge de los socialdemócratas, proscribió a este partido en 1879. Como parecía imposible e impensable la vuelta a un absolutismo radical —se permitió a los proscritos socialdemócratas que presentaran candidatos electorales—, fracasó en ambos casos. Antes o después —en el caso de los socialistas después de su caída en 1889—, los gobiernos tenían que aprender a convivir con los nuevos movimientos de masas. El emperador austríaco, cuya capital fue dominada por la demagogia de los cristianos sociales, se negó por tres veces a aceptar a su líder, Lueger, como alcalde de Viena, antes de resignarse a lo inevitable en 1897. En 1886, el gobierno belga sofocó, mediante la fuerza militar, la oleada de huelgas y tumultos de los trabajadores belgas —que se contaban entre los más pobres de la Europa occidental—

y envió a prisión a los líderes socialistas, estuvieran o no implicados en los disturbios. Pero siete años más tarde concedió una especie de sufragio universal después de que se hubiera producido una huelga general eficaz. Los gobiernos italianos dieron muerte a campesinos sicilianos en 1893 y a trabajadores milaneses en 1898. Sin embargo, cambiaron de rumbo después de las cincuenta muertes de Milán. En general, el decenio de 1890, que conoció la aparición del socialismo como movimiento de masas, constituyó el punto de inflexión. Comenzó entonces una era de nuevas estrategias políticas.

A las generaciones de lectores que se han hecho adultas desde la primera guerra mundial puede parecerles sorprendente que en esa época ningún gobierno pensara seriamente en el abandono de los sistemas constitucional y parlamentario. En efecto, *con posterioridad* a 1918, el constitucionalismo liberal y la democracia representativa comenzarían una retirada en un amplio frente, aunque fueron restablecidos parcialmente después de 1945. No era este el caso en el período que nos ocupa. Incluso en la Rusia zarista, la derrota de la revolución en 1905 no condujo a la abolición total de las elecciones y el Parlamento (la Duma). A diferencia de lo que ocurriera en 1849 (véase *La era del capital*, capítulo 1), no tuvo lugar el retorno directo a una política reaccionaria, aunque al final de ese período de poder, Bismarck jugó con la idea de suspender o abolir la Constitución. La sociedad burguesa tal vez se sentía incómoda sobre su futuro, pero conservaba la confianza suficiente, en gran parte porque el avance de la economía mundial no favorecía el pesimismo. Incluso la opinión política moderada (a menos que tuviera intereses diplomáticos o económicos opuestos) adoptaba una posición favorable a una revolución en Rusia, que todo el mundo esperaba que contribuyera a convertir la civilización europea en un estado burgués-liberal decente; y ciertamente en Rusia, la revolución de 1905, a diferencia de la de octubre de 1917, fue apoyada con entusiasmo por las clases medias y por los intelectuales. Otros insurreccionistas eran insignificantes. Los gobiernos permanecieron impasibles durante la epidemia anarquista de asesinatos en el decenio de 1890, en el curso de los cuales murieron dos monarcas, dos presidentes y un primer ministro,* y a partir de 1900 nadie se preocupó seriamente por el anarquismo, con la excepción de España y de algunas zonas de América Latina. Con el estallido de la guerra en 1914, el ministro francés del Interior ni siquiera se preocupó de detener a los revolucionarios y antimilitaristas subversivos (fundamentalmente anarquistas y anarcosindicalistas) considerados peligrosos para el estado y de los que la policía había elaborado una lista completa.

Pero si (a diferencia de lo que ocurrió en los decenios posteriores a 1917) la sociedad burguesa en conjunto no se sentía amenazada de forma grave e inmediata, tampoco sus valores y sus expectativas históricas decimonónicas se habían visto seriamente socavadas todavía. Se esperaba que el comporta-

* El rey Humberto de Italia, la emperatriz Isabel de Austria, los presidentes Sadí Carnot de Francia y McKinley de los Estados Unidos y el presidente del consejo Cánovas de España.

miento civilizado, el imperio de la ley y las instituciones liberales continuarían con su progreso secular. Quedaba todavía mucha barbarie, especialmente (así lo creían los elementos «respetables» de la sociedad) entre las clases inferiores y, por supuesto, entre los pueblos «incivilizados» que afortunadamente habían sido colonizados. Todavía había estados, incluso en Europa, como los imperios zarista y otomano, donde las luces de la razón alumbraban escasamente o aún no habían sido encendidas. Sin embargo, los mismos escándalos que convulsionaban la opinión nacional o internacional indican cuán altas eran las expectativas de civilización en el mundo burgués en las épocas de paz: Dreyfus (la negativa a investigar una equivocación de la justicia), Ferrer Guardia en 1909 (la ejecución de un educador español, acusado erróneamente de encabezar una oleada de tumultos en Barcelona), Zabern en 1913 (veinte manifestantes encerrados durante una noche en una ciudad alsaciana por el ejército alemán). Desde nuestra posición en las postrimerías del siglo XX sólo podemos mirar con melancólica incredulidad hacia un período en el que se creía que las matanzas que en nuestro mundo ocurren prácticamente cada día, eran solamente monopolio de los turcos y de algunas tribus.

III

Así pues, las clases dirigentes optaron por las nuevas estrategias, aunque hicieron todo tipo de esfuerzos para limitar el impacto de la opinión y del electorado de masas sobre sus intereses y sobre los del estado, así como sobre la definición y continuidad de la alta política. Su objetivo básico era el movimiento obrero y socialista, que apareció de pronto en el escenario internacional como un fenómeno de masas en torno a 1890 (véase el capítulo siguiente). En definitiva, éste sería más fácil de controlar que los movimientos nacionalistas que aparecieron en este período o que, aunque habían aparecido anteriormente, entraron en una fase de nueva militancia, autonomismo o separatismo (véase *infra*, capítulo 6). En cuanto a los católicos, salvo en los casos en que se identificaron con el nacionalismo autonomista, fue relativamente fácil integrarlos, pues eran conservadores desde el punto de vista social —este era el caso incluso entre los raros partidos socialcristianos como el de Lueger— y, por lo general, se contentaban con la salvaguarda de los intereses específicos de la Iglesia.

No fue fácil conseguir que los movimientos obreros se integraran en el juego institucionalizado de la política, por cuanto los empresarios, enfrentados con huelgas y sindicatos, tardaron mucho más tiempo que los políticos en abandonar la política de mano dura, incluso en la pacífica Escandinavia. El creciente poder de los grandes negocios se mostró especialmente recalcitrante. En la mayor parte de los países, sobre todo en los Estados Unidos y en Alemania, los empresarios no se reconciliaron como clase antes de 1914, e incluso en el Reino Unido, donde habían sido aceptados ya en teoría, y muchas veces en la práctica, el decenio de 1890 contempló una contraofensiva de los

empresarios contra los sindicatos, a pesar de que el gobierno practicó una política conciliadora y de que los líderes del Partido Liberal intentaron asegurarse y captar el voto obrero. También se plantearon difíciles problemas políticos allí donde los nuevos partidos obreros se negaron a cualquier tipo de compromiso con el estado y con el sistema burgués a escala nacional —muy pocas veces hicieron gala de la misma intransigencia en el ámbito del gobierno local—, actitud que adoptaron los partidos que se adhirieron a la Internacional marxista de 1889. (Los partidos obreros no revolucionarios o no marxistas no suscitaron ese problema.) Pero hacia 1900 existía ya un ala moderada o reformista en todos los movimientos de masas; incluso entre los marxistas encontró a su ideólogo en Eduard Bernstein, que afirmaba que «el movimiento lo era todo, mientras que el objetivo final no era nada», y cuya postura nítida de revisión de la teoría marxista suscitó escándalos, ofensas y un debate apasionado en el mundo socialista desde 1897. Entretanto, la política del electoralismo de masas, que incluso la mayor parte de los partidos marxistas defendían con entusiasmo porque permitía un rápido crecimiento de sus filas, integró gradualmente a esos partidos en el sistema.

Ciertamente era impensable todavía incluir a los socialistas en el gobierno. No se podía esperar tampoco que toleraran a los políticos y gobiernos «reaccionarios». Sin embargo podía tener buenas posibilidades de éxito la política de incluir cuando menos a los representantes moderados de los trabajadores en un frente más amplio en favor de la reforma, la unión de todos los demócratas, republicanos, anticlericales u «hombres del pueblo», especialmente contra los enemigos movilizados de esas buenas causas. Esa política se puso en práctica de forma sistemática en Francia desde 1899 con Waldeck Rousseau (1846-1904), artífice de un gobierno de unión republicana contra los enemigos que la desafiaron tan abiertamente en el caso Dreyfus; en Italia, por Zanardelli, cuyo gobierno de 1903 descansaba en el apoyo de la extrema izquierda y, posteriormente, por Giolitti, el gran negociador y conciliador. En el Reino Unido, después de superarse algunas dificultades en el decenio de 1890, los liberales establecieron un pacto electoral con el joven Labour Representation Committee en 1903, pacto que le permitió entrar en el Parlamento con cierta fuerza en 1906 con el nombre de Partido Laborista. En todos los demás países, el interés común de ampliar el derecho de voto aproximó a los socialistas y a otros demócratas, como ocurrió en Dinamarca, donde en 1901 el gobierno pudo contar, por primera vez en toda Europa, con el apoyo de un partido socialista.

Las razones que explican esta aproximación del centro parlamentario a la extrema izquierda no eran, por lo general, la necesidad de conseguir el apoyo socialista, pues incluso los partidos socialistas más numerosos eran grupos minoritarios que podían ser fácilmente excluidos del juego parlamentario, como ocurrió con los partidos comunistas, de tamaño similar, en la Europa posterior a la segunda guerra mundial. Los gobiernos alemanes mantuvieron a raya al más poderoso de esos partidos mediante la llamada *Sammlungspolitik* (política de unión amplia), es decir, aglutinando mayorías de conservadores católi-

cos y liberales antisocialistas. Lo que impulsaba a los hombres sensatos de las clases gobernantes era, más bien, el deseo de explotar las posibilidades de domesticar a esas bestias salvajes del bosque político. La estrategia reportó resultados dispares según los casos, y la intransigencia de los capitalistas, partidarios de la coacción y que provocaban enfrentamientos de masas, no facilitó la tarea, aunque en conjunto esa política funcionó, al menos en la medida en que consiguió dividir a los movimientos obreros de masas en un ala moderada y otra radical de elementos irreconciliables —por lo general, una minoría—, aislando a esta última.

No obstante, lo cierto es que la democracia sería más fácilmente maleable cuanto menos agudos fueran los descontentos. Así pues, la nueva estrategia implicaba la disposición a poner en marcha programas de reforma y asistencia social, que socavó la posición liberal clásica de mediados de siglo de apoyar gobiernos que se mantenían al margen del campo reservado a la empresa privada y a la iniciativa individual. El jurista británico A. V. Dicey (1835-1922) consideraba que la apisonadora del colectivismo se había puesto en marcha en 1870, allanando el paisaje de la libertad individual, dejando paso a la tiranía centralizadora y uniforme de las comidas escolares, la seguridad social y las pensiones de vejez. En cierto sentido tenía razón. Bismarck, con una mente siempre lógica, ya había decidido en el decenio de 1880 enfrentarse a la agitación socialista por medio de un ambicioso plan de seguridad social y en ese camino le seguirían Austria y los gobiernos liberales británicos de 1906-1914 (pensiones de vejez, bolsas de trabajo, seguros de enfermedad y de desempleo) e incluso, después de algunas dudas, Francia (pensiones de vejez en 1911). Curiosamente, los países escandinavos, que en la actualidad constituyen los «estados providencia» por excelencia, avanzaron lentamente en esa dirección, mientras que algunos países sólo hicieron algunos gestos nominales y los Estados Unidos de Carnegie, Rockefeller y Morgan ninguno en absoluto. En ese paraíso de la libre empresa, incluso el trabajo infantil escapaba al control de la legislación federal, aunque en 1914 existían ya una serie de leyes que lo prohibían, en teoría, incluso en Italia, Grecia y Bulgaria. Las leyes sobre el pago de indemnizaciones a los trabajadores en caso de accidente, vigentes en todas partes en 1905, fueron desdeñadas por el Congreso y rechazadas por inconstitucionales por los tribunales. Con excepción de Alemania, esos planes de asistencia social fueron modestos hasta poco antes de 1914, e incluso en Alemania no consiguieron detener el avance del Partido Socialista. De cualquier forma, se había asentado ya una tendencia, mucho más rápida en los países de Europa y Australia que en los demás.

Dicey estaba también en lo cierto cuando hacía hincapié en el incremento inevitable de la importancia y el peso del aparato del estado, una vez que se abandonó el concepto del estado ideal no intervencionista. De acuerdo con los parámetros actuales, la burocracia todavía era modesta, aunque creció con gran rapidez, especialmente en el Reino Unido, donde el número de trabajadores al servicio del gobierno se triplicó entre 1891 y 1911. En Europa, ha-

cia 1914, variaba entre el 3 por 100 de la mano de obra en Francia —hecho un tanto sorprendente— y un elevado 5,5-6 por 100 en Alemania y —hecho igualmente sorprendente— en Suiza.¹⁴ Digamos, a título comparativo, que en los países de la Europa comunitaria del decenio de 1970, la burocracia suponía entre el 10 y el 12 por 100 de la población activa.

Pero ¿acaso no era posible conseguir la lealtad de las masas sin embarcarse en una política social de grandes gastos que podía reducir los beneficios de los hombres de negocios de los que dependía la economía? Como hemos visto, se tenía la convicción no sólo de que el imperialismo podía financiar la reforma social, sino también de que era popular. La guerra, o al menos la perspectiva de una guerra victoriosa, tenía incluso un potencial demagógico mayor. El gobierno conservador inglés utilizó la guerra de Sudafrica (1899-1902) para derrotar espectacularmente a sus enemigos liberales en la elección «caqui» de 1900, y el imperialismo norteamericano consiguió movilizar con éxito la popularidad de las armas para la guerra contra España en 1898. Claro que las elites gobernantes de los Estados Unidos, con Theodore Roosevelt (1858-1919, presidente en 1901-1909) a la cabeza, acababan de descubrir al *cowboy* armado de revólver como símbolo del auténtico americanismo, la libertad y la tradición nativa blanca contra las hordas invasoras de inmigrantes de baja estofa y frente a la gran ciudad incontrolable. Ese símbolo ha sido intensamente explotado desde entonces.

Sin embargo, el problema era más amplio. ¿Era posible dar una nueva legitimidad a los regímenes de los estados y a las clases dirigentes a los ojos de las masas movilizadas democráticamente? En gran parte, la historia del período que estudiamos consiste en una serie de intentos de responder a ese interrogante. La tarea era urgente porque en muchos casos los viejos mecanismos de subordinación social se estaban derrumbando. Así, los conservadores alemanes —en esencia el partido de los electores leales a los grandes terratenientes y a la aristocracia— perdieron la mitad de sus votos entre 1881 y 1912, por la sola razón de que el 71 por 100 de esos votos procedían de pueblos de menos de 2.000 habitantes, que albergaban un porcentaje cada vez más reducido de la población, y sólo el 5 por 100 de las grandes ciudades de más de 100.000 habitantes, a las que se trasladaba en masa la población alemana. Las viejas lealtades funcionaban todavía en los feudos de los *Junkers* de Pomerania,¹⁵ donde los conservadores aglutinaban aún la mitad de los votos, pero incluso en el conjunto de Prusia sólo movilizaban al 11 o 12 por 100 de los electores.¹⁶ Más dramática era aún la situación de esa otra clase privilegiada, la burguesía liberal. Había triunfado quebrantando la cohesión social de las jerarquías y comunidades antiguas, eligiendo el mercado frente a las relaciones humanas, la *Gesellschaft* frente a la *Gemeinschaft*, y cuando las masas hicieron su aparición en la escena política persiguiendo sus propios intereses, se mostraron hostiles hacia todo lo que representaba el liberalismo

¹⁵ Pomerania, una zona a lo largo del noreste báltico de Berlín, forma ahora parte de Polonia.

burgués. En ningún sitio fue esto más evidente que en Austria, donde a finales de siglo los liberales habían quedado reducidos a una pequeña minoría de acomodados alemanes y judíos alemanes de clase media residentes en las ciudades. El municipio de Viena, su bastión en el decenio de 1860, se perdió en favor de los demócratas radicales, los antisemitas, el nuevo partido cristiano-social y, finalmente, los socialdemócratas. Incluso en Praga, donde ese núcleo burgués podía afirmar que representaba los intereses de la cada vez más reducida minoría de habla alemana de todas las clases (unos 30.000 habitantes y en 1910 únicamente el 7 por 100 de la población), no consiguieron la lealtad de los estudiantes y de la pequeña burguesía alemana nacionalista (*völkisch*) ni de los socialdemócratas y los trabajadores alemanes, políticamente poco activos, ni tan sólo de una parte de la población judía.¹⁶

¿Y qué decir acerca del estado, representado todavía habitualmente por monarcas? Podía ser de nueva planta, sin ningún precedente histórico destacable, como en Italia y en el nuevo imperio alemán por no mencionar a Rumanía y Bulgaria. Sus regímenes podían ser el producto de una derrota reciente, de la revolución y la guerra civil como en Francia, España y los Estados Unidos de después de la guerra civil, por no hablar de los siempre cambiantes regímenes de las repúblicas latinoamericanas. En las monarquías de larga tradición —incluso en el Reino Unido de la década de 1870— las agitaciones no eran, o no parecían serlo, desdenables. La agitación nacional era cada vez más fuerte. ¿Podía darse por sentada la lealtad de todos los súbditos o ciudadanos con respecto al estado?

En consecuencia, este fue el momento en que los gobiernos, los intelectuales y los hombres de negocios descubrieron el significado político de la irracionalidad. Los intelectuales escribían, pero los gobiernos actuaban. «Aquel que pretenda basar su pensamiento político en una reevaluación del funcionamiento de la naturaleza humana ha de comenzar por intentar superar la tendencia a exagerar la intelectualidad de la humanidad»; así escribía el científico político inglés Graham Wallas en 1908, consciente de que estaba escribiendo el epitafio del liberalismo decimonónico.¹⁷ La vida política se ritualizó, pues, cada vez más y se llenó de símbolos y de reclamos publicitarios, tanto abiertos como subliminales. Conforme se vieron socavados los antiguos métodos —fundamentalmente religiosos— para asegurar la subordinación, la obediencia y la lealtad, la necesidad de encontrar otros medios que los sustituyeran se cubría por medio de la *invención* de la tradición, utilizando elementos antiguos y experimentados capaces de provocar la emoción, como la corona y la gloria militar y, como hemos visto (véase el capítulo anterior), otros sistemas nuevos como el imperio y la conquista colonial.

Al igual que la horticultura, ese sistema era una mezcla de plantación desde arriba y crecimiento —o en cualquier caso, disposición para plantar— desde abajo. Los gobiernos y las elites gobernantes sabían perfectamente lo que hacían cuando crearon nuevas fiestas nacionales, como el 14 de Julio en Francia (en 1880), o impulsaron la ritualización de la monarquía británica, que se ha hecho cada vez más hierática y bizantina desde que se impuso en

el decenio de 1880.¹⁸ En efecto, el comentarista clásico de la Constitución británica, tras la ampliación del sufragio de 1867, distinguía lúcidamente entre las partes «eficaces» de la Constitución, de acuerdo con las cuales actuaba de hecho el gobierno, y las partes «dignificadas» de ella, cuya función era mantener satisfechas a las masas mientras eran gobernadas.¹⁹ Las imponentes masas de mármol y de piedra con que los estados ansiosos por confirmar su legitimidad (muy en especial, el nuevo imperio alemán) llenaban sus espacios abiertos habían de ser planeadas por la autoridad y se construían pensando más en el beneficio económico que artístico de numerosos arquitectos y escultores. Las coronaciones británicas se organizaban, de forma plenamente consciente, como operaciones político-ideológicas para ocupar la atención de las masas.

Sin embargo, no crearon la necesidad de un ritual y un simbolismo satisfactorios desde el punto de vista emocional. Antes bien, descubrieron y llenaron un vacío que había dejado el racionalismo político de la era liberal, la nueva necesidad de dirigirse a las masas y la transformación de las propias masas. En este sentido, la invención de tradiciones fue un fenómeno paralelo al descubrimiento comercial del mercado de masas y de los espectáculos y entretenimientos de masas, que corresponde a los mismos decenios. La industria de la publicidad, aunque iniciada en los Estados Unidos después de la guerra civil, fue entonces cuando alcanzó su mayoría de edad. El cartel moderno nació en las décadas de 1880 y 1890. Cabe situar en el mismo marco de psicología social (la psicología de «la multitud» se convirtió en un tema floreciente tanto entre los profesores franceses como entre los gurus norteamericanos de la publicidad), el Royal Tourmament anual (iniciado en 1880), exhibición pública de la gloria y el drama de las fuerzas armadas británicas, y las iluminaciones de la playa de Blackpool, lugar de recreo de los nuevos veraneantes proletarios; a la reina Victoria y a la muchacha Kodak (producto de la década de 1900), los monumentos del emperador Guillermo a los Hohenzollern y los carteles de Toulouse-Lautrec para artistas famosos de variedades.

Naturalmente, las iniciativas oficiales alcanzaban un éxito mayor cuando explotaban y manipulaban las emociones populares espontáneas e indefinidas o cuando integraban temas de la política de masas no oficial. El 14 de Julio francés se impuso como auténtica fiesta nacional porque recogía tanto el apego del pueblo a la gran revolución como los deseos de contar con una fiesta institucionalizada.²⁰ El gobierno alemán, pese a las innumerables toneladas de mármol y de piedra, no consiguió consagrar al emperador Guillermo I como padre de la nación, pero aprovechó el entusiasmo nacionalista no oficial que erigió «columnas Bismarck» a centenares tras la muerte del gran estadista, a quien el emperador Guillermo II (reinó entre 1888 y 1918) había cesado. En cambio, el nacionalismo no oficial estuvo vinculado a la «pequeña Alemania», a la que durante tanto tiempo se había opuesto, mediante el poderío militar y la ambición global; de ello son testimonio el triunfo del *Deutschland Über Alles* sobre otros himnos nacionales más modestos y el de la nueva bandera

negra, blanca y roja prusalemana sobre la antigua bandera negra, roja y oro de 1848, triunfos ambos que se produjeron en la década de 1890.²¹

Así pues, los regímenes políticos llevaron a cabo, dentro de sus fronteras, una guerra silenciosa por el control de los símbolos y ritos de la pertenencia a la especie humana, muy en especial mediante el control de la escuela pública (sobre todo la escuela primaria, base fundamental en las democracias para «educar a nuestros maestros»²² en el espíritu «correcto») y, por lo general cuando las Iglesias eran poco fiables políticamente, mediante el intento de controlar las grandes ceremonias del nacimiento, el matrimonio y la muerte. De todos estos símbolos, tal vez el más poderoso era la música, en sus formas políticas, el himno nacional y la marcha militar —interpretados con todo entusiasmo en esta época de los compositores J. P. Sousa (1854-1932) y Edward Elgar (1857-1934)—²³ y, sobre todo, la bandera nacional. En los países donde no existía régimen monárquico, la bandera podía convertirse en la representación virtual del estado, la nación y la sociedad, como en los Estados Unidos, donde en los últimos años del decenio de 1880 se inició la costumbre de honrar a la bandera como un ritual diario en las escuelas de todo el país, hasta que se convirtió en una práctica general.²⁴

Podía considerarse afortunado el régimen capaz de movilizar símbolos aceptados universalmente, como el monarca inglés, que comenzó incluso a asistir todos los años a la gran fiesta del proletariado, la final de copa de fútbol, subrayando la convergencia entre el ritual público de masas y el espectáculo de masas. En este período comenzaron a multiplicarse los espacios ceremoniales públicos y políticos, por ejemplo en torno a los nuevos monumentos nacionales alemanes, y estadios deportivos, susceptibles de convertirse también en escenarios políticos. Los lectores de mayor edad recordarán tal vez los discursos pronunciados por Hitler en el Sportspalast (palacio de deportes) de Berlín. Afortunado el régimen que, cuando menos, podía identificarse con una gran causa con apoyo popular, como la revolución y la república en Francia y en los Estados Unidos.

Los estados y los gobiernos competían por los símbolos de unidad y de lealtad emocional con los movimientos de masas no oficiales, que muchas veces creaban sus propios contrasímbolos, como la «Internacional» socialista, cuando el estado se apropió del anterior himno de la revolución, la *Marsellesa*.²⁵ Aunque muchas veces se cita a los partidos socialistas alemán y austríaco como ejemplos extremos de comunidades independientes y separadas, de contrasociedades y de contracultura (véase el capítulo siguiente), de hecho sólo eran parcialmente separatistas por cuanto siguieron vinculadas a la cultura oficial por su fe en la educación (en el sistema de escuela pública), en la razón y en la ciencia y en los valores de las artes (burguesas): los «clásicos». Después de todo, eran los herederos de la Ilustración. Eran movi-

¹⁸ La frase es de Robert Lowe en 1867.²²

²³ Entre 1890 y 1910 hubo más interpretaciones musicales del himno nacional británico de lo que ha habido nunca antes o después.²³

mientos religiosos y nacionalistas los que rivalizaban con el estado, creando nuevos sistemas de enseñanza rivales sobre bases lingüísticas o confesionales. Con todo, todos los movimientos de masas tendieron, como hemos visto en el caso de Irlanda, a formar un complejo de asociaciones y contracomunidades en torno a centros de lealtad que rivalizaban con el estado.

IV

¿Consiguieron las sociedades políticas y las clases dirigentes de la Europa occidental controlar esas movilizaciones de masas, potencial o realmente subversivas? Así ocurrió en general en el período anterior a 1914, con la excepción de Austria, ese conglomerado de nacionalidades que buscaban en otra parte sus perspectivas de futuro y que sólo se mantenían unidas gracias a la longevidad de su anciano emperador Francisco José (reinó entre 1848 y 1916), a la administración de una burocracia escéptica y racionalista y al hecho de que para una serie de grupos nacionales, esa realidad era menos deseable que cualquier destino alternativo. En la mayor parte de los estados del Occidente burgués y capitalista —como veremos, la situación era muy diferente en otras partes del mundo (véase *infra*, capítulo 12)—, el período transcurrido entre 1875 y 1914 y, desde luego, el que se extiende entre 1900 y 1914, fue de estabilidad política, a pesar de las alarmas y los problemas.

Los movimientos que rechazaban el sistema, como el socialismo, eran engullidos por éste o —cuando eran lo suficientemente débiles— podían ser utilizados incluso como catalizadores de un consenso mayoritario. Esta era, probablemente, la función de la «reacción» en la República francesa, del antisocialismo en la Alemania imperial: nada unía tanto como un enemigo común. En ocasiones, incluso el nacionalismo podía ser manejado. El nacionalismo galés sirvió para fortalecer el liberalismo, cuando su líder Lloyd George se convirtió en ministro del gobierno y en el principal freno y conciliador demagógico del radicalismo y el laborismo democráticos. Por su parte, el nacionalismo irlandés, tras los episodios dramáticos de 1879-1891, pareció remansarse gracias a la reforma agraria y a la dependencia política del liberalismo británico. El extremismo pangermano se reconcilió con la «Pequeña Alemania» por el militarismo y el imperialismo del imperio de Guillermo. Incluso en Bélgica: los flamencos se mantuvieron en el seno del partido católico, que no desafiaba la existencia del estado unitario y nacional. Podían ser aislados los elementos irreconciliables de la ultraderecha y de la ultraizquierda. Los grandes movimientos socialistas anunciaban la inevitable revolución, pero por el momento tenían otras cosas en que ocuparse. Cuando estalló la guerra en 1914, la mayor parte de ellos se vincularon, en patriótica unión, con sus gobiernos y sus clases dirigentes. La única excepción importante de la Europa occidental confirma la regla. En efecto, el Partido Laborista Independiente británico, que continuó oponiéndose a la guerra, lo hacía porque compartía la larga tradición pacífica del inconformismo y del

liberalismo burgués del Reino Unido, que de hecho convirtió a éste en el único país en cuyo gobierno dimitieron por tales motivos varios ministros liberales, en agosto de 1914.*

Los partidos socialistas que aceptaron la guerra lo hicieron, en muchos casos, sin entusiasmo y, fundamentalmente, porque tenían ser abandonados por sus seguidores, que se apuntaron a filas en masa con celo espontáneo. En el Reino Unido, donde no existía reclutamiento militar obligatorio, dos millones de jóvenes se alistaron voluntariamente entre agosto de 1914 y junio de 1915, triste demostración del éxito de la política de la democracia integradora. Sólo en los países donde no se había desarrollado aún un esfuerzo real para conseguir que el ciudadano pobre se identificara con la nación y el estado, como en Italia, o donde ese esfuerzo no podía conocer el éxito, como entre los checos, la gran masa de la población se mostró indiferente u hostil a la guerra en 1914. El movimiento antibelicista de masas no se inició realmente hasta mucho más tarde.

Dado el éxito de la integración política, los diversos regímenes políticos sólo tenían que hacer frente al desafío inmediato de la acción directa. Es cierto que este tipo de conflictos ocurrieron sobre todo en los años inmediatamente anteriores al estallido de la guerra, pero se trataba de un desafío del orden público más que del orden social, dada la ausencia de situaciones revolucionarias e incluso prerrevolucionarias en los países más representativos de la sociedad burguesa. Los tumultos protagonizados por los viticultores del sur de Francia, el motín del Regimiento 17 enviado contra ellos (1907), las huelgas prácticamente generales de Belfast (1907), Liverpool (1911) y Dublín (1913), la huelga general de Suecia (1908) e incluso la «Semana Trágica» de Barcelona (1909) no tenían la fuerza suficiente como para quebrantar los cimientos de los regímenes políticos. Sin embargo, eran acontecimientos graves, en especial en la medida en que eran síntoma de la vulnerabilidad de unos sistemas económicos complejos. En 1912, el primer ministro inglés, Asquith, a pesar de la proverbial impasibilidad del caballero inglés, lloró al anunciar la derrota del gobierno ante la huelga general de los mineros del carbón.

No debemos subestimar la importancia de estos fenómenos. Aunque los contemporáneos ignoraban qué sucedería después, con frecuencia tenían la sensación de que la sociedad se sacudía como si se tratara de los movimientos sísmicos que preceden a los terremotos más fuertes. En esos años flotaba en el ambiente un hálito de violencia sobre los hoteles Ritz y las casas de campo, lo cual subrayaba la inestabilidad y la fragilidad del orden político en la *belle époque*.

Pero tampoco hay que exagerar su trascendencia. Por lo que respecta a los países más importantes de la sociedad burguesa, lo que destruyó la estabilidad de la *belle époque*, incluyendo la paz de ese período, fue la situación en Rusia, el imperio de los Habsburgo y los Balcanes, y no la que reinaba en

* John Morley, biógrafo de Gladstone y John Burns, antiguo líder laborista.

la Europa occidental y en Alemania. Lo que hizo peligrosa la situación política del Reino Unido en los años anteriores a la guerra no fue la rebelión de los trabajadores, sino la división que surgió en las filas de la clase dirigente, una crisis constitucional provocada por la resistencia que la ultraconservadora Cámara de los Lores opuso a la de los Comunes, el rechazo colectivo de los oficiales a obedecer las órdenes de un gobierno liberal que defendía el *Home Rule* en Irlanda. Sin duda, esas crisis provocaron, en parte, la movilización de los trabajadores, pues a lo que los lores se resistían ciegamente, y en vano, era a la demagogia inteligente de Lloyd George, dirigida a mantener «al pueblo» en el marco del sistema de sus gobernantes. Sin embargo, la última y más grave de esas crisis fue provocada por el compromiso político de los liberales con la autonomía irlandesa (católica) y el de los conservadores con la negativa de los protestantes del Ulster (que apoyaban en las armas) a aceptarla. La democracia parlamentaria, el juego estilizado de la política, era —como bien sabemos todavía en el decenio de 1980— incapaz de controlar esa situación.

De cualquier forma, en el período que transcurre entre 1880 y 1914, las clases dirigentes descubrieron que la democracia parlamentaria, a pesar de sus temores, fue perfectamente compatible con la estabilidad política y económica de los regímenes capitalistas. Ese descubrimiento, así como el propio sistema, era nuevo, al menos en Europa. Este sistema era decepcionante para los revolucionarios sociales. Para Marx y Engels, la república democrática, aunque totalmente «burguesa», había sido siempre como la antesala del socialismo, por cuanto permitía, e incluso impulsaba, la movilización política del proletariado como clase y de las masas oprimidas, bajo el liderazgo del proletariado. De esta forma, favorecería ineluctablemente la victoria final del proletariado en su enfrentamiento con los explotadores. Sin embargo, al finalizar el período que estamos estudiando, sus discípulos se expresaban en términos muy distintos. «Una república democrática —afirmaba Lenin en 1917— es la mejor concha política para el capitalismo y, en consecuencia, una vez que el capitalismo ha conseguido el control de esa concha ... asienta su poder de forma tan segura y tan firme que *ningún* cambio, ni de personas ni de instituciones, ni de partidos en la república democrático-burguesa puede quebrantarla.»²⁴ Como siempre, a Lenin no le interesaba el análisis político general, sino más bien encontrar argumentos eficaces para una situación política concreta, en este caso, contra el gobierno provisional de la Rusia revolucionaria y en pro del poder de los soviets. En cualquier caso, no discutiremos aquí la validez de su argumentación, muy discutible, sobre todo porque no establece una distinción entre las circunstancias económicas y sociales que han permitido a los estados soslayar las revueltas sociales, y las instituciones que les han ayudado a conseguirlo. Lo que nos interesa es su plausibilidad. Con anterioridad a 1880, los argumentos de Lenin habrían parecido igualmente poco plausibles a los partidarios y a los enemigos del capitalismo, inmersos en la acción política. Incluso en las filas de la izquierda política, un juicio tan negativo sobre la «república democrática» habría resultado casi inconcebible.

Las afirmaciones de Lenin en 1917 hay que considerarlas desde la perspectiva de la experiencia de una generación de democratización occidental, y, especialmente, de la de los últimos quince años anteriores a la guerra.

Pero ¿acaso no era una ilusión pasajera la estabilidad de esa unión entre la democracia política y un floreciente capitalismo? Cuando dirigimos sobre él una mirada retrospectiva, lo que llama nuestra atención sobre el período transcurrido entre 1880 y 1914 es la fragilidad y el alcance limitado de esa vinculación. Quedó reducida al ámbito de una minoría de economías prósperas y florecientes de Occidente, generalmente en aquellos estados que tenían una larga historia de gobierno constitucional. El optimismo democrático y la fe en la inevitabilidad histórica podían hacer pensar que era imposible detener su progreso universal. Pero, después de todo, no habría de ser el modelo universal del futuro. En 1919, toda la Europa que se extendía al oeste de Rusia y Turquía fue reorganizada sistemáticamente en estados según el modelo democrático. Pero ¿cuántas democracias pervivían en la Europa de 1939? Cuando aparecieron el fascismo y otros regímenes dictatoriales, muchos expusieron ideas contrarias a las que había defendido Lenin, entre ellos sus seguidores. Inevitablemente, el capitalismo tenía que abandonar la democracia burguesa. Pero eso también era erróneo. La democracia burguesa renació de sus cenizas en 1945 y desde entonces ha sido el sistema preferido de las sociedades capitalistas, lo bastante fuertes, florecientes económicamente y libres de una polarización o división social, como para permitirse un sistema tan ventajoso desde el punto de vista político. Pero este sistema sólo está vigente en algunos de los más de 150 estados que constituyen las Naciones Unidas en estos años postreros del siglo xx. El progreso de la política democrática entre 1880 y 1914 no hacía prever su permanencia ni su triunfo universal.

CUADROS Y MAPAS

CUADRO 1

Estados y poblaciones, 1880-1914 (millones de habitantes)

		1880	1914
I/M	* Reino Unido	35,3	45
R	* Francia	37,6	40
I	* Alemania	45,2	68
I	* Rusia	97,7	161 (1910)
I/M	* Austria	37,6	51
M	* Italia	28,5	36
M	España	16,7	20,5
M, 1908 R	Portugal	4,2	5,25
M	Suecia	4,6	5,5
M	Noruega	1,9	2,5
M	Dinamarca	2,0	2,75
M	Países Bajos	4,0	6,5
R	Bélgica	5,5	7,5
M	Suiza	2,8	3,5
M	Grecia	1,6	4,75
M	Rumanía	5,3	7,5
M	Serbia	1,7	4,5
M	Bulgaria	2,0	4,5
M	Montenegro	-	0,2
M	Albania	0	0,8
I	Finlandia (en Rusia)	2,0	2,9
R	Estados Unidos	50,2	92,0 (1910)
I	Japón	c. 36	53
I	Imperio otomano	c. 21	c. 20
I	China	c. 420	c. 450

Otros estados, estimación de la población

Más de diez millones	Brasil, México
5-10 millones	Persia, Afganistán, Argentina
2-5 millones	Chile, Colombia, Perú, Venezuela, Siam
Menos de 2 millones	Bolivia, Costa Rica, Cuba, Rep. Dominicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Uruguay

I = Imperio. M = Monarquía. R = República. * Las grandes potencias europeas.

CUADRO 2

Urbanización en la Europa del siglo XIX, 1800-1890

	Número de ciudades (10.000 habitantes y más)			Población urbana total (porcentaje)		
	1800	1850	1890	1800	1850	1890
Europa	364	878	1.709	10	16,7	29
Sept. y occ. ^a	105	246	543	14,9	26,1	43,4
Central ^b	135	306	629	7,1	12,5	26,8
Mediterránea ^c	113	292	404	12,9	18,6	22,2
Oriental ^d	11	34	133	4,2	7,5	18
Inglaterra/Gales	44	148	356	20,3	40,8	61,9
Bélgica	20	26	61	18,9	20,5	34,5
Francia	78	165	232	8,8	14,5	25,9
Alemania	53	133	382	5,5	10,8	28,2
Austria/Bohemia	8	17	101	5,2	6,7	18,1
Italia	74	183	215	14,6	20,3	21,2
Polonia	3	17	32	2,4	9,3	14,6

NOTAS: ^a Escandinavia, Reino Unido, Países Bajos, Bélgica; ^b Alemania, Francia, Suiza; ^c Italia, España, Portugal; ^d Austria, Bohemia, Polonia.FUENTE: Jan de Vries, *European Urbanisation 1500-1800*, Londres, 1984, cuadro 3.8.

CUADRO 3

Emigración a territorios de colonización europea, 1871-1911
(millones de personas)

Años	Total	Reino/Unido Irlanda	España/ Portugal	Alemania/ Austria	Otros
1871-1880	3,1	1,85	0,15	0,75	0,35
1881-1890	7,0	3,25	0,75	1,8	1,2
1891-1900	6,2	2,15	1,0	1,25	1,8
1901-1911	11,3	3,15	1,4	2,6	4,15
	27,6	10,4	3,3	6,4	7,5

Inmigración a (millones de personas)

Años	Total	Estados Unidos	Canadá	Argentina/ Brasil	Australia N. Zelanda	Otros
1871-1880	4,0	2,8	0,2	0,5	0,2	0,3
1881-1890	7,5	5,2	0,4	1,4	0,3	0,2
1891-1900	6,4	3,7	0,2	1,8	0,45	0,25
1901-1911	14,9	8,8	1,1	2,45	1,6	0,95
	32,8	20,5	1,9	6,15	2,5	1,7

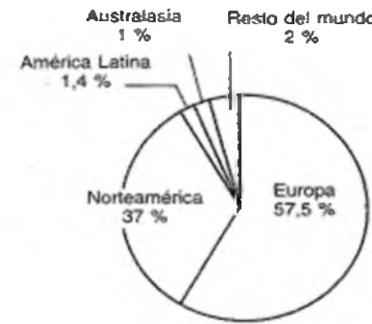
Basado en A. M. Carr Saunders, *World Population*, Londres, 1936. La diferencia entre las cifras totales de inmigración ha de poner en guardia al lector respecto a la escasa fiabilidad de estas estimaciones.

CUADRO 4
Analfabetismo

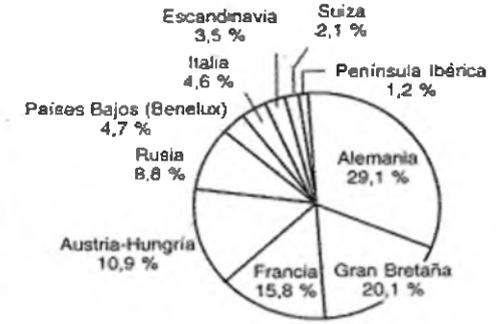
1850		
Países de bajo analfabetismo: menos del 30 % de adultos	Índice medio de analfabetismo (30-50 %)	Índice elevado de analfabetismo (más del 50 %)
Dinamarca Suecia Noruega Finlandia Islandia Alemania Suiza Países Bajos Escocia Estados Unidos (población blanca)	Austria territorios checos Francia Reino Unido Irlanda Bélgica Australia	Hungría Italia Portugal España Rumanía todos los Balcanes y Grecia Polonia Rusia Estados Unidos (población no blanca) resto del mundo
1913		
Países con bajo índice de analfabetismo: por debajo del 10 %	Medio (10-30 %)	Alto (más del 30 %)
(Como arriba) Francia Reino Unido Irlanda Bélgica Austria Australia Nueva Zelanda	Norte de Italia Noroeste de Yugoslavia (Eslovenia)	Hungría Italia central y del sur Portugal España Rumanía todos los Balcanes y Grecia Polonia Rusia Estados Unidos (población no blanca) resto del mundo

MODERNIDAD

En el mundo



En Europa



Papel prensa utilizado en diferentes partes del mundo, c. 1880

FUENTE: M. G. Mulhall: *The Progress of the World Since the Beginning of the Nineteenth Century*. Londres. 1880, reimpr. 1971, p. 91.



Teléfonos en el mundo en 1912

FUENTE: *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1913, VII, p. 143.

Total mundial (en millares)	12.453
Estados Unidos	8.362
Europa	3.239

CUADRO 5

Universidades (número de instituciones)

	1875	1913
Norteamérica	c. 360	c. 500
América Latina	c. 30	c. 40
Europa	c. 110	c. 150
Asia	c. 5	c. 20
África	0	c. 5
Australasia	2	c. 5

CUADRO 6

*El progreso del teléfono: algunas ciudades
(teléfonos por cada 100 habitantes)*

	1895	Puesto	1911	Puesto
Estocolmo	4,1	1	19,9	2
Cristiania (Oslo)	3	2	6,9	8
Los Ángeles	2	3	24	1
Berlin	1,6	4	5,3	9
Hamburgo	1,5	5	4,7	10
Copenhague	1,2	6	7	7
Boston	1	7	9,2	4
Chicago	0,8	8	11	3
París	0,7	9	2,7	12
Nueva York	0,6	10	8,3	6
Viena	0,5	11	2,3	13
Filadelfia	0,3	12	8,6	5
Londres	0,2	13	2,8	11
San Petersburgo	0,2	14	2,2	14

FUENTE: *Weltwirtschaftliches Archiv*, 1913, III, p. 143.

CUADRO 7

*Porcentaje del total del mundo en estados
independientes en 1913*

Norteamérica	32 %
América Central y del Sur	92,5 %
África	3,4 %
Asia	70 % (excluyendo la Rusia asiática)
	43,2 % (incluyendo la Rusia asiática)
Oceanía	0 %
Europa	99 %

FUENTE: Calculado de *League of Nations International Statistical Yearbook*, Ginebra, 1926.

CUADRO 8

Inversiones británicas en el exterior (en porcentajes)

	1860-1870	1911-1913
Imperio británico	36	46
América Latina	10,5	22
Estados Unidos	27	19
Europa	25	6
Otros	3,5	7

FUENTE: C. Feinstein, citado en M. Barratt Brown, *After Imperialism*, Londres, 1963, p. 110.

CUADRO 9

*Producción mundial de los principales productos tropicales, 1880-1910
(en miles de toneladas)*

	1880	1900	1910
Plátanos	30	300	1.800
Cacao	60	102	227
Café	550	970	1.090
Caucho	11	53	87
Fibra de algodón	950	1.200	1.770
Yute	600	1.220	1.560
Semillas oleaginosas	-	-	2.700
Caña de azúcar	1.850	3.340	6.320
Té	175	290	360

FUENTE: P. Bairoch: *The Economic Development of the Third World Since 1900*, Londres, 1975, p. 15.

CUADRO 10

Producción mundial y comercio mundial, 1781-1971 (1913 = 100)

	Producción	Comercio
1781-1790	1,8	2,2 (1780)
1840	7,4	5,4
1870	19,5	23,8
1880	26,9	38 (1881-1885)
1890	41,1	48 (1891-1895)
1900	58,7	67 (1901-1905)
1913	100,0	100
1929	153,3	113 (1930)
1948	274,0	103
1971	950,0	520

FUENTE: W. W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, Londres, 1978, apéndices A y B.

CUADRO 11

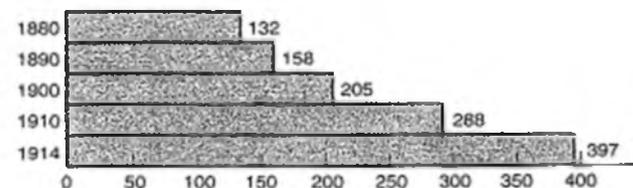
Transporte marítimo: tonelaje de barcos de más de 100 toneladas únicamente (en miles de toneladas)

	1881	1913
Total mundial	18.325	46.970
Gran Bretaña	7.010	18.696
Estados Unidos	2.370	5.429
Noruega	1.460	2.458
Alemania	1.150	5.082
Italia	1.070	1.522
Canadá	1.140	1.735 ^a
Francia	840	2.201
Suecia	470	1.047
España	450	841
Países Bajos	420	1.310
Grecia	330	723
Dinamarca	230	762
Austria-Hungría	290	1.011
Rusia	740	974

NOTA: ^a Dominios británicos.

FUENTE: Mulhall, *Dictionary of Statistics*, Londres, 1881, y Sociedad de Naciones, *International Statistics Yearbook 1913*, cuadro 76.

LA CARRERA DE ARMAMENTOS



Gasto militar de las grandes potencias (Alemania, Austria-Hungría, Gran Bretaña, Rusia, Italia y Francia), 1880-1914 (en millones de libras esterlinas).

FUENTE: *The Times Atlas of World History*, Londres, 1978, p. 250.

CUADRO 12

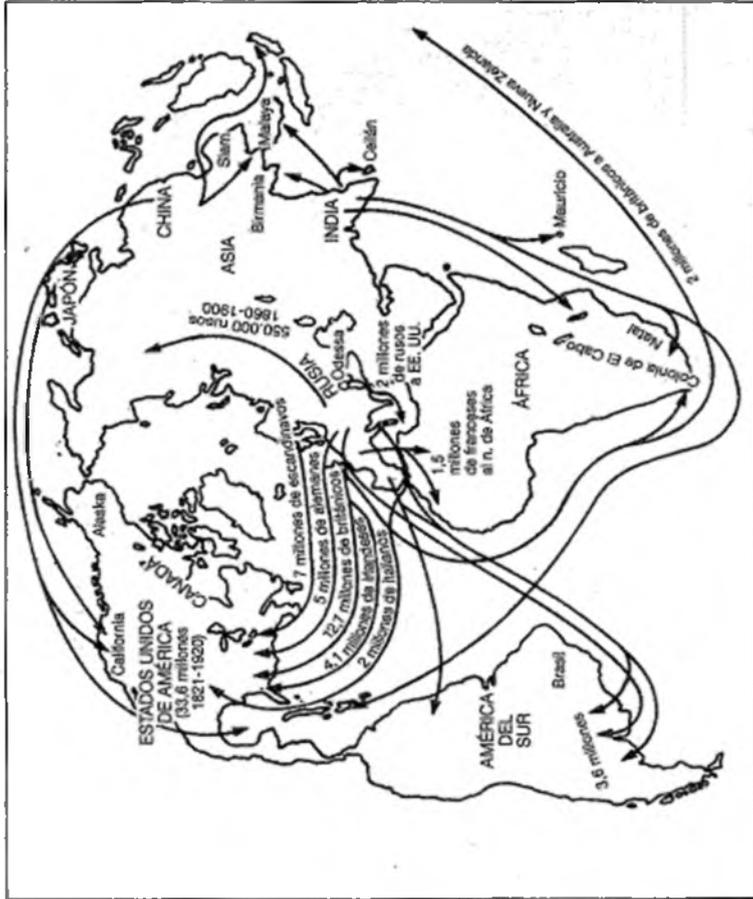
Ejércitos (en millares)

	1879		1913	
	Tiempo de paz	Movilizados	Tiempo de paz	Movilizados
Gran Bretaña	136	c. 600	160	700
India	c. 200	-	249	-
Austria-Hungría	267	772	800	3.000
Francia	503	1.000	1.200	3.500
Alemania	419	1.300	2.200	3.800
Rusia	766	1.213	1.400	4.400

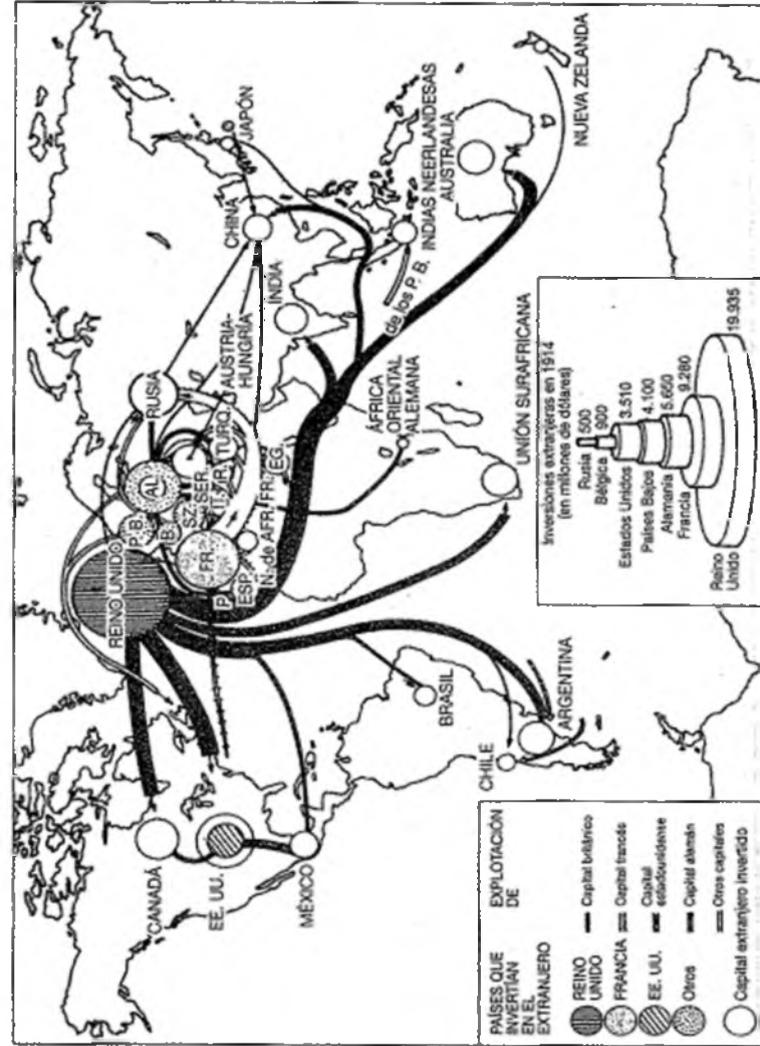
CUADRO 13

Armadas (en número de barcos de guerra)

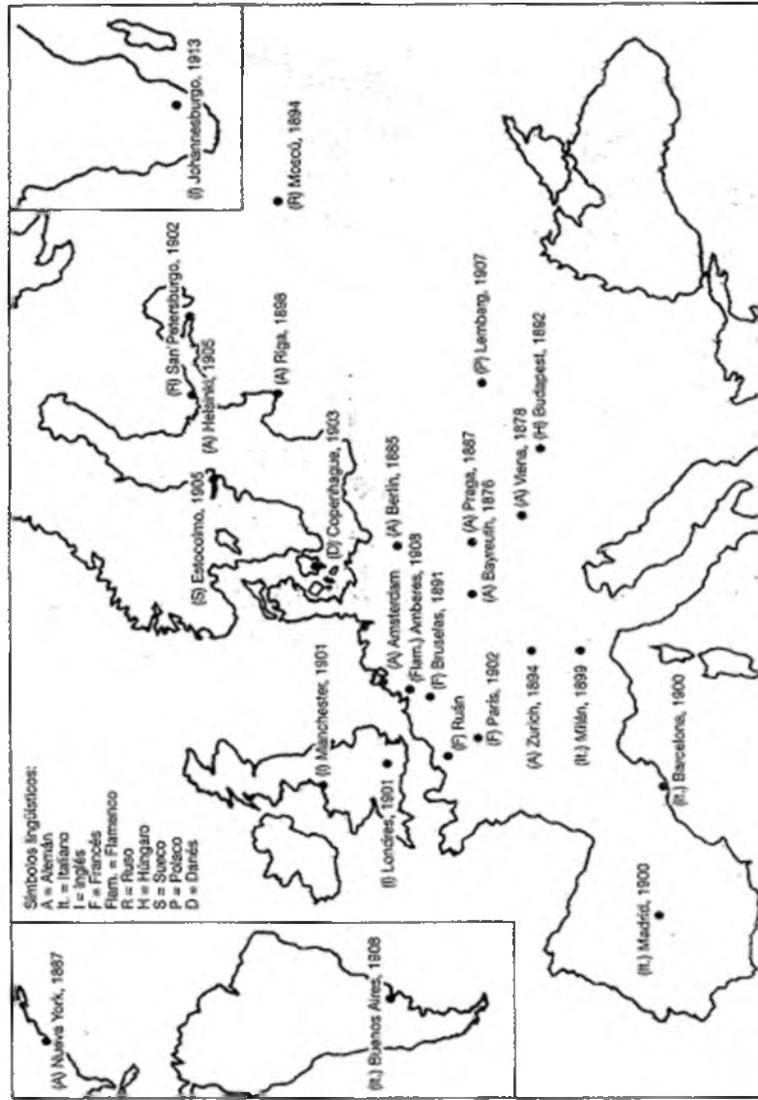
	1900	1914
Gran Bretaña	49	64
Alemania	14	40
Francia	23	28
Austria-Hungría	6	16
Rusia	16	23



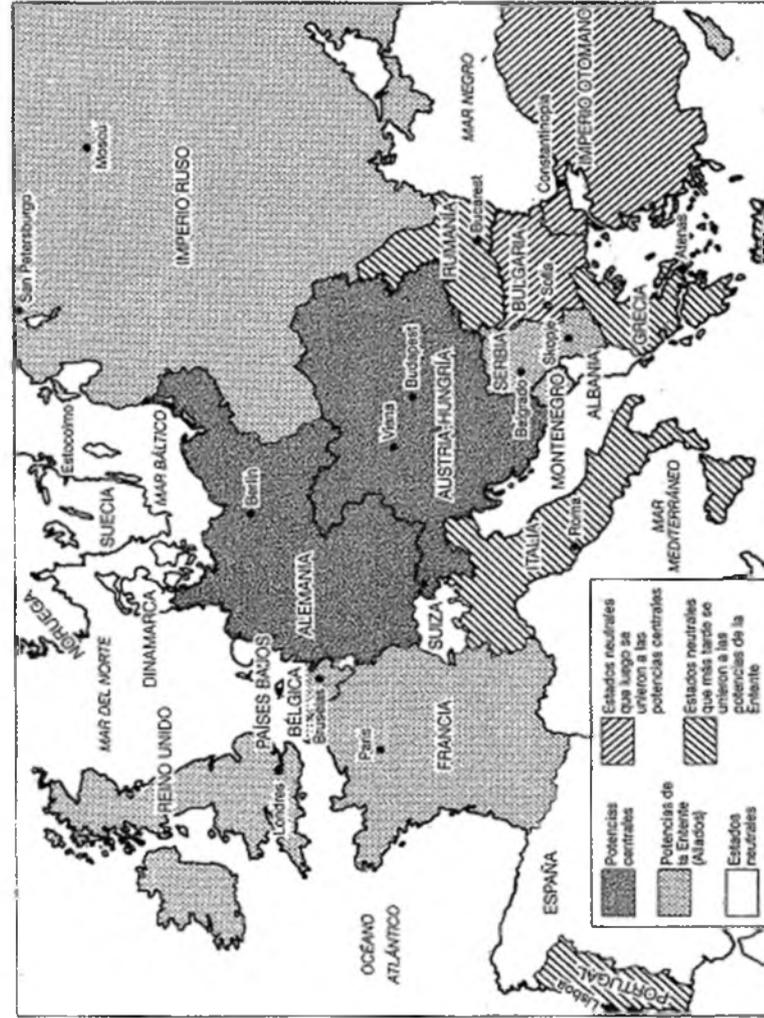
1. Migraciones internacionales, 1820-1910 (The Times Atlas of World History).



2. Movimientos de capital, 1875-1914.



3. La ópera y el nacionalismo: representaciones de Siegfried de Wagner, 1875-1914.



4. Europa en 1914.



5. El mundo dividido: los imperios en 1914.



NOTAS

Introducción (pp. 9-19)

1. P. Nora, en Pierre Nora, ed., *Les lieux de la mémoire*, vol. I: *La République*, París, 1984, p. XIX.
2. G. Barraclough, *An Introduction to Contemporary History*, Londres, 1964, p. 1.

1. La revolución centenaria (pp. 21-41)

1. Finlay Peter Dunne, *Mr. Dooley Says*, Nueva York, 1910, pp. 46-47.
2. M. Mulhall, *Dictionary of Statistics*, Londres, ed. 1892, p. 573.
3. P. Bairoch, «Les grandes tendances des disparités économiques nationales depuis la Révolution Industrielle», en *Seventh International Economic History Congress*, Edinburgo, 1978: *Four «A» Themes*, Edimburgo, 1978, pp. 175-186.
4. Véase V. G. Kieman, *European Empires from Conquest to Collapse*, Londres, 1982, pp. 34-46; y D. R. Headrick, *Tools of Empire*, Nueva York, 1981, *passim*.
5. Peter Flora, *State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975: A Data Handbook*, I, Frankfurt, Londres y Chicago, 1983, p. 78.
6. W. W. Rostow, *The World Economy: History and Prospect*, Londres, 1978, p. 52.
7. Hilaire Belloc, *The Modern Traveller*, Londres, 1898, VI.
8. P. Bairoch et al., *The Working Population and Its Structure*, Bruselas, 1968, para estos datos.
9. H. L. Webb, *The Development of the Telephone in Europe*, Londres, 1911.
10. P. Bairoch, *De Jéricho à Mexico: Villes et économie dans l'histoire*, París, 1985, parte C, *passim* para datos al respecto.
11. *Historical Statistics of the United States, From Colonial Times to 1957*, Washington, 1960, censo de 1890.
12. Carlo Cipolla, *Literacy and Development in the West*, Harmondsworth, 1969, p. 76.
13. Mulhall, *op. cit.*, p. 245.
14. Calculado sobre la base de *ibid.*, p. 546; *ibid.*, p. 549.
15. *Ibid.*, p. 100.
16. Roderick Floud, «Wirtschaftliche und soziale Einflüsse auf die Körpergrößen von Europäern seit 1750», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, Berlín Oriental, 1985, II, pp. 93-118.
17. Georg von Mayr, *Statistik und Gesellschaftslehre*, II: *Bevölkerungsstatistik*, 2, Tübingen, 1924, p. 427.
18. Mulhall, *op. cit.*, «Correos», «Prensa», «Ciencia».
19. *Cambridge Modern History*, Cambridge, 1902, I, p. 4.
20. John Stuart Mill, *Utilitarianism, On Liberty and Representative Government*, ed. Everyman, 1910, p. 73 (hay trads. cast.: *El utilitarismo*, Alianza Editorial, Madrid, 1994; *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 1994; *Del gobierno representativo*, Tecnos, Madrid, 1985).
21. John Stuart Mill, «Civilisation», en *Dissertations and Discussions*, Londres, s. a., p. 130.

2. La economía cambia de ritmo (pp. 42-64)

1. A. V. Dicey, *Law and Public Opinion in the Nineteenth Century*, Londres, 1905, p. 245.
2. Citado en E. Maschke, «German Cartels from 1873-1914», en F. Crouzet, W. H. Chaloner y W. M. Stern, eds., *Essays in European Economic History*, Londres, 1969, p. 243.
3. De «Die Handelskrisen und die Gewerkschafter», recogido en *Die langen Wellen der Konjunktur, Beiträge zur Marxistischen Konjunktur- und Krisentheorie von Parvus, Karl Kautsky, Leo Trotski und Ernest Mandel*, Berlín, 1972, p. 26.
4. D. A. Wells, *Recent Economic Changes*, Nueva York, 1889, pp. 1-2.
5. *Ibid.*, p. vi.
6. Alfred Marshall, *Official Papers*, Londres, 1926, pp. 98-99.
7. C. R. Fay, *Cooperation at Home and Abroad*, 1908; ed. de Londres de 1948, I, pp. 49 y 114.
8. Sidney Pollard, *Peaceful Conquest: The Industrialization of Europe 1760-1970*, Oxford, 1981, p. 259.
9. F. X. von Neumann-Spallart, *Übersichten der Weltwirtschaft, Jg. 1881-82*, Stuttgart, 1884, pp. 153 y 185, como base para estos cálculos.
10. P. Bairoch, «Città/Campagna», en *Enciclopedia Einaudi*, III, Turín, 1977, p. 89.
11. Véase D. Landes, *Revolution in Time*, Harvard, 1983, p. 289.
12. *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, Cambridge, Mass., 1980, p. 750.
13. Originalmente, el libro de Williams era una serie de artículos alarmistas publicado en la imperialista *New Review* de W. E. Henley. Participó también activamente en la agitación antiextranjera.
14. C. P. Kindleberger, «Group Behavior and International Trade», *Journal of Political Economy*, 59 (febrero de 1951), p. 37.
15. P. Bairoch, *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siècle*, París y La Haya, pp. 309-311.
16. (Folke Hilgerdt), *Industrialization and Foreign Trade*, Sociedad de Naciones, Ginebra, 1945, pp. 13, 132-134.
17. H. W. Macrosty, *The Trust Movement in British Industry*, Londres, 1907, p. 1.
18. William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, Cleveland y Nueva York, 1959, p. 44.
19. Bairoch, *De Jéricho à Mexico*, p. 288.
20. W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations 1870-1913*, Londres, 1978, apéndice IV.
21. *Ibid.*, p. 275.
22. John R. Hanson II, *Trade in Transition: Exports from the Third World 1840-1900*, Nueva York, 1980, p. 55.
23. Sidney Pollard, «Capital Exports 1870-1914: Harmful or Beneficial?», *Economic History Review*, XXXVIII, 1985, p. 492.
24. Eran Lloyd's *Weekly* y *Le Petit Parisien*.
25. P. Mathias, *Retailing Revolution*, Londres, 1967.
26. Según las estimaciones de J. A. Lesourd y Cl. Gérard, *Nouvelle Histoire Économique I: Le XIX^e siècle*, París, 1976, p. 247.

3. La era del imperio (pp. 65-93)

1. Citado en Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics 1890-1920*, Chicago, 1984, p. 77.
2. Finlay Peter Dunne, *Mr. Dooley's Philosophy*, Nueva York, 1900, pp. 93-94.
3. V. I. Lenin, «Imperialism, the Latest Stage of Capitalism», publicado originalmente a mediados de 1917. En las ediciones posteriores (póstumas) de la obra aparece el término más elevado en lugar de último.

4. J. A. Hobson, *Imperialism*, Londres, 1902, prólogo, ed. de 1938, p. xxvii.
5. Sir Harry Johnston, *A History of the Colonization of Africa by Alien Races*, Cambridge, 1930 (1.ª ed., 1913), p. 445.
6. Michael Barratt Brown, *The Economics of Imperialism*, Harmondsworth, 1974, p. 175; sobre el amplio —y a nuestros efectos demasiado sofisticado— debate sobre este tema, véase Pollard, «Capital Exports 1870-1914», *loc. cit.*
7. W. G. Hynes, *The Economics of Empire: Britain, Africa and the New Imperialism, 1870-1895*, Londres, 1979, *passim*.
8. Citado en D. C. M. Platt, *Finance, Trade and Politics: British Foreign Policy 1815-1914*, Oxford, 1968, pp. 365-366.
9. Max Beer, «Der neue englische Imperialismus», *Neue Zeit*, xvi, 1898, p. 304. Más en general, B. Semmel, *Imperialism and Social Reform: English Social-Imperial Thought 1895-1914*, Londres, 1960.
10. J. E. C. Bodley, *The Coronation of Edward VII: A Chapter of European and Imperial History*, Londres 1903, pp. 153 y 201.
11. Burton Benedict et al., *The Anthropology of World's Fairs: San Francisco's Panama Pacific International Exposition of 1915*, Londres y Berkeley, 1983, p. 23.
12. *Encyclopedia of Missions*, Nueva York y Londres, 2.ª ed., 1904, apéndice IV, pp. 838-839.
13. *Dictionnaire de spiritualité*, París, 1979, x, «Mission», pp. 1.398-1.399.
14. Rudolf Hilferding, *Das Finanzkapital*, Viena, 1909; ed. de 1923, p. 470.
15. P. Bairoch, «Geographical Structure and Trade Balance of European Foreign Trade from 1800 to 1970», *Journal of European Economic History*, 3 (1974), pp. 557-608; *Commerce extérieur et développement économique de l'Europe au XIX^e siècle*, p. 81.
16. P. J. Cain y A. G. Hopkins, «The Political Economy of British Expansion Overseas, 1750-1914», *Economic History Review*, xxxiii (1980), pp. 463-490.
17. J. E. Flint, «Britain and the Partition of West Africa», en J. E. Flint y G. Williams, eds., *Perspectives of Empire*, Londres, 1973, p. 111.
18. C. Southworth, *The French Colonial Venture*, Londres, 1931, apéndice de cuadros núm. 7. No obstante, el dividendo promedio de las empresas que operaron en las colonias francesas durante ese año fue del 4,6 por 100.
19. M. K. Gandhi, *Collected Works*, I, 1884-1896, Nueva Delhi, 1958.
20. Sobre la incursión del budismo en los ambientes occidentales, que conoció un éxito desusado durante un tiempo, véase Jan Romein, *The Watershed of Two Eras*, Middletown, Conn., 1978, pp. 501-503, y la exportación al extranjero de hombres sagrados indios, en gran medida por medio de los adalides procedentes de las filas de los teosofistas. Entre ellos, Vivekananda (1863-1902), del clan «Vedanta», puede pretender ser el primero de los gurús comerciales del Occidente moderno.
21. R. H. Gretton, *A Modern History of the English People*, II: 1899-1910, Londres, 1913, p. 25.
22. W. L. Langer, *The Diplomacy of Imperialism, 1890-1902*, ed. Nueva York, 1968, pp. 387 y 448. Más en general, H. Goltwitzer, *Die gelbe Gefahr: Geschichte eines Schlagworts: Studien zum imperialistischen Denken*, Gotinga, 1962.
23. Rudyard Kipling, «Recessional», en *R. Kipling's Verse, Inclusive Edition 1885-1918*, Londres, s. a., p. 377.
24. Hobson, *op. cit.*, ed. 1938, p. 314.
25. Véase H. G. Wells, *The Time Machine*, Londres, 1895 (hay trad. cast.: *La máquina del tiempo*, Altaya, Madrid, 1994).
26. H. G. von Shulze-Gaevernitz, *Britischer Imperialismus und englischer Freihandel zu Beginn des 20. Jahrhunderts*, Leipzig, 1906.

4. La política de la democracia (pp. 94-121)

1. Gaetano Mosca, *Elementi di scienza politica*, 1895 (trad. ingl. con el título *The Ruling Class*, Nueva York, 1939, pp. 333-334).
2. Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, I, Londres, 1983, p. 156.
3. Edward A. Ross, «Social Control VII: Assemblage», *American Journal of Sociology*, II (1896-1897), p. 830.
4. Entre las obras que aparecieron entonces hay que citar las de Gaetano Mosca (1858-1941): *Elementi di scienza politica*; Sidney y Beatrice Webb, *Industrial Democracy* (1897); M. Ostrogorski (1854-1919), *Democracy and the Organization of Political Parties* (1902); Robert Michels (1876-1936), *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie (Political Parties)*, 1911, y Georges Sorel (1847-1922), *Reflexions on Violence*, 1908.
5. Hilaire Belloc, *Sonnets and Verse*, Londres, 1954, p. 151: «Sobre unas elecciones generales», epigrama XX.
6. David Fitzpatrick, «The Geography of Irish Nationalism», *Past & Present*, 78 (febrero de 1978), pp. 127-129.
7. H.-J. Puhle, *Politische Agrarbewegungen in kapitalistischen Industriegesellschaften*, Gotinga, 1975, p. 64.
8. G. Hohorst, J. Kocka y G. A. Ritter, *Sozialgeschichtliches Arbeitsbuch: Materialien zur Statistik des Kaiserreichs 1870-1914*, Munich, 1975, p. 177.
9. Michels, *op. cit.*, ed. Stuttgart, 1970, parte VI, cap. 2.
10. R. F. Foster, *Lord Randolph Churchill, a Political Life*, Oxford, 1981, p. 395.
11. C. Benoist, *L'Organisation du suffrage universel: La crise de l'état moderne*, París, 1897.
12. C. Headlam, ed., *The Milner Papers*, Londres, 1931-1933, II, p. 291.
13. T. H. S. Escott, *Social Transformations of the Victorian Age*, Londres, 1897, p. 166.
14. Flora, *op. cit.*, cap. 5.
15. Cifras tomadas de Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 179.
16. Gary B. Cohen, *The Politics of Ethnic Survival: Germans in Prague 1861-1914*, Princeton, 1981, pp. 92-93.
17. Graham Wallas, *Human Nature in Politics*, Londres, 1908, p. 21.
18. David Cannadine, «The Context, Performance and Meaning of Ritual: The British Monarchy and the "Invention of tradition" c. 1820-1977», en E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, Cambridge, 1983, pp. 101-164 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo. Vic, Barcelona).
19. La distinción procede de la obra de Walter Bagehot, *The English Constitution*, publicada originalmente en la *Fortnightly Review* (1865-1867) en el curso del debate sobre la Second Reform Bill, es decir, sobre la posibilidad de conceder a los obreros el derecho de voto.
20. Rosemonde Sanson, *Les 14 Juillet: fête et conscience nationales, 1789-1975*, París, 1976, p. 42, sobre los motivos de las autoridades de París para conjugar las diversiones populares y las ceremonias públicas.
21. Hans-Georg John, *Politik und Turnen: die deutsche Turnerschaft als nationale Bewegung in deutschen Kaiserreich von 1870-1914*, Ahrensberg bei Hamburg, 1976, pp. 36-39.
22. «Crisis que será absolutamente necesario inducir a nuestros futuros maestros a que alcancen una buena formación» (debate en la tercera lectura de la Reform Bill, *Parliamentary Debates*, 15 de julio de 1867, p. 1.549, col. 1). Esta es la versión original de la frase que se hizo familiar en forma abreviada.
23. Cannadine, *op. cit.*, p. 130.
24. Wallace Evan Davies, *Patriotism on Parade*, Cambridge, Mass., 1955, pp. 218-222.
25. Maurice Dommanget, *Eugène Potier, membre de la Commune et chantre de l'Internationale*, París, 1971, p. 138.
26. V. I. Lenin, *State and Revolution*, parte 1.ª, sección 3.

5. Trabajadores del mundo (pp. 122-151)

1. El trabajador Franz Rehbein, que expresaba sus recuerdos en 1911. Tomado de Paul Göhre, ed., *Das Leben eines Landarbeiters*, Munich, 1911, citado en W. Emmerich, ed., *Proletarische Lebensläufe*, I, Reinbek, 1974, p. 280.
2. Samuel Gompers, *Labor in Europe and America*. Nueva York y Londres, 1910, pp. 238-239.
3. *Mit uns zieht die neue Zeit: Arbeiterkultur in Österreich 1918-1934*, Viena, 1981.
4. Sartorius von Waltershausen, *Die italienischen Wanderarbeiter*, Leipzig, 1903, pp. 13, 20, 22 y 27. He tomado esta referencia de Dirk Hoerder.
5. Bairoch, *De Jéricho à Mexico*, pp. 385-386.
6. W. H. Schröder, *Arbeitergeschichte und Arbeiterbewegung: Industriearbeit und Organisationsverhalten im 19. und frühen 20. Jahrhundert*, Frankfurt y Nueva York, 1978, pp. 166-167 y 304.
7. Jonathan Hughes, *The Vital Few: American Economic Progress and its Protagonists*, Londres, Oxford y Nueva York, 1973, p. 329.
8. Bairoch, «Città/Campagna», p. 91.
9. W. Woytinski, *Die Welt in Zahlen, II: Die Arbeit*, Berlin, 1926, p. 17.
10. *Warum gibt es in den Vereinigten Staaten keinen Sozialismus?*, Tübinga, 1906.
11. Jean Touchard, *La Gauche en France depuis 1900*, París, 1977, p. 62; Luigi Conasi, *Il Socialismo italiano tra riforme e rivoluzione: Dibatti congressuali del PSI 1892-1921*, Bari, 1969, p. 549.
12. Maxime Leroy, *La Coutume ouvrière*, París, 1913, I, p. 387.
13. D. Crew, *Bochum: Sozialgeschichte einer Industriestadt*, Berlín y Viena, 1980, p. 200.
14. Guy Chaumel, *Histoire des cheminots et de leurs syndicats*, París, 1948, p. 79, n. 22.
15. Crew, *op. cit.*, pp. 19, 70 y 25.
16. Yves Lequin, *Les Ouvriers de la région lyonnaise, I: La Formation de la classe ouvrière régionale*, Lyon, 1977, p. 202.
17. La primera utilización registrada de la expresión *gran negocio* (suplemento OED, 1976) tuvo lugar en los Estados Unidos en 1912; el término *Grossindustrie* apareció antes, pero al parecer se hizo común durante el período de la gran depresión.
18. El memorándum de Askwith aparece citado en H. Pelling, *Popular Politics and Society in Late Victorian Britain*, Londres, 1968, p. 147.
19. Maurice Dommanget, *Histoire du Premier Mai*, París, 1953, p. 252.
20. W. L. Guttsman, *The German Social-Democratic Party 1875-1933*, Londres, 1981, p. 96.
21. *Ibid.*, p. 160.
22. *Mit uns zieht die neue Zeit: Arbeiterkultur in Österreich 1918-1934: Eine Ausstellung der Österreichischen Gesellschaft für Kulturpolitik und des Meidlinger Kulturkreises*, 23 de enero-30 de agosto de 1981, Viena, p. 240.
23. Constitución del Partido Laborista británico.
24. Robert Hunter, *Socialists at Work*, Nueva York, 1908, p. 2.
25. Georges Haupt, *Programm und Wirklichkeit: Die internationale Sozialdemokratie vor 1914*, Neuwied, 1970, p. 141.
26. Y tal vez incluso más popular el anticlerical Pfaffenspiegel de Corvin (H.-J. Steinberg, *Sozialismus und deutsche Sozialdemokratie: Zur Ideologie der Partei vor dem ersten Weltkrieg*, Hannover, 1967, p. 139). En el Congreso (Parteitag) del SPD de 1902 se observó que lo único que realmente tenía aceptación eran los escritos anticlericales de partido. Así, en 1908 se realizó una edición de 3.000 ejemplares del *Manifesto* y una edición de 10.000 ejemplares del *Christenthum und Sozialismus* de Bebel; en 1901-1904 se publicó el *Manifesto* en una edición de 7.000 ejemplares, mientras que se hicieron 57.000 del *Christenthum* de Bebel.
27. K. Kautsky, *La Questione Agraria*, Milán, ed. 1959, p. 358. La cita figura al inicio de la parte II, I, c.

6. Bauderas al viento: las naciones y el nacionalismo (pp. 122-180)

1. He tomado esta cita del escritor italiano F. Jovine (1904-1950) de Martha Petrusiewicz de la Universidad de Princeton.
 2. H. G. Wells, *Anticipations*, Londres, 1902, pp. 225-226.
 3. Alfredo Rocco, *What is Nationalism and What Do the Nationalists Want?*, Roma, 1914.
 4. Véase Georges Haupt, Michel Lowy y Claude Weill, *Les Marxistes et la question nationale 1848-1914: études et textes*, París, 1974.
 5. E. Brix, *Die Umgangssprohen in Altösterreich zwischen Agitation und Assimilation: Die Sprachenstatistik in den zisleithanischen Volkszählungen 1880-1910*, Viena, Colonia y Graz, 1982, p. 97.
 6. H. Roos, *A History of Modern Poland*, Londres, 1966, p. 48.
 7. Lluís García i Sevilla, «Llengua, nació i estat al diccionari de la Reial Acadèmia Espanyola», *L'Avenç*, Barcelona (16 de mayo de 1979), pp. 50-55.
 8. Hugh Seton-Watson, *Nation and States*, Londres, 1977, p. 85.
 9. He tomado esta información de Dirk Hoerder.
 10. *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*, «Naturalization and Citizenship», p. 747.
 11. Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*, Londres, 1983, pp. 107-108.
 12. C. Bobmska y Andrzej Pitch, eds., *Employment-seeking Emigrations of the Poles World-Wide XIX and XX C.*, Cracovia, 1975, pp. 124-126.
 13. Wolfgang J. Mommsen, *Max Weber and German Politics 1890-1920*, Chicago, 1984, pp. 54 ss.
 14. Lonny Taylor e Ingrid Maar, *The American Cowboy*, Washington DC, 1983, pp. 96-98.
 15. Hans Mommsen, *Nationalitätenfrage und Arbeiterbewegung*, Schriften aus dem Karl-Marx-Haus, Tréveris, 1971, pp. 18-19.
 16. *History of the Hungarian Labour Movement. Guide to the Permanent Exhibition of the Museum of the Hungarian Labour Movement*, Budapest, 1983, pp. 31 ss.
 17. Marianne Heiberg, «Insiders/Outsiders; Basque Nationalism», *Archives Européennes de Sociologie*, XVI (1975), pp. 169-193.
 18. A. Zolberg, «The Making of Flemings and Walloons: Belgium 1830-1914», *Journal of Interdisciplinary History*, V (1974), pp. 179-235; H.-J. Puhle, «Baskischer Nationalismus im spanischen Kontext», en H. A. Winkler, ed., *Nationalismus in der Welt von Heute*, Gotinga, 1982, especialmente pp. 60-65.
 19. *Enciclopedia Italiana*, «Nazionalismo».
 20. Peter Hanak, «Die Volksmeinung während den letzten Kriegsjahren in Österreich-Ungarn», en R. G. Plaschka y K. H. Mack, eds., *Die Auflösung des Habsburgerreiches: Zusammenbruch und Neuorientierung im Donauraum*, Viena, 1970, pp. 58-67.
7. *Quién es quién o las incertidumbres de la burguesía* (pp. 175-201)
1. William James, *The Principles of Psychology*, Nueva York, 1950, p. 291. Debo esta referencia a Sanford Elwitt.
 2. H. G. Wells, *Tono-Bungay*, 1909; ed. Modern Library, p. 249.
 3. Lewis Mumford, *The City in History*, Nueva York, 1961, p. 495.
 4. Mark Girouard, *The Victorian Country House*, New Haven y Londres, 1979, pp. 208-212.
 5. W. S. Adams, *Edwardian Portraits*, Londres, 1957, pp. 3-4.
 6. Este es un tema básico de Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, Londres, 1980.
 7. Thorstein Veblen, *The Theory of the Leisure Class: An Economic Study of Institutions*, 1899, edición revisada, Nueva York, 1959.
 8. W. D. Rubinstein, «Wealth, Elites and the Class Structure of Modern Britain», *Past & Present*, 76 (agosto de 1977), p. 102.

9. Adolf von Wilke, *Alt-Berliner Erinnerungen*, Berlín, 1930, pp. 232 ss.
 10. W. L. Guttsman, *The British Political Elite*, Londres, 1963, pp. 122-127.
 11. Touchard, *op. cit.*, p. 128.
 12. Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, Oxford, 1973, I, p. 37; D. C. Marsh, *The Changing Social Structure of England and Wales 1871-1961*, Londres, 1958, p. 122.
 13. G. A. Ritter y J. Kocka, *Deutsche Sozialgeschichte. Dokumente und Skizzen. Band II 1870-1914*, Munich, 1977, pp. 169-170.
 14. Paul Descamps, *L'Éducation dans les écoles Anglaises*, París, 1911, p. 67.
 15. Zeldin, *op. cit.*, I, pp. 612-613.
 16. *Ibid.*, II, p. 250; H.-U. Wehler, *Das deutsche Kaiserreich 1871-1918*, Gotinga, 1973, p. 126; Ritter y Kocka, *op. cit.*, pp. 341-343.
 17. Ritter y Kocka, *op. cit.*, pp. 327-328 y 352; Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime: Europe to the Great War*, Nueva York, 1981, p. 264.
 18. Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 161; J. J. Mayeur, *Les Débuts de la II^e République 1871-1898*, París, 1973, p. 150; Zeldin, *op. cit.*, II, p. 330; Mayer, *op. cit.*, p. 262.
 19. Ritter y Kocka, *op. cit.*, p. 224.
 20. Y. Cassis, *Les Banquiers de la City à l'époque Edouardienne 1890-1914*, Ginebra, 1984.
 21. Skidelsky, *op. cit.*, I, p. 84.
 22. Crew, *op. cit.*, p. 26.
 23. G. von Schmoller, *Was verstehen wir unter dem Mittelstande? Hat er un 19. Jahrhundert zu- oder abgenommen?*, Gotinga, 1907.
 24. W. Sombart, *Die deutsche Volkswirtschaft im 19. Jahrhundert und im Anfang des 20. Jahrhunderts*, Berlín, 1903, pp. 534 y 531.
 25. Pollard, «Capital Exports 1870-1914», pp. 498-499.
 26. W. R. Lawson, *John Bull and His Schools: A Book for Parents, Ratepayers and Men of Business*, Edimburgo y Londres, 1908, p. 39. Calculaba que la «clase media estrictamente hablando» estaba formada por medio millón de personas.
 27. John R. de S. Honey, *Town Brown's Universe: The Development of the Victorian Public School*, Londres, 1977.
 28. W. Raimond Baird, *American College Fraternities: a descriptive analysis of the Society System of the Colleges of the United States with a detailed account of each fraternity*, Nueva York, 1890, p. 20.
 29. Mayeur, *op. cit.*, p. 81.
 30. Escott, *op. cit.*, pp. 202-203.
 31. *The Englishwoman's Year-Book*, 1905, p. 171.
 32. Escott, *op. cit.*, p. 196.
 33. Como puede comprobarse en la Victoria County History de ese condado.
 34. *Principles of Economics*, Londres, 1920^a, p. 59.
 35. Skidelsky, *op. cit.*, pp. 55-56.
 36. P. Wilsner, *The Pound in Your Pocket 1870-1970*, Londres, 1970, pp. 81, 96 y 98.
 37. Hughes, *op. cit.*, p. 252.
 38. Citado en W. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution*, Princeton, 1974, pp. 205-212.
 39. A. Sartorius von Waltershausen, *Deutsche Wirtschaftsgeschichte 1815-1914*, Jena, 1923^a, p. 521.
 40. Por ejemplo, en *Man and Superman, Misalliance*.
 41. Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Londres, 1980, pp. 89, 169 y 16.
8. *La nueva mujer* (pp. 202-228)
1. H. Nunberg y E. Federn, eds., *Minutes of the Vienna Psychoanalytical Society*, I: 1906-1908, Nueva York, 1962, pp. 199-200.
 2. Citado en W. Rupert, ed., *Die Arbeiter: Lebensformen, Alltag und Kultur*, Munich, 1986, p. 69.

3. K. Anthony, *Feminism in Germany and Scandinavia*, Nueva York, 1915, p. 231.
 4. *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, ed. 1902, «Beruf», p. 626. y «Frauenarbeit», p. 1.202.
 5. *Ibid.*, «Hausindustrie», pp. 1.148 y 1.150.
 6. Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, Nueva York, 1978, p. 124.
 7. *Handwörterbuch*, «Frauenarbeit», pp. 1.205-1.206.
 8. Para Alemania, Hohorst, Kocka y Ritter, *op. cit.*, p. 68, n. 8; para Gran Bretaña, Mark Abrams, *The Condition of the British People 1911-1945*, Londres, 1946, pp. 60-61; Marsh, *op. cit.*, p. 127.
 9. Zeldin, *op. cit.*, II, p. 169.
 10. E. Cadbury, M. C. Matheson y G. Shann, *Women's Work and Wages*, Londres, 1906, pp. 49 y 129. El libro describe las condiciones en Birmingham.
 11. Margaret Bryant, *The Unexpected Revolution*, Londres, 1979, p. 108.
 12. Edmée Charnier, *L'Évolution intellectuelle féminine*, París, 1937, pp. 140 y 189. Véase también H.-J. Puhle, «Warum gibt es so wenige Historikerinnen?», *Geschichte und Gesellschaft*, 7 Jg. (1981), especialmente p. 373.
 13. Rosa Leviné-Meyer, *Leviné*, Londres, 1973, p. 2.
 14. Traducido por vez primera al inglés en 1891.
 15. Caroline Kohn, *Karl Kraus*, Stuttgart, 1966, p. 259, n. 40; J. Romein, *The Watershed of Two Eras*, p. 604.
 16. Donald R. Knight, *Great White City, Shepherds Bush, London: 70th Anniversary, 1908-1978*, New Barnet, 1978, p. 26.
 17. Debo este extremo a un alumno del doctor S. N. Mukherjee de la Universidad de Sydney.
 18. Claude Willard, *Les Guedistes*, París, 1965, p. 362.
 19. G. D. H. Cole, *A History of the Labour Party from 1914*, Londres, 1948, p. 480; Richard J. Evans, *The Feminists*, Londres, 1977, p. 162.
 20. Woytinsky, *op. cit.*, II, aporta las bases de estos datos.
 21. Calculado a partir de *Men and Women of the Time*, 1895.
 22. Respecto al feminismo conservador, véase también E. Halévy, *A History of the English People in the Nineteenth Century*, ed. 1961, VI, p. 509.
 23. Sobre estos aspectos, véase S. Giedion, *Mechanisation Takes Command*, Nueva York, 1948, *passim*; para la cita, pp. 520-521.
 24. Rodelle Weintraub, ed., *Bernard Shaw and Women*, Universidad de Pensilvania, 1977, pp. 3-4.
 25. Jean Maitron y Georges Haupt, eds., *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international: L'Autriche*, París, 1971, p. 285.
 26. T. E. B. Howarth, *Cambridge Between Two Wars*, Londres, 1978, p. 45.
 27. J. P. Netti, *Rosa Luxemburg*, Londres, 1966, I, p. 144.
9. *La transformación de las artes* (pp. 229-251)
1. Romain Rolland, *Jean Christophe in Paris*, trad. Nueva York, 1915, pp. 120-121.
 2. S. Laing, *Modern Science and Modern Thought*, Londres, 1896, pp. 230-231, publicado originalmente en 1885.
 3. F. T. Marinetti, *Selected Writings*, ed. R. W. Flint, Nueva York, 1971, p. 67.
 4. Peter Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism: Politics, Playwriting and Performance 1890-1914*, Cambridge, Mass., 1985, p. 102.
 5. El término fue acuñado por M. Agulhon, «La statuomanie et l'histoire», *Ethnologie Française*, 3-4 (1978).
 6. John Willer: «Breaking Away», *New York Review of Books*, 28 de mayo de 1981, pp. 47-49.
 7. *The Englishwoman's Year-Book*, 1905, «Colonial journalism for women», p. 138.

8. Entre las otras series que aprovecharon el hambre de autoeducación y cultura en el Reino Unido podemos mencionar Camelot Classics (1886-1891), los más de 300 volúmenes de la Cassell's National Library (1886-1890 y 1903-1907), Cassell's Red Library (1884-1890), Sir John Lubbock's Hundred Books, publicados por Routledge (editor también de Modern Classics desde 1897) desde 1891, Nelson's Classics (1907) —«Sixpenny Classics» sólo duró desde 1905 a 1907— y Oxford's World's Classics. En el haber de Everyman (1906) hay que mencionar que publicara un gran clásico moderno, *Nostramo* de Joseph Conrad, en sus primeros cincuenta títulos, entre la *History of England* de Macaulay y *Life of Sir Walter Scott* de Lockhart.

9. Georg Gottfried Gervinus, *Geschichte der poetischen Nationalliteratur der Deutschen*, 5 vols., 1836-1842.

10. F. Nietzsche, *Der Wille zur Macht in Sämtliche Werke*, Stuttgart, 1965, IX, pp. 65 y 587.

11. R. Hinton Thomas, *Nietzsche in German Politics and Society 1890-1918*, Manchester, 1894, pone énfasis —uno diría que demasiado énfasis— en el atractivo que ejercía sobre los libertarios. De todas formas, y a pesar de que Nietzsche rechazaba a los anarquistas (cf. *Jenseits von Gut und Böse* en *Sämtliche Werke*, VII, pp. 114, 125), en los círculos anarquistas franceses de la década de 1900 «on discute avec fougue Stirner, Nietzsche et surtout Le Dantec» (Jean Maitron, *Le Mouvement anarchiste en France*, Paris, 1975, I, p. 421).

12. Eugénie W. Herbert, *Artists and Social Reform: France and Belgium 1885-1898*, New Haven, 1961 p. 21.

13. Patrizia Dogliani, *La «Scuola delle Reclute»: L'Internazionale Giovanile Socialista dalla fine dell'ottocento, alla prima guerra mondiale*, Turín, 1983, p. 147.

14. G. W. Plechanow, *Kunst und Literatur*, Berlín Oriental, 1955, p. 295.

15. J. C. Holl, *La Jeune Peinture contemporaine*, Paris, 1912, pp. 14-15.

16. «On the spiritual in art», citado en *New York Review of Books* (16 de febrero de 1984), p. 28.

17. Citado en Romein, *Watershed of Two Eras*, p. 572.

18. Karl Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

19. Max Raphael, *Von Monet zu Picasso. Grundzüge einer Aesthetik und Entwicklung der modernen Malerei*, Munich, 1913.

20. Hay que señalar el papel que desempeñaron los países con una fuerte prensa democrática y populista y que no contaban con un público de clase media importante en la evolución de la caricatura política moderna. Sobre la importancia de Australia en este campo en el período anterior a 1914, véase E. J. Hobsbawm, Introducción a *Communist Cartoons* de «Espoir» y otros, Londres, 1982, p. 3.

21. Peter Bächlin, *Der Film als Ware*, Basilea, 1945, p. 214, n. 14.

22. T. Balio, ed., *The American Film Industry*, Madison, Wis., 1985, p. 86.

23. G. P. Brunetta, *Storia del cinema italiano 1895-1945*, Roma, 1979, p. 44.

24. Balio, *op. cit.*, p. 98.

25. *Ibid.*, p. 87; *Mit uns zieht die Neue Zeit*, p. 185.

26. Brunetta, *op. cit.*, p. 56.

27. Luigi Chiarini, «Cinematography», en *Encyclopedia of World Art*, Nueva York, Londres y Toronto, 1960, III, p. 626.

10. Certidumbres socavadas: la ciencia (pp. 252-270)

1. Laing, *op. cit.*, p. 51.

2. Raymond Pearl, *Modes of Research in Genetics*, Nueva York, 1915, p. 159. Este fragmento ha sido recogido de una conferencia de 1913.

3. Bertrand Russell, *Our Knowledge of the External World as a Field for Scientific Method in Philosophy*, Londres, ed. 1952, p. 109.

4. Carl Boyer, *A History of Mathematics*, Nueva York, 1968, p. 82.

5. Bourbaki, *Eléments d'histoire des mathématiques*, Paris, 1960, p. 27. El grupo de matemáticos que publicaban bajo este nombre se interesaban por la historia de las matemáticas básicamente en relación con su propio trabajo.

6. Boyer, *op. cit.*, p. 649.

7. Bourbaki, p. 43.

8. F. Dannemann, *Die Naturwissenschaften in ihrer Entwicklung und ihrem Zusammenhange*, Leipzig y Berlín, 1913, IV, p. 433.

9. Henry Smith Williams, *The Story of Nineteenth-Century Science*, Londres y Nueva York, 1900, p. 231.

10. *Ibid.*, pp. 230-231.

11. *Ibid.*, p. 236.

12. C. C. Gillispie, *The Edge of Objectivity*, Princeton, 1960, p. 507.

13. Cf. Max Planck, *Scientific Autobiography and Other Papers*, Nueva York, 1949.

14. J. D. Bernal, *Science in History*, Londres, 1965, p. 630.

15. Ludwig Fleck, *Genesis and Development of a Scientific Fact*, Chicago, 1979; orig. Basilea, 1935, pp. 68-69.

16. W. Treue y K. Maue, eds., *Naturwissenschaft, Technik und Wirtschaft im 19. Jahrhundert*, 2 vols., Gotinga, 1976, I, pp. 271-274 y 348-356.

17. Nietzsche, *Der Wille zur Macht*, libro IV, por ejemplo pp. 607-609.

18. C. Webster, ed., *Biology, Medicine and Society 1840-1940*, Cambridge, 1981, p. 225.

19. *Ibid.*, p. 221.

20. Como lo sugieren los títulos de A. Ploetz y F. Lentz, *Deutsche Gesellschaft für Rassenhygiene* (1905: «Sociedad Alemana para la higiene racial») y la publicación de la sociedad *Archiv für Rassen- und Gesellschaftsbiologie* («Archivos de Biología Racial y Social»); o *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie, Erb- und Rassenbiologie* (1899: «Revista de Morfología, Antropología, Genética y Biología Racial»). Cf. J. Sutter, *L'Eugénique: Problèmes-Méthodes-Résultats*, Paris, 1950, pp. 24-25.

21. Kenneth M. Ludmerer, *Genetics and American Society: A Historical Appraisal*, Baltimore, 1972, p. 37.

22. Citado en Romein, *op. cit.*, p. 343.

23. Webster, *op. cit.*, p. 266.

24. Ernst Mach en *Neue Österreichische Biographie*, I, Viena, 1923.

25. J.-J. Salomon, *Science and Politics*, Londres, 1973, p. xiv.

26. Gillispie, *op. cit.*, p. 499.

27. Nietzsche, *Wille zur Macht*, Vorredo, p. 4.

28. *Ibid.*, aforismos, p. 8.

29. Bernal (*op. cit.*, p. 503) estima que en 1896 tal vez había en el mundo 50.000 personas sobre las que recaía «toda la tradición de la ciencia», de las cuales 15.000 se dedicaban a la investigación. Esos números se incrementaron y entre 1901 y 1915 sólo en los Estados Unidos había alrededor de 74.000 licenciados en ciencias naturales y 2.577 doctores en ciencias naturales e ingeniería (D. M. Blank y George J. Stigler, *The Demand and Supply of Scientific Personnel*, Nueva York, 1957, pp. 5-6).

30. G. W. Roderick, *The Emergence of a Scientific Society*, Londres y Nueva York, 1967, p. 48.

31. Frank R. Pfetsch, *Zur Entwicklung der Wissenschaftspolitik in Deutschland 1750-1914*, Berlín, 1974, pp. 340 ss.

32. Hemos llegado hasta 1925 en relación con los premios Nobel para asumir cierto retraso en el reconocimiento de los logros de los jóvenes más brillantes de los últimos años anteriores a 1914.

33. Joseph Ben-David, «Professions in the Class Systems of Present-Day Societies», *Current Sociology*, 12 (1963-1964), pp. 262-269.

34. Paul Levy, *Moore: G. E. Moore and the Cambridge Apostles*, Oxford, 1981, pp. 309-311.

11. *La razón y la sociedad* (pp. 271-284)

1. Rolland, *op. cit.*, p. 222.
2. Nunberg y Federn, *op. cit.*, p. 178.
3. Max Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, Tübinga, 1968, p. 166.
4. Guy Vincent, *L'école primaire française: Étude sociologique*, Lyon, 1980, p. 332, n. 779.
5. Vivekananda, *Works*, parte IV, citado en *Sedition Committee 1918: Report*, Calcuta, 1918, p. 17, n.
6. Anil Seal, *The Emergence of Indian Nationalism*, Cambridge, 1971, p. 249.
7. R. M. Goodridge, «Nineteenth Century Urbanisation and Religion: Bristol and Marseille, 1830-1880», *Sociological Yearbook of Religion in Britain*, I, Londres, 1969, p. 131.
8. «La bourgeoisie adhère au rationalisme, l'instituteur au socialisme», Gabriel Le Bras, *Études de sociologie religieuse*, 2 vols., París, 1955-1956, I, p. 151.
9. A. Fliche y V. Martin, *Histoire de l'Église. Le pontificat de Pie IX*, París, 1964, p. 130.
10. S. Bonnet, C. Santini y H. Barthélemy, «Appartenance politique et attitude religieuse dans l'immigration italienne en Lorraine siderurgique», *Archives de Sociologie des Religions*, 13 (1962), pp. 63-66.
11. R. Duocastella, «Géographie de la pratique religieuse en Espagne», *Social Compass*, XII (1965), p. 256; A. Leoni, *Sociologia e geografia religiosa di una Diocesi: saggio sulla pratica religiosa nella Diocesi di Mantova*, Roma, 1952, p. 117.
12. Halévy, *op. cit.*, V, p. 171.
13. Massimo Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution*, Londres, 1979, pp. 23-24.
14. Sin mencionar a la hermana del líder socialista Otto Bauer, que, con otro nombre, figura de forma destacada en el libro de Freud. Véase Ernst Glaser, *Im Umfeld des Austromarxismus*, Viena, 1981, *passim*.
15. Respecto a esta cuestión, véase *Marx-Engels Archiv*, ed. D. Rjazanov, reed. Erlangen, 1971, II, p. 140.
16. Los análisis más completos de la expansión del marxismo no pueden conseguirse en inglés; cf. E. J. Hobsbawm, «La diffusione del Marxismo, 1890-1905», *Studi Storici*, XV (1974), pp. 241-269; *Storia del Marxismo*, II: *Il marxismo nell'età della seconda Internazionale*, Turin, 1979, pp. 6-110, artículos de F. Andreucci y E. J. Hobsbawm.
17. E. von Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss des Marx'schen Systems*, Berlín, 1896, fue durante mucho tiempo la crítica ortodoxa más sólida de Marx. Böhm-Bawerk fue ministro de Austria en tres ocasiones durante este período.
18. Walter Bagehot, *Physics and Politics*, publicado originalmente en 1872. La serie de 1887 fue editada por Kegan Paul.
19. Otto Hintze, «Über individualistische und kollektivistische Geschichtsauffassung», *Historische Zeitschrift*, 78 (1897), p. 62.
20. Véase en especial la larga polémica de G. von Below, «Die neue historische Methode», *Historische Zeitschrift*, 81 (1898), pp. 193-273.
21. Schorske, *op. cit.*, p. 203.
22. William MacDougall (1871-1938), *An Introduction to Social Psychology*, Londres, 1908.
23. William James, *Varieties of Religious Belief*, Nueva York, ed. 1963, p. 388.
24. E. Gothein, «Gesellschaft und Gesellschaftswissenschaft», en *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, Jena, 1900, IV, p. 212.

12. *Hacia la revolución* (pp. 285-309)

1. D. Norman, ed., *Nehru, The First Sixty Years*, I, Nueva York, 1965, p. 12.
2. Mary Clabaugh Wright, ed., *China in Revolution: The First Phase 1900-1915*, New Haven, 1968, p. 118.
3. *Collected Works*, IX, p. 434.
4. *Selected Works*, Londres, 1936, IV, pp. 297-304.
5. Véase una comparación de las dos revoluciones iraníes en Nikki R. Keddie, «Iranian Revolutions in Comparative Perspective», *American Historical Review*, 88 (1983), pp. 579-598.
6. John Lust, «Les sociétés secrètes, les mouvements populaires et la révolution de 1911», en J. Chesneau et al., eds., *Mouvements populaires et sociétés secrètes en Chine aux XIX^e et XX^e siècles*, París, 1970, p. 370.
7. Edwin Lieuwen, *Arms and Politics in Latin America*, Londres y Nueva York, ed. 1961, p. 21.
8. Para la transición, véase cap. 3 de *M. N. Roy's Memoirs*, Bombay, Nueva Delhi, Calcuta, Madrás, Londres y Nueva York, 1964.
9. Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico: Europe, The United States and the Mexican Revolution*, Chicago y Londres, 1981, p. 22.
10. Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917*, Oxford, 1967, p. 507.
11. P. I. Lyashchenko, *History of the Russian National Economy*, Nueva York, 1949, pp. 453, 468 y 520.
12. *Ibid.*, pp. 528-529.
13. Michael Futrell, *Northern Underground: Episodes of Russian Revolutionary Transport and Communication Through Scandinavia and Finland*, Londres, 1963, *passim*.
14. M. S. Anderson, *The Ascendancy of Europe 1815-1914*, Londres, 1972, p. 266.
15. T. Shanin, *The Awkward Class*, Oxford, 1972, p. 38 n.
16. Sigo los argumentos de los novedosos artículos de L. Haimson en *Slavic Review*, 23 (1964), pp. 619-642, y 24 (1965), pp. 1-22. «Problem of Social Stability in Urban Russia 1905-1917».

13. *De la paz a la guerra* (pp. 310-336)

1. Fürst von Bülow, *Denkwürdigkeiten*, I, Berlín, 1930, pp. 415-516.
2. Benard Shaw a Clement Scott, 1902; G. Bernard Shaw, *Collected Letters, 1898-1910*, Londres, 1972, p. 260.
3. Marinetti, *op. cit.*, p. 42.
4. *Leviathan*, parte I, cap. 13.
5. *Wille Zur Macht*, *loc. cit.*, p. 92.
6. Georges Haupt, *Socialism and the Great War: The Collapse of the Second International*, Oxford, 1972, pp. 220 y 258.
7. Gaston Bodart, *Losses of Life in Modern Wars*, Carnegie Endowment for International Peace, Oxford, 1916, pp. 153 ss.
8. H. Stanley Jevons, *The British Coal Trade*, Londres, 1915, pp. 367-368 y 374.
9. W. Ashworth, «Economic Aspects of Late Victorian Naval Administration», *Economic History Review*, XXII (1969), p. 491.
10. Engels a Danielson, 22 de septiembre de 1892; Marx-Engels, *Werke*, XXXVIII, Berlín, 1968, p. 467.
11. Clive Trebilcock, «"Spin-off" in British Economic History: Armaments and Industry, 1760-1914», *Economic History Review*, XXII (1969), p. 480.
12. Romein, *op. cit.*, p. 124.
13. Admiral Raeder, *Struggle for the Sea*, Londres, 1959, pp. 135 y 260.
14. David Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, 1969, pp. 240-241.

15. D. C. Watt, *A History of the World in the Twentieth Century*, Londres, 1967, I, p. 220.
16. L. A. G. Lennox, ed., *The Diary of Lord Bertie of Thame 1914-1918*, Londres, 1924, pp. 352 y 355.
17. Chris Cook y John Paxon, *European Political Facts 1848-1918*, Londres, 1978, p. 188.
18. Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1918*, Londres, 1983, p. 331.
19. A. Offner, «The Working Classes, British Naval Plans and the Coming of the Great War», *Past & Present*, 107 (mayo de 1985), pp. 204-226, analiza este aspecto en profundidad.
20. Haupt, *op. cit.*, p. 175.
21. Marc Ferro, *La Grande Guerre 1914-1918*, París, 1969, p. 23.
22. W. Emmerich, ed., *Proletarische Lebensläufe*, Reinbek, 1975, II, p. 104.
23. Haupt, *op. cit.*, p. 253 n.
24. *Wille zur Macht*, p. 92.
25. Rupert Brooke, «Peace», en *Collected Poems of Rupert Brooke*, Londres, 1915.
26. *Wille zur Macht*, p. 94.

Epílogo (pp. 337-349)

1. Bertolt Brecht, «An die Nachgeborenen», en *Hundert Gedichte 1918-1950*, Berlín Este, 1955, p. 314.
2. Albert O. Hirschman, *The Political Economy of Latin American Development: Seven Exercises in Retrospection*, Center for US-Mexican Studies, Universidad de California, San Diego, diciembre de 1986, p. 4.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

«Por un chelín la vida te dará todos los hechos», escribió el poeta W. H. Auden respecto al tema objeto de sus reflexiones. El coste es más elevado en la actualidad, pero todo aquel que quiera conocer los principales acontecimientos y personalidades de la historia del siglo XIX debe leer este libro junto con uno de los muchos textos escolares o universitarios básicos, como *Europe 1815-1914* de Gordon Craig, 1971, y asimismo puede acudir a obras de consulta como la de Neville Williams, *Chronology of the Modern World*, 1969, en el que se mencionan los principales acontecimientos de cada año, desde 1763 en diferentes campos. Entre los diversos libros de texto existentes sobre el período que estudiamos en este libro, recomendamos los primeros capítulos del de James Joll, *Europe since 1870* (varias ediciones), y el de Norman Stone, *Europe Transformed 1878-1918*, 1983. La obra de D. C. Watt, *History of the World in the Twentieth Century*, vol. I: *1890-1918*, 1967, realiza un buen análisis de las relaciones internacionales. *La era de la revolución, 1789-1848*, y *La era del capital, 1848-1875*, del autor de este libro, constituyen el telón de fondo para este volumen, que continúa el análisis del siglo XIX iniciado en los volúmenes anteriores.

Existen en este momento numerosas descripciones impresionistas o, más bien, puntillistas de Europa y el mundo en los últimos decenios anteriores a 1914; entre ellas, *The Proud Tower*, de Barbara Tuchman, 1966, es la más difundida. Menos conocida es la obra de Edward R. Tannenbaum, *1900, The Generation Before the Great War*, 1976. El libro que más me gusta, en parte porque me he basado muchas veces en su erudición enciclopédica y en parte porque comparto con el autor una tradición intelectual y una ambición histórica, es el del ya fallecido Jan Romein, *The Watershed of Two Eras: Europe in 1900*, 1976.

Hay una serie de obras colectivas o enciclopédicas, o compendios de referencia, que estudian temas del período que cubre el presente libro, así como de otros períodos. No recomendamos el volumen pertinente (XII) de la *Cambridge Modern History*, pero los de la *Cambridge Economic History of Europe* (vols. VI y VII) contienen excelentes estudios. La *Cambridge History of the British Empire* representa un tipo de historia obsoleta y poco útil, pero las historias de África, China y, en especial, América Latina, corresponden propiamente a la historiografía de finales del siglo XX. Entre los atlas históricos destaca el *Tunes Atlas of World History*, 1978, realizado bajo la dirección de un historiador original e imaginativo, G. Barraclough; es muy útil también el *Atlas of Modern History*, de Penguin. El *Chambers Biographical Dictionary* contiene breves datos sobre un sorprendente número de personajes de todos los períodos hasta el momento actual, en un solo volumen. La obra de Michael Mulhall, *Dictionary of Statistics*, ed. 1898, reimpr. 1969, sigue siendo indispensable para el siglo XIX. El compendio moderno fundamental es el de B. Mitchell, *European Histori-*

cal Statistics, 1980. Su contenido es básicamente económico. La obra de Peter Flora, ed., *State, Economy and Society in Western Europe 1815-1975*, 1983, contiene una gran masa de información sobre aspectos políticos, institucionales y administrativos, educativos y otros. *The Watershed of Two Eras*, de Jan Romein, no está pensado como un libro de texto, pero puede consultarse como tal, especialmente en aspectos tales como la cultura y las ideas.

Para un tema de especial interés en este período, como el de la emigración, la obra más destacada sigue siendo la de I. Ferenczi y W. F. Wilcox, eds., *International Migration*, 2 vols., 1929-1931. Respecto al tema de la población, de interés permanente, es conveniente consultar la obra de C. MacEvedy y R. Jones, *An Atlas of World Population History*, 1978. En los diferentes apartados que siguen a continuación mencionamos algunas obras de consulta sobre temas más especializados. Quien quiera saber qué visión tenía de sí mismo el siglo XIX en los años inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial debe consultar la 11.ª edición de la *Encyclopaedia Britannica* (última edición británica, 1911), que por su gran calidad puede consultarse todavía en muchas bibliotecas.

Historia económica

Sobre la historia económica del período hay algunas breves introducciones: W. Woodruff, *Impact of Western Man: A Study of Europe's Role in the World Economy 1750-1960*, 1966, y W. Ashworth, *A Short History of the International Economy Since 1850* (varias ediciones). La *Cambridge Economic History of Europe* (vols. VI y VII) y C. Cipolla, ed., *The Fontana Economic History of Europe*, vols. IV y V, partes 1 y 2, 1973-1975, son obras de colaboración cuya calidad va desde lo bueno a lo excelente. La obra de Paul Bairoch, *The Economic Development of the Third World Since 1900*, 1975, amplía el espectro. De las muchas obras útiles de este autor, sólo algunas de las cuales, lamentablemente, han sido traducidas, hay que citar P. Bairoch y M. Levy-Leboyer, eds., *Disparities in Economic Development Since the Industrial Revolution*, 1981, cuyo contenido es pertinente para el período que estudiamos. Las obras de A. Milward y S. B. Saul, *The Economic Development of Continental Europe 1780-1870*, 1973, y *The Development of the Economies of Continental Europe 1850-1914*, 1979, son mucho más que meros manuales. En este período se centra también el libro de S. Pollard y C. Holmes, eds., *Documents of European Economic History*, vol. II: *Industrial Power and National Rivalry 1870-1914*, 1972. El estudio más interesante y de mayor calidad de los adelantos tecnológicos es el de D. S. Landes, *The Unbound Prometheus*. Sidney Pollard integra la historia de la industrialización británica y continental en *Peaceful Conquest*, 1981.

Respecto a temas económicos de importancia para este período, véanse las discusiones en torno al tema B9 («De la empresa familiar a la gestión profesional»), en el Octavo Congreso Internacional de Historia Económica, Budapest, 1982. Son pertinentes también los libros de Alfred D. Chandler, *The Visible Hand: The Management Revolution in American Business*, 1977, y de Leslie Hannah, *The Rise of the Corporate Economy*, 1976. A. Maizels, *Industrial Growth and World Trade*; W. Arthur Lewis, *Growth and Fluctuations 1870-1913*, 1978; Herbert Feis, *Europe, the World's Banker* (reimpr. desde 1930), y M. de Cecco, *Money and Empire: The International Gold Standard 1890-1914*, 1974, analizan otros temas interesantes para la economía de la época.

Sociedad

La mayor parte del mundo estaba habitada por campesinos. La obra de T. Shanin, ed., *Peasants and Peasant Societies*, 1971, es una excelente introducción a ese mundo; *The Awkward Class*, 1972, del mismo autor, estudia el campesinado ruso; Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen*, 1976, aporta mucha información sobre el campesinado francés; «Capitalism and Rural Society in Germany», de Max Weber (en H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber*, numerosas ediciones, pp. 363-385), es un estudio más amplio de lo que indica su título. G. Grossick y H. G. Haupt, eds., *Shopkeepers and Master Artisans in 19th Century Europe*, 1984, se ocupa de la pequeña burguesía. Existe una abundantísima bibliografía sobre la clase obrera, pero casi siempre los estudios se limitan a un solo país, ocupación o industria. Las obras de Peter Stearns, *Lives of Labor*, 1971; Dick Geary, *European Labor Protest 1848-1939*, 1981; Charles Louise y Richard Tilly, *The Rebellious Century 1830-1930*, 1975, y de E. J. Hobsbawm, *Labouring Men*, 1964 (hay trad. cast.: *Trabajadores*, Crítica, Barcelona, 1979) y otras ediciones, y *Worlds of Labour*, 1984 (hay trad. cast.: *El mundo del trabajo*, Crítica, Barcelona, 1987), cubren una amplia zona, al menos en parte. Son todavía más escasos los estudios que se ocupan de los trabajadores en el contexto de su relación con otras clases. Uno de ellos es el de David Crew, *Town in the Ruhr: A Social History of Bochum 1860-1914*, 1979. El estudio clásico sobre la transformación de los campesinos en obreros es el de F. Znaniecki y W. I. Thomas, *The Polish Peasant in Europe and America*, 1984 publicado originalmente en 1918.

Más escasos son todavía los estudios comparativos de las clases medias o burguesías, aunque, por fortuna, los estudios nacionales son ahora más frecuentes. *France 1848-1945*, 2 vols., 1973, de Theodore Zeldin, contiene mucha información sobre este y otros aspectos de la sociedad, aunque el autor no realiza análisis alguno. Los primeros capítulos de la obra de R. Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 1, *1880-1920*, 1983, constituyen un estudio de la movilidad social mediante una combinación de acumulación y examen, y hay una serie de estudios de William Rubinstein, publicados fundamentalmente en *Past & Present*, que arrojan una luz más general sobre la burguesía británica. El tema general de la movilidad social es analizado con autoridad por Hartmut Kaelble, *Social Mobility in the 19th and 20th Centuries: Europe and America in Comparative Perspective*, 1985. El estudio de Arno Mayer, *The Persistence of the Old Regime*, 1982, es comparativo y contiene material valioso especialmente sobre las relaciones entre las clases media y alta, con una tesis controvertida. Como siempre, en el siglo XIX las novelas y obras de teatro constituyen la mejor presentación del mundo de la burguesía y la aristocracia. La cultura y la política como ilustración de una situación difícil de la burguesía son perfectamente utilizadas en Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, 1980.

El gran movimiento de emancipación de la mujer ha producido una vasta bibliografía de diferente calidad, pero no existe un libro satisfactorio sobre el período. Aunque no es histórico ni se ocupa esencialmente del mundo desarrollado, es importante el libro de Ester Boserup, *Women's Role in Economic Development*, 1970. Es fundamental el estudio de Louise Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family*, 1978; véase también la sección «División sexual del trabajo y capitalismo industrial», en la excelente revista de estudios femeninos *Signs*, invierno de 1981. En el estudio de T. Zeldin, *France 1848-1945*, vol. I, existe un capítulo dedicado a la mujer. Son pocas las historias nacionales en las que ocurre lo mismo. Hay muchos títulos publi-

cados sobre el feminismo. Richard J. Evans (que ha escrito un libro sobre el movimiento alemán) realiza un estudio comparativo sobre este tema en *The Feminists: Women's Emancipation Movements in Europe, America and Australia 1840-1920*, 1977. Sin embargo, no se han investigado de forma sistemática las numerosas formas, no políticas, en que varió la situación de la mujer generalmente para mejor, así como su relación con otros movimientos aparte de la izquierda secular. Sobre los principales cambios demográficos, véase D. V. Glass y E. Grebenik, «World Population 1800-1950», en *Cambridge Economic History of Europe*, vol. IV, 1965, y C. Cipolla, *The Economic History of World Population*, 1962 (hay trad. cast.: *Historia económica de la población mundial*, Crítica, Barcelona, 1989¹). La obra de D. V. Glass y D. E. C. Eversley, eds., *Population in History*, 1965, contiene una colaboración de extraordinario interés de J. Hajnal sobre las diferencias históricas entre el modelo matrimonial europeo y los demás modelos.

Anthony Sutcliffe, *Towards the Planned City 1780-1914*, 1981, y Peter Hall, *The World Cities*, 1966, son introducciones modernas a la urbanización del siglo XIX; Adna F. Weber, *The Growth of Cities in the Nineteenth Century*, 1897 y reediciones recientes, es un análisis contemporáneo que sigue siendo importante.

Sobre la religión y las iglesias, Hugh McLeod, *Religion and the People of Western Europe*, 1974, es breve y lúcido. El estudio de D. E. Smith, *Religion and Political Development*, 1970, se centra más específicamente en el mundo no europeo, para el cual sigue siendo importante, aunque ya antiguo, *Islam in Modern History*, 1957, de W. C. Smith.

El imperialismo

El texto contemporáneo básico sobre el imperialismo es el de J. A. Hobson, *Imperialism*, 1902 y numerosas ediciones posteriores. Para un debate sobre este tema, véase Wolfgang Mommsen, *Theories of Imperialism*, 1980, y R. Owen y B. Sutcliffe, eds., *Studies on the Theory of Imperialism*, 1972. Daniel Headrick, *Tools of Empire: Technology and European Imperialism in the Nineteenth Century*, 1981, y V. G. Kiernan, *European Empires from Conquest to Collapse 1815-1960*, 1982, arrojan luz sobre las conquistas de las colonias. El extraordinario estudio de V. G. Kiernan, *The Lords of Human Kind*, 1972 es, con mucho, el mejor análisis de las «actitudes europeas hacia el mundo exterior en la era imperialista» (subtítulo del libro). Sobre la economía del imperialismo, véase P. J. Cain, *Economic Foundations of British Overseas Expansion 1815-1914*, 1980; A. G. Hopkins, *An Economic History of West Africa*, 1973, y el ya antiguo pero valioso estudio de Herbert Feis, ya mencionado así como el de J. F. Rippey, *British Investments in Latin America 1822-1949*, 1959 y, respecto al escenario americano, el estudio de la United Fruit, *Empire in Green and Gold*, 1947.

Respecto a la visión de los responsables de la política económica, véase J. Gallagher y R. F. Robinson, *Africa and the Victorians*, 1958, y D. C. M. Platt, *Finance, Trade and Politics in British Foreign Policy, 1815-1914*, 1968. Sobre las implicaciones domésticas y las raíces del imperialismo, Bernard Semmel, *Imperialism and Social Reform*, 1960, y, para quienes no conocen el alemán, H.-U. Wehler, «Bismarck's Imperialism 1862-1890», *Past & Present*, 48, 1970. Sobre algunos de los efectos del imperialismo en los países receptores, Donald Denoon, *Settler Capitalism*, 1983, Charles Van Onselen, *Studies in the Social and Economic History of the Witwaters-*

rand 1886-1914, 2 vols., 1982, y —un aspecto descuidado— Edward Bristow, *The Jewish Fight Against White Slavery*, 1982. El libro de Thomas Pakenham, *The Boer War*, 1979, es un vívido retrato de la más importante de las guerras imperialistas.

Aspectos políticos

Los problemas históricos de la aparición de la política popular sólo se pueden estudiar país por país. Sin embargo, pueden ser de utilidad algunas obras generales. Algunos de los estudios contemporáneos se mencionan en las notas del capítulo 4. Entre ellos, todavía conserva su interés el de Robert Michels, *Political Parties*, varias ediciones, porque se basa en intensas reflexiones sobre el tema. El estudio de Eugene y Pauline Anderson, *Political Institutions and Social Change in Continental Europe in the Nineteenth Century*, 1967, es útil respecto al desarrollo del aparato del estado, el de Andrew McLaren, *A Short History of Electoral Systems in Western Europe*, 1980, no es otra cosa que lo que anuncia su título. La obra de Peter Kohler, F. Zacher y Martin Partington, eds., *The Evolution of Social Insurance 1881-1981*, 1982, se centra únicamente, por desgracia, en Alemania, Francia, el Reino Unido, Austria y Suiza. La recopilación más completa de datos para consulta sobre todos los asuntos interesantes al respecto es la de Peter Flora, *State Economy and Society in Western Europe*, mencionado más arriba. El trabajo de E. J. Hobsbawm y T. Ranger, eds., *The Invention of Tradition*, 1983 (hay trad. cat.: *L'invent de la tradició*, Eumo, Vic, 1989), analiza las reacciones no institucionales a la democratización de la política, especialmente en los estudios de D. Cannadine y E. J. Hobsbawm. La obra de Hans Rogger y Eugen Weber, eds., *The European Right: A Historical Profile*, 1965, constituye una guía a esa parte del espectro político que no se analiza en el texto, excepto de forma accidental en relación con el nacionalismo.

Sobre la aparición de los movimientos obreros y socialistas, la obra clásica de consulta es la de G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, III, partes 1 y 2, «La Segunda Internacional», 1959. Más breve es el estudio de James Joll, *La Segunda Internacional, 1889-1914*, 1976. En la obra de W. Guttsman, *The German Social-Democratic Party 1875-1933*, 1981, encontrará el lector el análisis más adecuado de un «partido de masas» clásico. Los estudios de Georges Haupt, *Aspects of International Socialism 1889-1914*, 1986, y M. Salvadori, *Karl Kautsky and the Socialist Revolution*, 1979, constituyen dos buenas introducciones a las expectativas e ideologías. J. P. Nettl, *Rosa Luxemburg*, 2 vols., 1967, e Isaac Deutscher, *Vida de Trotsky*, vol. I: *El profeta armado*, 1968, ven el socialismo a través de los ojos de destacados participantes en los acontecimientos.

Sobre el nacionalismo pueden consultarse los capítulos pertinentes de mis obras *La era de la revolución* y *La era del capital*. Ernest Gellner ha realizado en *Nations and Nationalism*, 1983, un análisis reciente del fenómeno, y la obra de Hugh Seton-Watson, *Nation and States*, 1977, es realmente enciclopédica. Fundamental es el estudio de M. Hroch, *Social Preconditions of National Revival in Europe*, 1985. Sobre la relación entre el nacionalismo y los movimientos obreros, véase mi ensayo «What is the Worker's Country?», en *Worlds of Labour*, 1984. Aunque de interés únicamente para los especialistas, aparentemente, los estudios galeses que aparecen en D. Smith y H. Francis, *A People and a Proletariat*, 1980, son plenamente relevantes.

Historia cultural e intelectual

El libro de H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society*, numerosas ediciones, es la introducción mejor conocida sobre la transformación de las ideas en este período; el de George Lichtheim, *Europe in the Twentieth Century*, 1972, aunque pretende ser una historia general, trata fundamentalmente de los procesos intelectuales. Como todas las obras de este autor, es denso pero extraordinariamente gratificante. En Jan Romein, *The Watershed of Two Eras* (ya citado) encontrará el lector un material inacabable. Para las ciencias, C. C. Gillispie, *On the Edge of Objectivity*, 1960, que cubre un período mucho más amplio, es una introducción sofisticada. Este campo es demasiado amplio para un estudio breve. Los de C. C. Gillispie, ed., *Dictionary of Scientific Biography*, 16 vols., 1970-1980, y Philip P. Wiener, ed., *Dictionary of the History of Ideas*, 4 vols., 1973-1974, son excelentes como obras de consulta; breves y de calidad son W. F. Bynum, E. J. Browne y Roy Porter, eds., *Dictionary of the History of Science*, 1981, así como el *Fontana Dictionary of Modern Thought*, 1977. Sobre el trascendental campo de la física, Ronald W. Clark, *Einstein, the Life and Times*, 1971, que puede complementarse con R. McCormach, ed., *Historical Studies in the Physical Sciences*, vol. II, 1970, sobre la forma en que fue recibida la teoría de la relatividad. La novela del mismo autor, *Night Thoughts of a Classical Physicist*, 1982, es una perfecta evocación del científico medio convencional y, al mismo tiempo, del mundo académico alemán. El lector encontrará en C. Webster, ed., *Biology, Medicine and Society 1840-1940*, 1981, una introducción al mundo de la genética, la eugenesia, la medicina y las dimensiones sociales de la biología.

Son numerosas las obras de consulta para el arte, por lo general sin un gran sentido histórico: la *Encyclopedia of World Art* es muy útil para las artes visuales, el *New Grove Dictionary of Music*, 16 vols., 1980, es una obra escrita por expertos para otros expertos. Generalmente, las obras generales sobre Europa en 1900 y en torno a este año tienen bastante información sobre el arte del período (por ejemplo, la de Romein). En cuanto a las historias generales del arte, dependen del gusto del lector, a no ser que se trate de simples crónicas. La obra de Arnold Hauser *Historia social del arte*, 1960, es una versión marxista muy inflexible. En cuanto a la de W. Hofmann, *Turning-Points in Twentieth-century Art 1890-1917*, 1969, es interesante pero también discutible. La relación entre William Morris y el modernismo se enfatiza en N. Pevsner, *Pioneers of the Modern Movement*, 1936. Los estudios de Mark Girouard, *The Victorian Country House*, 1971, y *Sweetness and Light: The Queen Anne Movement 1860-1900*, 1977, son interesantes para el estudio de los vínculos entre la arquitectura y el estilo de vida de las diferentes clases. El estudio de Roger Shattuck, *The Banquet Years: The Origins of the Avantgarde in France 1885 to World War One* (ed. rev., 1967) es instructivo y divertido. Excelente es el tratado de Camilla Gray, *The Russian Experiment in Art 1863-1922*, 1971. Para el teatro y la vanguardia de un importante centro europeo, P. Jelavich, *Munich and Theatrical Modernism*, 1985. Es interesante también Roy Pascal, *From Naturalism to Expressionism: German Literature and Society 1880-1918*, 1973.

Entre los libros que pretenden integrar el arte con la sociedad contemporánea y otras tendencias intelectuales, hay que consultar las obras de Romein y Tannenbaum. Interesante y atrevida es la obra de Stephen Kern, *The Culture of Time and Space 1880-1918*, 1983. El lector juzgará si además es convincente.

Sobre las grandes tendencias en las ciencias sociales y humanas, J. A. Schumpeter,

History of Economic Analysis, varias ediciones desde 1954, es enciclopédica y árida, sólo recomendable como obra de consulta. El libro de G. Lichtheim, *Marxism*, 1961, merece una atenta lectura. Los sociólogos, siempre inclinados a reflexionar sobre la naturaleza de su disciplina, han investigado también su historia. Pueden servir como guía los artículos publicados bajo el apartado de «Sociología» de la *International Encyclopedia of the Social Sciences*, 1968, vol. XV. No es fácil seguir la historia de la historiografía en el período que estudiamos, salvo en George Iggers, *New Directions in European Historiography*, 1975. Sin embargo, el artículo «Historia» en la *Encyclopedia of the Social Sciences*, ed. E. R. A. Seligman, 1932, que en muchos aspectos no ha sido superado por la *International Encyclopedia* de 1968, presenta un panorama ajustado de sus debates. Se debe a la pluma de Henri Berr y Lucien Febvre.

Historias nacionales

Una bibliografía que sólo recoge obras en inglés es adecuada para aquellos países en los que se habla esta lengua y (gracias en gran medida a la importancia que tienen los estudios del Asia oriental en los Estados Unidos) no resulta inadecuada para el Lejano Oriente, pero inevitablemente omite la mayor parte de las obras de mayor calidad y más sólidas sobre la mayoría de los países europeos.

Para el Reino Unido, la obra de R. T. Shannon, *The Crisis of Imperialism 1865-1915*, 1974, es un buen texto, sobre todo sobre los temas culturales e intelectuales, pero el libro de George Dangerfield, *The Strange Death of Liberal England*, publicado originalmente en 1935 (por tanto, hace más de cincuenta años) y erróneo en la mayor parte de sus detalles, es aún la forma más interesante de comenzar a estudiar la historia de la nación durante este período. Más antiguo es aún *A History of the English People in the Nineteenth Century, 1895-1915*, vols. IV y V, pero es la obra de un observador contemporáneo, muy inteligente, erudito y perceptivo. Para los lectores que ignoran totalmente la historia británica resulta ideal la obra de R. K. Webb, *Modern Britain from the Eighteenth Century to the Present*, 1969.

Por fortuna, han sido traducidos al inglés algunos manuales franceses excelentes. La mejor historia breve que existe en la actualidad es la de J. M. Mayeur y M. Reberioux, *The Republic from its Origins to the Great War 1871-1914*, 1984. También es recomendable el libro de Georges Dupeux, *French Society 1789-1970*, 1976. Enciclopédico y peculiar resulta el libro de T. Zeldin, *France 1848-1945*, 1973; la obra de Sanford Elwitz, *The Third Republic Defended: Bourgeois Reform in France, 1880-1914*, 1986, analiza la ideología de los dirigentes de la república; la de Eugene Weber, *Peasants into Frenchmen*, realmente notable, estudia uno de los grandes logros de la república.

Son menos las obras alemanas traducidas al inglés, aunque por fortuna se puede consultar la obra de H.-U. Wehler, *The German Empire 1871-1918*, 1984; se puede complementar con un viejo libro de un inteligente marxista de Weimar, Arthur Rosenberg, *The Birth of the German Republic*, 1931. *German History 1867-1945*, 1981, de Gordon Craig, es una obra global. El libro de Volker Berghahn, *Modern Germany, Society, Economics and Politics in the Twentieth Century*, 1986, ofrece un contexto más general. J. J. Sheehan, *German Liberalism in the Nineteenth Century*, 1974, Carl Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, 1955 —antigua pero perceptiva—, y Geoffrey Eley, *Reshaping the German Right*, 1980 —polémica—, ayudan a comprender la política alemana.

Para Austria-Hungría, la obra general más adecuada es la de C. A. Macartney, *The Habsburg Empire*, 1968; la de R. A. Kann, *The Multinational Empire: Nationalism and National Reform in the Habsburg Monarchy 1848-1918*, 2 vols., 1970, es exhaustiva y a veces agotadora. Para quienes puedan acceder a él, el libro de H. Wickham Steed, *The Habsburg Monarchy*, 1913, recoge lo que un periodista dotado e informado habría visto en la época: Steed era corresponsal del *Times*. El estudio de Carl Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna*, se centra en la política y la cultura. Son varios los trabajos de Ivan Berend y George Ranki, dos excelentes historiadores húngaros de la economía, que estudian y analizan Hungría en particular y la Europa centrooriental en general, con buenos resultados.

Por lo que respecta a Italia, no son muchos los títulos disponibles para aquellos que no conocen el italiano. Existen algunas historias generales como la de Denis Mack-Smith, *Italy: A Modern History*, 1969, a cargo de un autor cuyos trabajos más importantes se centran en los períodos anterior y posterior al que nosotros estudiamos. El libro de Christopher Seton-Watson, *Italy from Liberalism to Fascism 1871-1925*, 1967, resulta menos vívido que la ya antigua pero relevante *History of Italy 1871-1915*, 1929, de Benedetto Croce, obra que, sin embargo, omite casi todo lo que no interesa a un pensador idealista y mucho de lo que interesa a un historiador moderno. En cuanto a España, podemos mencionar dos obras generales realmente sobresalientes: la de Raymond Carr, *España, 1808-1939*, 1966, densa pero sumamente valiosa, y *El laberinto español*, 1950, de Gerald Brenan, libro realmente maravilloso aunque pueda ser calificado de «científico». La historia de los pueblos y estados de los Balcanes se estudia en varias obras de J. y/o B. Jelavich; por ejemplo, Barbara Jelavich, *History of the Balkans*, vol. II, sobre el siglo xx, 1983. Sin embargo, no puedo dejar de mencionar la obra de Daniel Chirot, *Social Change in a Peripheral Society: The Creation of a Balkan Colony*, 1976, que analiza el trágico destino del pueblo rumano, y la de Milovan Djilas, *Land Without Justice*, 1958, que recrea el mundo de los valientes montenegrinos. El estudio de Stanford J. Shaw y E. K. Shaw, *History of the Ottoman Empire and Modern Turkey*, vol. II: 1808-1975, 1977, es sólido pero desde luego no emocionante.

Sería erróneo afirmar que las historias generales de otros países que pueden consultarse en inglés son satisfactorias, aunque la situación es diferente por lo que respecta a los estudios monográficos (por ejemplo, en la *Scandinavian Economic History Review* y en otras publicaciones).

Las historias de África, América Latina y China de Cambridge (disponibles todas ellas para el período que estudiamos) son unas buenas guías para los continentes o regiones respectivos. La obra de John Fairbank, Edwin O. Reischauer y Albert M. Craig, *East Asia: Tradition and Transformation*, 1978, se ocupa de todos los países del Lejano Oriente y ofrece una útil introducción (en los caps. 17-18 y 22-23) a la historia japonesa moderna, respecto a la cual se puede consultar, con carácter más general, J. Whitney Hall, *Japan: From Prehistory to Modern Times*, ed. de 1986; John Livingston et al., *The Japan Reader*, vol. I: 1800-1945, 1974, y Janet E. Hunter, *A Concise Dictionary of Modern Japanese History*, 1984. Los lectores no orientalistas interesados en la vida y la cultura japonesas disfrutarán con la lectura de Edward Seidensticker, *Low City, High City: Tokyo from Edo to Earthquake... 1867-1923*, 1985. La mejor introducción a la India moderna es la de Judith M. Brown, *Modern India*, 1985, con una buena bibliografía.

En el apartado dedicado a las revoluciones se mencionan algunas obras sobre China, Irán, el imperio otomano, México, Rusia y otras regiones en fermento.

Por alguna razón escasean las buenas introducciones a la historia de los Estados Unidos en el siglo xx, aunque no faltan los manuales de todo tipo y las reflexiones acerca de lo que significa ser norteamericano y, además, existe un sinfín de estudios monográficos. La versión puesta al día de la obra, ya antigua, de S. E. Morison, H. S. Commager y W. E. Leuchtenberg, *The Growth of the American Republic*, 6.ª ed., 1969, es todavía una de las mejores obras disponibles. No obstante, hay que recomendar también la lectura de *American Diplomacy 1900-1950*, 1951, ed. ampliada, 1984, de George Kennan.

Las revoluciones

Para una perspectiva comparativa de las revoluciones del siglo xx, véase Barrington Moore, *The Social Origins of Dictatorship and Democracy*, 1965 (hay trad. cast.: *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*, Península, Barcelona, 1991), obra clásica que ha inspirado la de Theda Skocpol, *States and Revolutions*, 1978. Es importante Eric Wolf, *Peasant Wars of the Twentieth Century*, 1972; el estudio de E. J. Hobsbawm, «Revolution», en Roy Porter y M. Teich, eds., *Revolution in History*, 1986, es un breve estudio comparativo de los problemas (hay trad. cast.: *La revolución en la historia*, Crítica, Barcelona).

La historiografía de la Rusia zarista, su hundimiento y la revolución, es demasiado amplia como para poder elaborar incluso una lista mínima. Los datos históricos se encontrarán en Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire 1801-1917*, 1967, de más fácil consulta que lectura, y Hans Rogger, *Russia in the Age of Modernisation 1800-1917*, 1983. En T. G. Stavrou, ed., *Russia under the Last Tsar*, 1969, hay estudios de diversos autores sobre temas distintos. El estudio de P. Lyaschenko, *History of the Russian National Economy*, 1949, ha de ser completado con las partes pertinentes de la *Cambridge Economic History of Europe*. Sobre el campesinado ruso, Geroid T. Robinson, *Rural Russia under the Old Regime*, 1932, numerosas reediciones, es la mejor obra para comenzar, aunque ya está obsoleta. El estudio de Teodor Shanin, *Russia as a Developing Society*, vol. I: *Russia's Turn of Century*, 1985, y vol. II: *Russia 1905-1907: Revolution as a Moment of Truth*, 1986, obra extraordinaria y nada fácil, intenta contemplar la revolución desde abajo y a la luz de su influencia en la historia rusa subsiguiente. El libro de Trotsky, *Historia de la revolución rusa*, varias ediciones, constituye la aportación de un comunista protagonista de los acontecimientos, y es una obra llena de vigor e inteligencia. En la edición inglesa de la obra de Marc Ferro, *The Russian Revolution of February 1917*, hay una buena bibliografía.

También se está incrementando la bibliografía inglesa de la otra gran revolución, la revolución china, aunque en su gran mayoría se centra en el período posterior a 1911. El lector encontrará una historia moderna de China, breve, en la obra de J. K. Fairbank, *The United States and China*, 1979. Mejor aún es el libro del mismo autor, *The Great Chinese Revolution 1800-1985*, 1986. En el estudio de Franz Schurmann y Orville Schell, eds., *China Readings I: Imperial China*, 1967, se ofrecen datos del trasfondo histórico, y el de F. Wakeman, *The Fall of Imperial China*, 1975, responde a lo que indica el título. El estudio más completo de este episodio se hallará en V. Purcell, *The Boxer Rising*, 1963. Para una introducción a otros estudios más monográficos, véase Mary Clabaugh Wright, ed., *China in Revolution: the First Phase 1900-1915*, 1968.

Sobre las transformaciones de otros imperios orientales antiguos, es sólido el

estudio de Nikki R. Keddie, *Roots of Revolution: An Interpretive History of Modern Iran*, 1981. Sobre el imperio otomano, véase Bernard Lewis, *The Emergence of Modern Turkey*, 1961, ed. revisada, 1969, y D. Kushner, *The Rise of Turkish Nationalism 1876-1908*, 1977, que pueden completarse con N. Berkes, *The Development of Secularism in Turkey*, 1964, y Roger Owen, *The Middle East in the World Economy*, 1981.

Respecto a la única revolución, la mexicana, que surgió como consecuencia del imperialismo, en el período que nos ocupa, podemos mencionar dos obras a modo de introducción: los primeros capítulos de Friedrich Katz, *The Secret War in Mexico*, 1981 —o el capítulo del mismo autor en la *Cambridge History of Latin America*—, y John Womack, *Zapata and the Mexican Revolution*, 1969. Ambos autores son extraordinarios. No existe una introducción de similar calidad para la muy controvertida historia de la liberación nacional india. El mejor estudio, para comenzar, es el de Judith Brown, *Modern India* 1985. Los temas económicos y sociales pueden estudiarse en A. Maddison, *Class Structure and Economic Growth in India and Pakistan Since the Mughals*, 1971. Quienes deseen consultar algún estudio más monográfico deben acudir a C. A. Bayly, *The Local Roots of Indian Politics: Allahabad 1880-1920*, 1975, obra de un brillante indiano; el estudio de L. A. Gordon, *Bengal: The Nationalist Movement 1876-1940*, 1974, se centra en la región más radical.

Sobre la región islámica fuera de Turquía e Irán no existen muchas obras que se puedan recomendar. Se puede consultar el libro de P. J. Vatikiotis, *The Modern History of Egypt*, 1969, pero resulta más entretenida la del famoso antropólogo E. Evans-Pritchard, *The Sanusi of Cyrenaica*, 1949 (sobre Libia). Fue escrita para informar a los comandantes británicos que luchaban en estos desiertos durante la segunda guerra mundial.

La paz y la guerra

Una buena introducción, escrita recientemente, a los problemas de los orígenes de la primera guerra mundial es la de James Joll, *The Origins of the First World War*, 1984. El estudio de A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe*, 1954, es antiguo, pero trata de forma excelente las complicaciones de la diplomacia internacional. Excelentes monografías recientes son las de Paul Kennedy, *The Rise of the Anglo-German Antagonism 1860-1914*, 1980; Zara Steiner, *Britain and the Origins of the First World War*, 1977; F. R. Bridge, *From Sadowa to Sarajevo: The Foreign Policy of Austria-Hungary 1866-1914*, 1976, y Volker Berghahn, *Germany and the Approach of War*, 1973. El estudio de Geoffrey Barraclough, *From Agadir to Armageddon: The Anatomy of a Crisis*, 1982, es la obra de uno de los historiadores más originales de esta época. Para la guerra y la sociedad en general es estimulante la obra de William H. McNeil, *The Pursuit of Power*, 1982; sobre el período específico que cubre el presente libro, Brian Bond, *War and Society in Europe 1870-1970*, 1983; sobre la carrera de armamentos en los años anteriores a la guerra, Norman Stone, *The Eastern Front 1914-1917*, 1978, caps. 1-2. Marc Ferro, *The Great War*, 1973, realiza un buen estudio del impacto de la guerra. Robert Wohl, *The Generation of 1914*, 1979, estudia algunos personajes que deseaban la guerra; por su parte, Georges Haupt se refiere en *Aspects of International Socialism 1871-1914*, 1986, a quienes no la deseaban y estudia, con especial brillantez, la actitud de Lenin ante la guerra y la revolución.

ÍNDICE ALFABÉTICO

- aceite vegetal, 73
 Action Française, 170, 276
 Adams, familia de Nueva Inglaterra, 196
 Adán, 76
 Adenauer, Konrad, 11
 Adler, Alfred, 276 n.
 Adler, Friedrich, 276 n.
 Adler, Viktor, 141, 237, 276 n., 304, 334
 adulterio, práctica del, 216
 aeronáutica, 36
 África: cristianismo en, 86; división colonial de, 67, 77-78, 322; estados soberanos en, 31, 345; influencia sobre el arte occidental, 233
 África, norte de, 38-39
 África Suroccidental Alemana (la actual Namibia), 295
 Agadir, crisis de (1911), 329-330
 agraria, cuestión, debate marxista sobre la, 147
 agricultura: crecimiento de la producción mundial, 56; declive en el Reino Unido, 48; en Europa, 28-29; influencia del proteccionismo en la, 51; mano de obra en la, 123-124; unificación del proletariado en, 134; y la depresión comercial, 44-45
 Akroyd, familia, 177
 Albania, 155, 330
 Alejandro II, zar de Rusia, 304
 Alemania: agricultura, 28; antagonismo y rivalidad con el Reino Unido, 321-322, 328; apoyo popular a la guerra, 334; aranceles, 47, 51; bloqueo de, 333 n.; cárteles de, 52; como estado soberano, 31; concentración económica en, 62; consumo de petróleo, 35; cooperación en, 45; cuerpo de oficiales de reserva, 185; desarrollo industrial y económico, 43, 50, 55, 326; distinciones entre las clases medias, 180; enseñanza de las ciencias, 260, 268; esperanza de vida, 37; estudiantes universitarios de, 185, 188; flota naval de, 327-329; imperio colonial, 68, 77, 85; industrias domésticas en, 207; liberalis-
- mo burgués en, 198-199; mujeres trabajadoras en, 209-211; número de judíos en, 168; «Pequeña», 116, 118, 321; posición internacional de, 327-328; servicio militar en, 171; sindicatos, 132; socialdemocracia de, 102, 105, 109, 113, 126-127, 140-141, 144-146, 220, 276-279; sufragio universal de los varones, 95; y la responsabilidad de la primera guerra mundial, 318-321, 331-333; y Marruecos, 329
 alfabetización, 37-38; véase también analfabetismo; educación
 Algeciras, Conferencia de (1906), 329
 alimentación, 37
 Alsacia-Lorena, anexión de (1871), 155, 321
 Amazonas, atrocidades en el, 338
 América Latina, 30, 40, 43, 84-85, 298
 Amsterdam, 28
 Amudsen, Roald, 21
 analfabetismo, índice de, 32, 33, 354
 anarquismo, 110, 128, 134, 139, 142
 Ancient Order of Hibernians, de Irlanda, 103
 Angell, Norman, periodista liberal, 324
 anticlericalismo, 101, 142, 145, 220, 274-275
 antisemitismo, 99, 169-170, 173; en Rusia, 305
 Anti-Trust Act (1890), 52
 Apollinaire, Guillaume, 244
 «Apóstoles», sociedad de debates de Cambridge, 269
 Arabi Bajá, insurrección de soldados de (1882), 296
 aranceles, 44, 47, 82; véase también librecomercio; proteccionismo
 Argelia, 295
 Argentina: crisis en (1890), 74; exportaciones al Reino Unido, 48; inmigración en, 43, 163; inversiones en, 84; migración de los trabajadores «golondrinas» italianos, 124; partidos obreros en, 74; producción de trigo, 59; repoblación mediante europeos blancos, 40
 aristocracia, 180-181, 185
 Aristóteles, 95

armadas, 324, 327-329, 333, 359
 armamentos, 315-317, 359; carrera de, 358
 Armenia, nacionalismo en, 172
 Armstrong, industria en Newcastle, 126, 316-317
 arquitectos, número de, 182
 arquitectura, 242-243
art nouveau (*Jugendstil*), 237, 239-240, 241, 242
 arte de vanguardia, 15-16, 18, 90-91, 234, 236, 240-242, 244-246; y el ballet ruso, 230, 234, 251; y el cine, 247-249, 250-251
 Arts and Crafts, movimiento, 237, 239, 245-246
 asistencia social, 113
 aspiradora, invención de la (1908), 60, 225
 aspirina, invención de la (1899), 60
 Asquith, Herbert Henry, primer ministro inglés, 119
Assiette au beurre, revista, 98
 Atatürk, Kemal, general turco, 294
 átomos, 253 y n.
 atrocidades, 81, 338-339
 Australia: democracia en, 31, 96; exportaciones al Reino Unido, 48; partido laborista en, 74, 127; política para la inmigración de raza blanca, 81-82; sequía en (1895-1902), 56
 Austria: alianzas de, 321-322; apoyo popular para la guerra, 334; declaración de guerra a Serbia, 312, 320, 331-333; declive de los liberales en, 115; estatus de las lenguas en, 166; mano de obra de la industria doméstica, 207; movimientos nacionales en, 106, 118, 156; mujeres en el Partido Socialdemócrata, 221; Partido Popular de, 101; socialdemócratas en, 145; sufragio universal en (1907), 96; véase también Habsburgo, imperio de los
 austromarxistas, 154
 Azeglio, Massimo d', 160
 Azov, Evno F., jefe de la policía secreta, 304 n.
 azúcar, 73, 83
 Babel, August, 105, 125, 169, 224; *La mujer y el socialismo*, 220
 baile social en público, 246
 Bakú, 59
 Bakunin, Mikhail Aleksandrovich, 143
 Balabanoff, Angelica, 222, 233 n.
 Balcanes, 25, 311, 321-322, 330
 ballet ruso, 230, 234, 250-251
 Balmaoeda, José Manuel, presidente de Chile, 85 n.

bancos, 52
 barcos: construcción de, 61; de vapor, 35-36; véase también flota de barcos
 Baring, crisis (1890), 84
 Barney, Natalie, 224
 Barrès, Maurice, 169, 198
 Bateson, William, 261, 264
 Bauhaus, 238, 243
 Bochtarev, Vladimir Mijailovich, 280
 Becquerel, Jean, 258
 Bedford Park, en Londres, 176
 Beecham, sir Thomas, 196
 Beethoven, Ludwig van, 348
 Behrens, Peter, 243
 Belfast, 119, 130
 Bélgica: agricultura, 28; católicos en, 101, 118; cuestión de la lengua en, 166-167; democratización del sistema de voto, 96, 97; economía, 50; en el plan Schlieffen, 320 n., 333; huelgas generales en, 109, 139; imperio colonial de, 68, 76, 77; partido obrero en, 127; véase también flamencos
belle époque, 54, 57, 63, 119, 176
 Benes, Edvard, presidente de Checoslovaquia, 172
 Bengala, 297
 Benjamin, Walter, 242
 Bennett, Arnold, 231
 Benoist, C.: *La organización del sufragio universal*, 107
 Benz, Carl Friedrich, 36
 Berenson, Bernard, 232
 Berlioz, Hendrik Petrus, 239, 243
 Berlín, 29, 136, 176; Congreso de (1878), 169
 Bermudas, 76
 Bernardette de Lourdes, santa, 220
 Bernhardt, Friedrich A. J. von, general: *Alemanía y la próxima guerra*, 263
 Bernhardt, Sara, 249
 Bernstein, Eduard, 112, 144
 Besant, Annie, 222, 224, 297
 bicicleta, invención de la, 60
 bienes de consumo, mercado de los, 61
 bimetalismo, 46
 Binet, Alfred, 280
 biología y ciencias sociales, 261, 264
 biométricos, 263
 Birmingham, población de, 28
 Bismarck, príncipe Otto von: campañas anticlericales de, 101, 109; idea de suspender la Constitución, 110; plan de seguridad social, 113; solución a «sangre y hierro», 200; y el imperio de los Habsburgo, 322; y el mantenimiento de la paz entre las potencias, 320-

321, 326-327; y la debilidad de la oposición, 109; y las elecciones de masas, 96-98
 Bizet, Georges: *Carmen*, 237
 Blackpool, iluminaciones de la playa de, 116
 Bloch, Ivan: *Aspectos técnicos, económicos y políticos de la próxima guerra*, 315
 Blok, Aleksandr Aleksandrovich, 244
 Bochum, 135-136, 187
 bócers, guerra de los (1899-1902), 295; oposición a la, 81; oro como causa de la, 75, 84; pérdidas humanas del Reino Unido, 314; provocación de la, 319; reclutamiento voluntario para, 170; y los liberales, 114
 Bohemia, 172
 Böhm-Bawerk, Eugen von, 277
 Bohr, Niels, 16
 bolcheviques, 172, 304 y n., 307-308, 339-340
 Boldini, Giovanni, 232
 Bombay, población de, 28
 Bon Marché, almacenes comerciales, 37
 Borodin, Aleksandr Porfirievich, 27
 Bosnia, ocupación de, 331
 Boston, en Estados Unidos, 163, 178
 Bourbaki, Nicolas, seudónimo de un grupo de matemáticos, 254, 255
 bóxers, revuelta de los (1900), 290-291
 Brahma Samaj, 274
 Brancusi, Constantin, 233
 Branting, Karl Hjalmar, 141
 Brasil, 30, 32, 40, 43, 74, 163
 Brooke, Rupert, poeta, 200
 Brouwer, L. E. J., 255, 265
 Bruant, Aristide: canción *Belleville-Ménil-montant*, 150
 Bryan, William Jennings, 46, 106
 Buenos Aires, 28
 bues, precios del, 74
 Bukovina, 25, 26
 Bulgaria, 155; campesinos de, 28
Bund der Landwirte, institución alemana, 103
 bundistas (judíos), 158, 172, 304
 burguesía: cultura de la, 19; declive de la, 108; definición de la, 179-180; en la revolución de 1905, 306-308; incertidumbre de la, 175-201; influencia política de la, 178; riqueza de la, 178-179; y capitalismo, 16-18; y el progreso, 41; y la amenaza revolucionaria, 110, 339; y la aristocracia terrateniente, 180, 181, 185; y la crisis de la razón, 271-272, 280; y la democratización, 95, 178, 179-180; y la familia, 179, 198; y los cambios después de la primera guerra mundial, 340-345, 348; y los extranjeros pobres, 163; véase también clases medias

burguesía tradicional, pequeña, 99; véase también burguesía; clases medias
 Burguiba, Habib, 295
 Burns, John, líder laborista, 119 n.
 burocracia, 107, 113, 166
 Cabot, familia de Boston, 178
 cacao, 73, 74
 café, 73, 74
 Calcuta, 28
 California, política de inmigración blanca en, 81-82
 campesinado: alfabetización del, 33; como fuerza política, 99-100; como minoría, 344; desinterés por el nacionalismo, 165; emigración del, 124; próspero, 37; revueltas, 44; y la Revolución rusa, 307-308; y las mujeres, 207; y socialismo, 147; véase también *kulaks*
 Canadá, 31, 59
 Cánovas del Castillo, Antonio, 109, 110 n.
 Cantor, George, 254, 255
 capitalismo: adaptación después de la revolución y de la guerra, 340-343; competencia y monopolio, 51-52, 61; e imperialismo, 19; internacional, 49-50; y colonialismo, 70, 74-75; 79, 83; y la aceptación de la democracia, 121; y la guerra, 324; y la sociedad burguesa, 16-18; y optimismo, 18-19
 «caqui», elección (1900), 114
 carbón: importancia del, 34; índice de bajas en las minas de, 314; sindicatos de mineros, 132-133, 138; trabajadores del, 125
 Caribe, colonialismo en el, 67
 carne, aprovisionamiento de, 73
 Carnegie, Andrew, 113, 197, 316
 Carnot, Sadi, presidente de Francia, 110 n.
 Carpenter, Edward, 224
 Caruso, Enrico, 230
 casas burguesas, 176-178
 catástrofes, 338-339
 caucho, 72, 73, 74
 Cézanne, Paul, 241; *Naturaleza muerta con cebollas*, 265
 Chagall, Marc, 233
 Chaikovsky, Peter Iyich, 27
 Chaliapin, Fedor, 230
 Chamberlain, Joseph, 260
 Chandler, Alfred: *The Visible Hand*, 14
 Chanel, Coco, 228
 Chaplin, Charlie, 246
 Charpentier, Gustave: *Louise*, 237
 Checoslovaquia, 165, 172

- Chéjov, Anton, 27, 231; *El jardín de los cerezos*, 197
- Chemowitz (Cernovitsi), 26
- Chile, 85 n.
- China: como estado soberano, 31; economía, 23; revolución, 286-287, 290-292; tortura en, 32; y el imperialismo occidental, 290
- Churchill, lord Randolph, 107 n.
- Churchill, sir Winston S., 11, 88, 123
- CI, véase inteligencia, coeficiente de ciclos económicos de onda larga, 54-55
- ciencia, 252-270; y las ciencias sociales, 277-278; véase también gestión científica
- ciencias sociales, 261, 272, 276-282
- cine, industria del, 36, 230, 237-239, 247-249 «ciudad jardín», 239
- ciudades, 28; clases trabajadoras en las, 135-136; habitantes de las, 57, 191; industrias en las, 126; migración a las, 123, 125-126
- clase obrera: agitación social de la, 54; como fuerza política, 99, 122-123, 126-128; como mayoría de la población, 147; diferencias y divisiones de la, 129-131, 134; exclusión de los trabajadores extranjeros, 163-164; ideología y revolución social, 143-144, 146; nacimiento de la, 17; organización de la, 134-138, 140-141, 150-151; relaciones con las clases medias bajas, 138; solidaridad de la, 147, 150; y el deporte, 192; y la cuestión nacional, 154; y la distribución de la riqueza, 63; y la nación estado, 139; y la revolución, 286, 307, 339-340
- clase social: conciencia de, 129-131, 137-138, 140-142; negación de la existencia de, 180; y democracia, 95, 99; véase también burguesía; clases obreras; clases medias
- clases medias: apoyo al nacionalismo, 165-166; asimilación de las clases bajas, 161-162; bajas, 138, 166, 183, 188, 190-191, 194; casas de las, 176-178; dedicación a nuevas carreras profesionales, 196; definición e identidad de las, 179-183, 187, 191, 193-194; educación, 184-185, 187-188; efecto del imperialismo sobre las, 91; forma de vida, 175-179, 186, 191; ingresos y gastos, 194-195; movilidad social, 183, 187; número de personas de las, 187-188, 191; ocupaciones de las, 181-183; política y valores, 198-200; riqueza de las, 63; tamaño de las familias, 204; y la emancipación de la mujer, 212-213, 218-219; y la práctica del deporte, 184, 189, 191-193; y los sirvientes domésticos, 190; véase también burguesía
- Clausewitz, Carl von, 324
- Clemenceau, Georges, 92
- Club Ciclista de los Trabajadores «Solidaridad», 142
- Clydeside, en el Reino Unido, 30
- Cobden, Richard, 347
- cobre, 72
- colectivismo, 62, 113
- Colette, Claudine de, 222, 265
- Colombia, 74
- colonialismo: condena radical del, 81-82; expansión del, 66-69; hundimiento del, 296, 345; motivación política y estratégica, 77; resultados económicos del, 85-86; y el capitalismo monopolista, 70-71; y la asimilación, 162; y la búsqueda de mercados, 75-76; y la provisión de materias primas, 72-73
- comercio, libertad de, véase libre comercio
- comercio: auge del, 54-58; ciclos del, 54-56; depresión del, 43-54; en los productos primarios, 58; entre los países desarrollados, 83-84; mundial, 358
- Comité para la Unión y el Progreso, véase Jóvenes Turcos
- Compagnie Française de l'Afrique Occidentale, 85
- «compromiso» de 1867, 155 y n.
- Comte, Auguste, 87, 282, 293, 298
- comuna, en Rusia, 302, 306-307
- comunistas, partidos, 15
- Concilio Vaticano (1870), 100
- conductismo, teoría ruso-norteamericana del, 280
- Congo, 75, 77, 78, 81, 338
- Congreso Internacional de Estadística (1873), 156
- Congreso Nacional Indio, 296-297
- congresos mundiales de paz, 312
- Connolly, James, 153
- Conrad, Joseph, 89, 90, 233; *El corazón de las tinieblas*, 339
- Constantinopla (Estambul), 25 n., 28, 287, 322, 323
- constructivismo, 240
- Conway, Katherine, 222
- cooperación, 44-45, 142 n.
- Copenhague, 30
- Corfú, enseñanzas del, 38
- Corea, 290
- Cornualles, mineros de, 79 n.
- coronaciones británicas, 116
- Corporation of Foreign Bondholders, 84
- Corradini, Enrico, 169

- corrupción de los gobiernos, 107
- Creighton, Mandell, obispo e historiador anglicano, 38
- Criadores Obreros de Conejos, 142
- Crimea, guerra de (1854-1855), 323
- crisis del decenio de 1930, 343
- cristianismo, y colonialismo, 81, 86; véase también Iglesia católica
- Croce, Benedetto, filósofo, 277, 283
- Cromer, Evelyn Baring, lord, 296
- Cromwell, Oliver, 104 n.
- Crossley, John, 177
- cuántica, teoría, 259, 264, 265
- cuáqueros británicos, 186 n.
- Cuba, 32, 66, 67, 73, 83
- cubismo, 231, 240, 244, 247
- «cuestión oriental», 311, 322; véase también Balcanes
- Curie, Marie (Skłodowska-Curie), 202-203, 222
- Daimler, Gottlieb, 36
- Dalmacia, 25
- Darío, Rubén, 234
- Darwin, Charles, 46, 261, 270, 272
- darwinismo, 253, 263; social, 261, 263, 276, 286
- De Gaulle, Charles, 11, 345
- De Vries, Hugo, 264
- Debussy, Claude, 230, 235
- decoración, 242
- Delius, Frederick, 196
- democracia: compatible con el capitalismo, 120-121; en los estados-nación, 31; política de la, 94-121; progreso hacia la, 38, 62, 94-97; y la burguesía liberal, 17
- democristianos, partidos, 101
- deporte, práctica del, 184, 189, 191-193, 215, 218
- Depretis, Agostino, 109
- Deroulède, Paul, 169
- Diaghilev, Serge, 245, 251
- diamantes, 72, 84
- Díaz, Porfirio, 273, 299
- Dacey, A. V., abogado, 62, 113
- Dictionary of Modern Thought*, 11
- Dietrich, Marlene, 199 n.
- Dinamarca: apoyo socialista al gobierno de, 112; campesinos, 28; colonias y dependencias, 68; cooperativas en, 45; democracia en, 31; economía desarrollada en, 29; exportaciones al Reino Unido, 48; modernización de la agricultura en, 44; mortalidad infantil, 203; sufragio universal de los varones, 95-96; votación pública en, 97
- Disraeli, Benjamin, 96
- Dobrogeanu-Gherea, Alexandru, 233 n.
- Donetz, cuenca del, 59
- Dostoievski, Fedor, 27
- Dreiser, Theodore, 231
- Dreyfus, capitán Alfred: caso, 13, 100 y n., 109, 112, 162, 170, 275
- Dublín: huelga general (1913), 119; Insurrección de Pascua en (1916), 153, 296
- Duhem, Pierre, 265
- Durkheim, Émile, 98, 103, 283-284
- Duveen, Joseph, 195
- Edison, Thomas Alva, 36
- Eduardo VII, rey de Inglaterra, 232
- educación: de las clases medias, 184-185, 187-189, 191; de las niñas, 189, 212-214; de masas, 33, 159, 166, 236; popular, 272; y cultura, 236-237; y el analfabetismo, 354; y la identidad nacional, 159-160; y las asociaciones de los antiguos alumnos, 189; y las lenguas, 166-167
- Egipto, 10, 77, 78, 296, 309, 327; invasión por Napoleón, 24
- Einstein, Albert, 16, 253, 256, 265, 281; teoría de la relatividad especial de, 258, 270
- ejecuciones, métodos de las, 315
- ejércitos, 312-314, 359
- electricidad, 35
- Elen, Gua, 150 n.
- Elgar, sir Edward, 117, 230
- Ellis, Havelock, 224, 231, 282
- emigración, 44-45, 79, 163, 353
- emperadores, 65-66
- energía, fuentes de, 34-35
- Engels, Friedrich, 120, 143, 224, 276; y la guerra, 311, 315, 316, 321; *El origen de la familia*, 225
- Englishwoman's Year-Book*, publicación feminista, 222 n.
- Ensor, James, 235; *Entrada de Jesucristo en Bruselas en 1889*, 238
- Entente Cordiale* anglofrancesa, 326-327
- entretenimiento popular, 246-247
- Escandinavia, 29, 37, 113
- esclavitud, 32; véase también servidumbre
- Escocia, universidades en, 188 n.
- escuelas: británicas, 184, 188; y la identidad nacional, 159-160; y la lengua, 167; véase también educación

- España, 32, 37, 66, 68, 77, 109, 115; guerra con los Estados Unidos (1898), 77, 114, 314, 319
 esperanza de vida, 37
 estadística moral, 37-38
 estado-nación, 30-31; nacionalismo en, 156-157, 160-161, 166-167; nuevos, 345; y autonomía, 154-156; y el mercado, 49; y la propiedad pública, 63; y la unidad de la clase obrera, 138-139; y patriotismo, 158-159, 169-174; y republicanism, 115; y territorio, 157-159
 Estados Unidos de América: aranceles en, 44; burocracia federal en, 107 n.; cine en, 248-250; colonialismo en, 66-68, 76-77, 85, 323; como estado, 31; cooperativas en, 45; democracia en, 31, 96; desarrollo económico de, 27, 43, 55, 325; electricidad en, 35; flota de, 328; formas de expresión nacional, 117, 160; gran masa de consumidores en, 37; guía de fraternidades de los *colleges*, 189; inmigrantes, 162-163; lengua inglesa en, 160, 161; matrimonios subvencionados con aristócratas ingleses, 181; planes de asistencia social, 113; política de «puerta abierta» hacia China, 290; populismo en, 44, 46, 100, 106; progreso como ideología nacional, 39; sindicalismo, 132; socialismo en, 148; trabajadores, 124-125; *trusts* en, 51, 186; y México, 298-300; véase también guerra hispano-norteamericana
 Estambul, véase Constantinopla
 estaño, 72, 73, 74, 79 n.
 estana de la Libertad (1886), 241
 estatura humana, aumento de la, 37
 éter luminífero, problema del, 256-258
 Etiopía, 31, 66, 77, 169
 Eton College, 187, 188
 eugenesia, 261-262
 Europa: democracias en, 121; dominio cultural de, 27; economía desarrollada de, 23-27; estados-nación, 31; población de, 27
 Everyman's Library, serie de obras literarias, 231, 235
 evolución, 263-264; véase también darwinismo
 exposición internacional anglofrancesa (1908), 217
 fabianismo, 144, 213, 262
 Fackel, revista, 98
 familias: burguesas, 179, 198; cambios sociales en las, 344; tamaño de las, 203-205, 207-208; y la posición de la mujer, 225
 fascismo, 121, 170, 342
 Fashoda, crisis de (1898), 322
 Federación Alemana de Coros Obreros, 142
 Federación de los Trabajadores de la Tierra, en Italia, 134 n.
 Federación Oriental de los mineros de las montañas Rocosas, 130
 feminismo, 218-220, 223; véase también mujeres
 fenianos irlandeses, 172
 Ferrer Guàrdia, Francesc, ejecución de, 111
 ferrocarriles: desarrollo de los, 35, 61, 71; en Rusia, 303, 305; estaciones de, 235, 243; financiación de los, 75; y los sindicatos, 133-134
 filantropía, 197
 Filipinas, 66
 filoxera, plaga de la, 44
 Finlandia, 139, 149; revolución en (1905), 96; véase también Partido Socialista Finlandés
 físicos, 256-260, 266
 flamenco, lengua, 167
 flamencos, 118, 165-167, 172; véase también Bélgica
 Flandes, véase flamencos
 flota de barcos: a vapor, 35-36, 60; británica y la economía mundial, 47, 60; cifras de tonelaje, 258; crecimiento de, 58
 Fontane, Theodore: *Der Stechlin*, 186
 Ford, Henry, 53, 61, 125
 Forster, E. M., 196; *Pasaje a la India*, 296
 Fourier, Charles, 224, 347
 Fox, William, 248
 France, Anatole, 32
 Francia: agricultura, 28; alianzas de, 322, 323, 326-327, 328-330; analfabetismo en, 33; cambios de gobierno en, 106-107; como estado, 31; cooperativas agrícolas, 45; derecha minoritaria en, 109; descolonización del imperio, 345; educación de la clase media, 184-185; escándalos de corrupción política en, 107; fiesta nacional del 14 de julio, 116-117; fluctuaciones salariales, 57; imperio colonial, 66-68, 86; importaciones coloniales, 85 n.-86 n.; judíos en, 99, 168; médicos en, 182; plagas de la filoxera, 44; población estable, 204-205; progreso en, 38-39; representación parlamentaria del partido socialista, 127; separación de la Iglesia y el estado, 275; sindicatos, 132-133; socialismo en, 149; sufragio universal de los varones, 95; tarifas arancelarias, 47, 51; trabajo de las mujeres, 209; tumultos y huelgas en,

- 119, 133; y la primera guerra mundial, 319-322, 332; véase también Dreyfus, Alfred
 Francisco Fernando, archiduque de Austria, 330
 Francisco José, emperador de Austria-Hungría, 118, 320
 Franco Bahamonde, general Francisco, 11, 345
 Franklin, Benjamin, 22
 Frederick, Christine, 225
 Freud, Sigmund, 216 n., 253, 276 n., 281; *La interpretación de los sueños*, 265
 funcionalismo, 243
 fútbol, 192
 Gaelic Athletic Association, de Irlanda, 103
 gaélico, lengua, 168
 Gales: inconformista, 102; lengua galesa, 161, 166 n.; nacionalismo, 118, 155, 161, 165; universidades, 167
 Galileo Galilei, 272
 Galton, sir Francis, 262
 Gambetta, Léon, 183
 Gandhi, Mahatma, 11, 87-88, 273, 297
 Gante, burguesía de, 165
 Gaudi, Antonio, 235
 genética, 252, 261-264
 George, Stefan, 196, 244
 Georgia, en Rusia, 172
 Gervinus, Georg Gottfried, 236
 gestión científica, 51-53, 61
 Ghadr, Partido, en la India, 297
 Gibraltar, 76
 Gilbert, W. S.: *Patience*, 237
 Giolitti, Giovanni, 97, 107, 112, 341
 Gissing, George, 233
 Gladstone, William Ewart, 98, 105
 Gödel, Kurt, 255
 Goldman, Emma, 222, 233 n.
 Gorki, Maxim, 221
 gótico, 238, 243
 Gran Depresión, 43-54
 Gran Guerra, véase guerra mundial, primera
 grandes almacenes, aparición de los, 37
 Grant, presidente Ulyses S., 347
 Greene, Graham, 32
 Grey, sir Edward, 335
 Griffith, D. W., 250
 Gris, Juan, 233
 Gropius, Walter, 245
 Grosz, Otto, psiquiatra, 224
 guerra del Pacífico (1879-1882), 85 n.
 guerra hispano-norteamericana (1898), 77, 114, 314, 319
 guerra mundial, primera: alegría por el estallido de la, 200; alianzas y bloques de las potencias, 320-322, 328-329; armamento y preparación para la, 315-317, 319; como punto de inflexión natural en la historia, 14-15; efectos de la, 335-336, 337-338; inminencia de la, 311-314, 334-335; orígenes de la, 317-320, 323, 330-333; patriotismo nacional, 334; y el movimiento obrero, 134; y el nacionalismo, 118, 171, 173-174; y la competitividad económica, 62-63, 70; y la decadencia de China, 290; y la situación económica mundial, 323; y revolución, 286
 guerra ruso-japonesa (1904-1905), 289, 305, 311, 314, 329
 Guillermo I, emperador de Alemania, 116
 Guillermo II, emperador de Alemania, 92, 116, 181, 312, 327
 Gulbenkian, Calouste, 326
 Gutenberg, Johann, 272
 Habsburgo, imperio de los: como estado, 31; «compromiso» de 1867, 155 n.; democratización del sufragio, 102; moderación de los partidos eslavos en, 109; movimiento obrero y socialista del, 171; mujeres empleadas del, 265 n.; nacionalismo en, 173; y la primera guerra mundial, 286, 321, 332; y la revolución, 287-288; y las disputas lingüísticas, 166-167; y los eslavos del sur, 331; y los turcos, 25; y Polonia, 303 n.; véase también Austria; Hungría
 Halévy, Elie, 341
 Hambro, 37, 44, 45
 Hamburgo, 141
 Hamsun, Knut, 238
 Hannover, 104
 Hardy, G. H., 255, 269
 Hardy, Thomas, 231
 Hardy-Weinberg, ley matemática, 255
 Hauptmann, Gerhart, dramaturgo, 231, 238
 Haya, L., conferencias de paz de (1899), 312
 Heals, fabricantes de muebles, 237
 hebreo, lengua, 156-157, 168
Heimat, serial alemán de televisión, 158 n.
 Helphand, A. I. (Parvus), 42, 54, 145, 233, 277
 Henckel von Donnersmarck, príncipe, 183
 Hertz, Heinrich, 257, 258
 Herzl, Theodor, 155, 157, 172
 hierro y acero, producción de, 43
 Hilbert, David, 254-255
 Hilferding, Rudolf, 145, 277
 Hirschfeld, Magnus, 282

Historische Zeitschrift, 279
 Hitler, Adolf, 11, 91, 173, 262
 Ho Chi Minh, 11
 Hobbes, Thomas, 311
 Hobson, J. A., 69, 75, 93
 Hollywood, 248-251; véase también cine, industria del
Hombres y mujeres de la época, 221
Home Rule (autonomía), en Irlanda, 120, 131
 homosexuales, 224
 Honduras, 58
 Hong Kong, 290
 Horta, Víctor, arquitecto, 235, 239, 243
 Howard, Ebenezer, 239
 huelgas generales, 119, 138-139
 Humberto, rey de Italia, 110 n.
 Hume, Allan Octavian, 297
 Hungría, 97, 155 n., 167; véase también Habsburgo, imperio de los
 Huxford, Edmund, 266; *Logische Untersuchungen*, 265
 Huysmans, Joris Karl, 238

Rosen, Henrik, 197, 203, 215, 231, 238
 Iglesia católica: actitud hacia el progreso, 38; obispos de color, 81; reacción contra la, 274-275; tolerancia de los sindicatos, 131; y las mujeres, 220; y los movimientos de masas político-confesionales, 100-101; y los nacionalismos, 165, 172; véase también anticlericalismo
 Iglesia ortodoxa, 102
 Iglesias, Pablo, 125
 imperialismo: concepto de, 69; creación de nuevas elites, 85-86; desarrollo del, 66-69; fin del, y la formación de nuevos estados, 345; gobernantes, 65-66; impacto sobre el mundo, 83-93; porcentaje del total del mundo, 357; problemas e incertidumbres del, 91-93; social, 78-79; y capitalismo, 18-19, 71, 75, 82; y la competitividad económica, 62; y la investigación médica, 260; y la occidentalización, 86-88; y los intereses occidentales en el exterior, 90; y marxismo, 70; y patriotismo, 79-80, 115
 impresionistas, 231, 232
 inconformistas, grupos de protestantes disidentes, 102 n.
 India: agitación religiosa y política, 273-274; industria en, 29, 123; intereses occidentales en, 91; movimiento de independencia, 295-297, 309; occidentalización de, 87; posición en el imperio británico, 77-78

Indochina, 67, 290
 Indonesia, 162
 industria: crecimiento mundial de la, 56; distribución mundial de la, 29; «gestión científica», 52-53; *trusts* y concentraciones de, 51-52
 industria doméstica, 207
 Insurrección de Pascua (1916), en Irlanda, 153, 296
 inteligencia, cociente de (CI), 280
Internacional, himno de la, 117
 Internacional: Primera, fundada por Marx, 140, 304; Segunda, comunista, 42, 81, 112, 139, 140, 172
 intuición y ciencia, 253-255
 Irlanda: conflictos en, 296; divisiones de la clase obrera, 130; emigración desde, 45, 103; nacionalismo en, 103, 108, 118, 155, 172; pérdida de población, 49, 204; y el catolicismo, 172; y la lengua gaélica, 168; véase también Insurrección de Pascua
 Isaacs, Rufus, después Lord Chief Justice y virrey de la India, 107
 Isabel, emperatriz de Austria, 110 n.
 Italia: alianzas y bloques de poder, 321, 322; aventurismo militar de, 331; cambios de posguerra, 341; colonialismo, 66, 68, 77; como estado soberano, 31, 155 n., 160, 169; derrotada por Etiopía (1896), 169; emigración procedente de, 51, 164; en los márgenes del desarrollo, 32; *fancy franchises* en, 97; ocupación de Libia (1911), 330; partido socialista en, 127, 148; pobreza en, 32; sindicatos en, 132, 134 n.; tarifas arancelarias en, 47 n., 51

James, familia, 196
 James, Henry, 27, 233
 James, William, 281
 Janáček, Leos, 230
 Japón: abrazo de las costumbres e ideas occidentales, 39; actitud occidental hacia el, 89; alianza con el Reino Unido (1902), 323; como estado, 31; en la economía mundial, 27; expulsión de los rusos de Manchuria, 290; flota del, 328; gobierno de, 66; guerra con Rusia (1904-1905), 289, 305, 311, 314; imperio colonial del, 67-68, 77; industria en el, 29; influencia sobre el arte occidental, 91, 233, 241; parlamentarismo en, 97; preservación del imperio, 288; y la raza, 40
 Jaurès, Jean, 141, 334
 Jevons, W. S., 280

jornada de ocho horas, exigencia laboral de la, 139, 147
Journal des Débats, periódico, 247
 Joven Gales, movimiento de la, 155, 165
 Jóvenes Turcos (Comité para la Unión y el Progreso), 39, 293-294
 Joyce, James, 235
 judíos: ayuda de los socialistas, 150; controles de inmigración sobre los, 48 n.; diferencias de clase, 40; emigrantes rusos a Palestina, 307; movimiento sionista entre los, 155-158, 162, 172; y el declive liberal, 115; y el lenguaje hebreo, 156-157, 168-169; y el movimiento revolucionario ruso, 305; véase también antisemitismo; Drayfus, Alfred
 Juegos Olímpicos, nueva Institución de los (1896), 192; véase también deporte, práctica del
Jugendstil, véase *art nouveau*
 Jung-Wien, rebeldes artísticos de, 237
 juventud: y burguesía, 179, 184

Kahnweiler, Daniel Henry, 245
 Kandinsky, Vassily, 241, 272
 Kautsky, Karl, 144, 145, 154, 164, 276
 Kelvin, William Thomson, lord, 253
 Keynes, John Maynard: adaptación a la situación de posguerra, 342; como burgués, 237; edad de, 11; educación de, 187; en los «Apóstoles», 269; padre de, 188 n., 194; sobre la guerra, 324, 342
 Kipling, Rudyard, 91, 92
 Klimt, Gustav, 217
 Klondike, fiebre del oro de (1898), 54
 Kodak, muchacha (1900), 116
 Kokoschka, Oskar, 245
 Kollontai, Alexandra, 222
 Kollwitz, Käthe, 238
 Kondratiev, Nikolai Dmitrievich, 54-56
 Kormgold, Erich Wolfgang, 251
 Krafft-Ebing, Richard von: *Psychopathia Sexualis*, 281
 Kraus, Karl, 98, 196, 217, 240, 269, 338
 Krupp, Alfred, 183, 260, 316
 Krupp, industria pesada, 126
 Kuhn, Thomas, 259
kulaks, campesinos rusos, 308; véase también campesinado
 Kuliscioff, Anna, 222, 233 n.
Kulturkampf, 109

Labour Representation Committee, en el Reino Unido, 112

Ladies Home Journal, 225
 Laemmle, Carl, 248
 Lagerlöf, Selma, Premio Nobel de Literatura (1909), 222, 231
 Lalique, René J., 239
 lana, 74
 Land and Labour Association, de Irlanda, 103
 Land League, de Irlanda, 296
 Lawrence, D. H., 225
 Le Bon, Gustave, 282
 Le Corbusier, C. E. Jeanneret, 243
 Leconte de Lisle, Charles Marie, 238
 Lehar, Franz, 230
 lengua: posición oficial sobre la, 166-167; y los inmigrantes, 164; y nacionalismo, 156-157, 160-161, 166-168
 Lenin, Vladimir Ilich Ulyanov: edad de, 11; sobre el imperialismo, 19, 69, 82; sobre la república democrática, 120-121; teoría y práctica revolucionaria, 304-305, 307, 340-341; y el «amor libre», 224; y el desarrollo del mundo de la posguerra, 340-341; y la cuestión nacional, 154; y la primera guerra mundial, 335; y la revolución de 1905, 306; y la teoría socialista, 146; *Materialismo y empiriocriticismo*, 269
 Leoncavallo, Ruggiero, 230
 Leopoldo II, rey de Bélgica, 76, 77
 Letonia, 172
 Leverhulme, William H. Lever, lord, 181
 Lex Arons (1898), de Alemania, 276-277
 liberalismo: alemán, 198-200; aparición del, 17; burgués, 199-200, 341; declive del, 114-115; y antiimperialismo, 79; y el Estado, 48-49; y la teoría económica, 49; y protestantismo, 102
 Liberia, 31, 67
 Liberty, fábrica textil, 237
 Libia, ocupación italiana de (1911), 330
 librecambio, 48, 51, 169; véase también aranceles
 Lieja, en Bélgica, 135
 Liga Gaélica, fundación de la (1893), 156
 Liga Pangermana, 162, 199
 Liga para la restricción de la emigración, fundación de la (1893), 163
 lingüística, evolución, 279; véase también lengua
 Lipchitz, Jacques, 233
 Lipton, sir Thomas, 62, 181
 Lisboa, 30
 Lloyd George, David, 107, 118, 155, 173, 330, 342
 Lloyds Bank, 52

Londres, 29, 136; como centro financiero, 60
 Loos, Adolf, arquitecto, 242
 Lorentz, H. A., 257-258
 Loti, Pierre, 89
 Lowe, Robert, 117 n.
 Lowell, familia de Boston, 178
 Lueger, Karl, 101, 109, 111
 Luis Felipe, rey de Francia, 95
 Lukács, György, 196
 Luxemburg, Rosa, 145, 154, 165, 202, 221-222, 226, 233 n., 277
 Lyon, 136

Macao, cesión a Portugal de (1887), 290
 MacDonald, James Ramsay, 142
 MacDougall, William, 281
 Mach, Ernst, 257, 265, 269, 276 n.
 Mackenzie, Fred A.; *American Invaders*, 51
 Mackinder, sir Halford, 328
 Mackintosh, Charles Rennie, 243
 Madero, Francisco, 300
 Maeterlinck, Maurice, 234, 238
 Mahler, Gustav, 230, 245
 Mallarmé, Stéphane, 238
 Malta, 76
 Malthus, Thomas, 263
 Manaus, en Brasil, 39
 Manchuria, 290
 Mann Act (1910), en los Estados Unidos, 223
 Mann, Heinrich, 199
 Mann, Thomas, 178, 196, 199, 231, 236
 Mao Tse-tung, 11, 345
 Marconi, escándalo (1913), 107
 María, Virgen, 220
 Marinetti, F. T., 200
 Marruecos, 31, 66 n., 288-289, 290, 319, 327, 329; véase también Agadir, crisis de *Marsellesa*, himno de la revolución, 117
 Marshall, Alfred, 44; *Principios de economía*, 194
 Martin du Gard, Roger, 231
 Martyr, Caroline, 222
 Marx, Eleanor, 222
 Marx, Karl, y el marxismo: atracción de los intelectuales, 276-277; cambios ideológicos, 112; dominio de la Primera Internacional, 112; dominio del partido socialista, 128, 142-143, 145; en la India, 273; influencia global, 345; influencia sobre los trabajadores, 141-145, 272; sobre la república democrática, 120; y el imperialismo, 69-70, 82; y el socialismo científico, 268, 272, 276; y la historia económica, 279; y la revolución, 146; y la sociología, 283-284; y la utopía, 347; y los campesinos, 147; y los ciclos económicos, 54-55; y Rusia, 302, 304-305
 Masaryk, Thomas, 164
 masas, movimientos de: educación de los, 272-273; ideológicos, 103; y democracia, 95-100; y la primera guerra mundial, 118-119; y religión, 101-102; y revolución, 286; véase también clase obrera
 Mascagni, Pietro, 230; *Cavalleria rusticana*, 237
 matemáticas, 254-256, 259, 266
 matrimonio, 204, 207-209, 225-226; véase también familias; mujeres
 Maurras, Charles, 275
 Max-Planck-Gesellschaft (antigua Kaiser-Wilhelm-Gesellschaft), 160
 Maxwell, James Clerk, 256
 May, Karl, 311
 Mayer, Louis B., 248
 Mazzini, Giuseppe, 154
 McKinley, William, 47, 110 n.
 Medici Society (1908), del Reino Unido, 231
 médicos, número de, 182
 medios de comunicación, 61, 97, 346
 Melba, 230
 Melbourne, en Australia, 28
 Méline, Félix-Jules, 47
 mencheviques, 172, 307-308
 Mendel, Gregor Johann, 263-264
 Menger, Carl, 279-280
 Merrill, Stuart, 233
 Mermaid Series, de obras de dramaturgos, 231
 Messina, terremoto de (1908), 337
 Metemich, Clemens von, 26
 Meunier, Constantin, 235
 México: modernización de, 39, 298-301; revolución en, 286, 288, 294-295, 309
 Michels, Robert, 98, 105, 283
 Michelson, A. A., 257, 258
 Middlesbrough, 136
 Milán, 28, 110
 Mill, John Stuart, 40, 41, 291
 Millerand, Alexandre, 149
 Milner, Alfred, 108
 minería, y minerales, 72; véase también carbón; oro
 misioneros, 81, 86
 Möbius, Paul Julius, 217
 moda, 215, 228
 modernismo, arte, 15, 234-238, 239-240, 244; véase también arte de vanguardia
 Modigliani, Amedeo, 233
 monopolio, 51-52; véase también capitalismo

Monroe, doctrina, 67, 68 n., 77, 323
 Montesquieu, Charles de, *Seconda*, barón de: *Cartas persas*, 89
 Moore, G. E., filósofo, 269
 Moreas, Jean (Yannis Papadiamantópoulos), 233
 Morgan, John Pierpont, 113, 189, 195
 Morley, E. W., 257-258
 Morley, John, 119 n., 333
 mormones, establecimiento en Utah (1848), 105 n.
 Morozov, Savva, 197, 232
 Morris, William, 235, 237, 238, 239, 242, 243
 Morrison, Arthur: *A Child of the Jago*, 150
 mortalidad, tasas de, 203
 Mosca, Gaetano, 98, 283
 motores de combustión interna, 36, 61
 Mozart, Wolfgang Amadeus, 35, 196
 mujeres: burguesas, 198, 201, 212, 213; como consumidoras, 213, 217; educación de clase media, 189, 212-214; emancipación de las, 202-228, 346; liberación sexual, 216, 224-225; libertad en el ámbito social, 215; ocupaciones y logros, 221-222; participación en la política, 220-223; posición en el hogar, 219; trabajadoras, 62, 206-211, 346; voto de las, 96, 211-212, 223, 227; y el deporte, 192-193; y la familia, 226-227; y la religión, 226; y la tasa de natalidad, 203-205
 Munch, Edvard, 238
 Munich, 28
 música, 230, 234, 237, 251
 music-hall, 246
 Mussolini, Benito, 11
 Muthesius, Hermann, 243

nacionalismo: aparición del, 102-103, 106, 108, 111, 152-154; de derechas, 153; símbolos del, 117, 152; y las divisiones de la clase obrera, 130; y los inmigrantes, 163-165; y separatismo, 165
 Naciones Unidas, 345
 Namibia, véase África Suroccidental Alemana
 Napoleón Bonaparte, 24, 303
 Napoleón III, emperador de Francia, 66
 narodniks, populistas rusos, 302, 304
 natalidad: control de, 204-205, 224, 262 n.; tasas de, 203-204
 naturaleza y educación, 262
 naturalismo, 237-238, 242
 Naumburg-Merseburg, distrito de Alemania central, 140

Nehru, Jawaharlal, 11
 neopositivismo, 265-266
Neue Freie Presse, periódico, 247
Neue Zeit, publicación marxista, 237
 New English Arts Club, 232, 237
 Newall, Bertha Philpotts, 226
 Nietzsche, Friedrich: como «moderno», 237; sobre el espíritu alemán, 236; sobre la predicción del estallido de una guerra, 312; sobre las crisis de expectativas, 267-269; y la crisis del arte, 244; y los valores del siglo xix, 198, 241; *Así habló Zaratustra*, 217; *La voluntad de dominio*, 92, 261
 nihilismo, 267
 Nijinsky, Vaslav Fomich, 230
 niños, trabajo de los, 205, 208-209; véase también familias; natalidad, tasas de
 nitratos, 73, 85 n.
 nivel de vida, 23, 36-37, 194-195
 Niza, 155
 Nobel, Alfred, 316
 Nobel, premios, 27, 234, 269, 312
 Nordau, Max: *Degeneration*, 267
 Noruega, 49 y n., 96, 155, 168
 Nueva Delhi, 92
 Nueva Zelanda, 31, 45, 74, 96, 124

obrero, clase, véase clase obrera
 Océano, véase Pacífico
 ocio, 184, 195; véase también deporte, práctica del
 Oklahoma, 148
 oligopolio, 51
 ópera, 230, 237; véase también teatros de ópera
 Oriente Medio: como término, 25; petróleo del, 63, 71-72, 326
 oro: descubrimiento de nuevos depósitos en Suráfrica, 54; producción de, 72; y la expansión imperialista, 84; y la guerra de los bóers, 75; y los precios de la plata, 46; véase también patrón oro
 Ostrogorski, M., 98
 Ostwald, Wilhelm, 265; *Química inorgánica*, 265
 otomano, Imperio: como estado soberano, 31; excluido de Europa, 25; influencia de Alemania, 326; revolución en el, 87, 286-287, 290, 292-294, 309, 329; temible prestigio del, 89; y la primera guerra mundial, 286, 311, 326; y los Jóvenes Turcos, 39
 Otto, rey de Baviera, 159
 Oxford, universidad de, 275

- Pacífico y Oceanía, 66, 67, 77, 85-86, 241
 Pahtavi, dinastía imperial persa, 289
 Paine, Tom, 272
 Países Bajos: agricultura, 28; imperio colonial, 67, 77, 85; mortalidad infantil en los, 203; partidos católicos en los, 101; privilegios en el sistema de votación, 97; resistencia a implantar una democratización, 96; y el nacionalismo de Indonesia, 162
 Panamá: canal de, 67; escándalo de (1892-1893), 107
 Pannekoek, A., 278
 Paraguay, 58
 Pareto, Vilfredo, 98, 283-284
 París: Comuna de (1871), 94; población de, 29
 Parnell, Charles Stewart, 102, 105
 Parti Ouvrier Français, 137, 221
 Partido Demócrata, en los Estados Unidos, 164
 Partido Laborista británico: fundación del (1900), 104; mujeres en el, 221; representación parlamentaria y pacto con los liberales, 112, 142; y el nacionalismo galés, 165; y el privilegio político burgués, 178
 Partido Laborista de Australia, 74, 127
 Partido Laborista Independiente británico, 118
 Partido Liberal británico, 81, 103-104, 112, 119, 165
 Partido Nacionalista Vasco, fundación del (1894), 155, 165
 Partido Popular de Austria, 101
 Partido Republicano, en los Estados Unidos, 108
 Partido Socialcristiano, de Austria, 109, 111
 Partido Socialdemócrata alemán, 102, 105, 109, 127, 140-141, 145; y el marxismo, 145, 276-277, 279; y la revolución, 144, 146; y las mujeres, 220
 Partido Socialista Finlandés, 149, 172
 Parvus, véase Helphand, A. L.
 Pascin, Jules, 233
 Pathé, Charles, 248
 patriotismo, 79-80, 153-154, 158-159, 169-171, 174; véase también guerra mundial, primera; nacionalismo
 patrón oro, 106
 Pavlov, Ivan P., 280
 Pearson, Karl, 262-264, 265
 Pearson, Weetman, 299
 Peary, almirante Robert Edwin, 11
 Pekín, 28
 pensamiento libre, 272-273
 Pensilvania, 30, 165
 periódicos, 61, 247, 355
 Perret, Auguste, 243
 Persia, imperio de, 31; revolución de, 286-289, 309
 Perú, 85 n.
 pesimismo, 267
 Petrogrado, véase San Petersburgo
 petróleo, 35, 63, 71, 72, 326
 Picasso, Pablo, 231, 233, 235, 245, 253
 Pickford, Mary, 248
 Pilsudski, Josef, 158-159
 Pío X, papa, 101
 Planck, Max, 16, 253, 256, 259, 265
 plata, y el sistema de pagos, 46
 Plejánov, Georgii Valentinovich, 237, 240
 plutocracia, 191, 194
 población, 22, 26-27, 28, 58, 203, 352
 poesía, 244
 Poincaré, Henri, 255, 266
 Polonia: cuestión nacional en, 155, 158, 165, 172; emigrantes de, 162; movimiento nacional de liberación contra el gobierno zarista, 303; Partido Socialista de, 172
 Pomerania, 114 y n.
 populismo, en los Estados Unidos, 44, 46, 100, 106
 populistas rusos, véase narodniks
 Portugal, 26, 32, 45 n., 66, 68, 77, 327
 posimpresionistas, 231
 positivismo, 87, 241-242, 293; véase también neopositivismo
 posmodernismo, 15
 Potemkin, motín del acorazado, 306
 Pound, Ezra, 233
 Praga, 115
 precios, 44-46, 195
 prensa, 97-98; véase también medios de comunicación; periódicos
 Primero de Mayo, celebración del, 139, 140, 145, 237
 Príncipe, Gavriilo, 332
 producción mundial, y comercio, 358
 producto nacional bruto (PNB), 23
 productos alimentarios, expansión del mercado de, 72-73
 productos tropicales, 357
 profesiones liberales, 176, 182
 profesores, 272
 progreso, 34-41, 268, 276, 278, 339
 proletariado, véase clase obrera
 Promenade Concerts, en el Reino Unido (1895), 231
 proteccionismo, 48, 51, 62, 76, 325; véase también aranceles; librecambio
 protestantismo, 101-102

- Proust, Marcel, 224, 231, 242, 281
 Próximo Oriente, como término, 25
 Prusia, 96, 97, 104, 114
 psicoanálisis, 253, 281
 psicología, 280-282
 publicidad, industria de la, 116, 213, 233, 282
 Puccini, Giacomo, 230; Tosca, 265
 Puerto Rico, 66, 67
 química, 268
 radiación, formas de, 258
 radiotelegrafía, 36
 Raeder, almirante Erich, 319 n.
 Raiffeisen, minibanco rural alemán, 45
 Raphael, Max, 244
 Rappoport, Angelo S., 233 n.
 Rathenau, Walter, 245
 Ratibor, duque de, 331
 Ray, Satyajit: *Los ajedrecistas*, 89
 razas humanas, 39, 261-263
 razón, 271-272, 273-275, 280-281
 reclutamiento, servicio militar obligatorio, 312
 Reform Acts, en el Reino Unido, de 1867 y 1883, 95
 Reger, Max, 230
 Reino Unido: actitud hacia los habitantes de las colonias, 80; agricultura, 28, 44, 48; aristocracia terrateniente, 180-181, 185; comercio, 60, 83-84; como estado soberano, 31; conflictos obreros, 138; crisis constitucional en el, 120; declive relativo del, 55, 59, 60; descolonización del imperio, 345; educación obligatoria, 188; ejército, 333; en las alianzas de uno de los bloques, 322-323, 327; escándalos de corrupción política, 107; exportaciones de capital, 47, 75; flota naval, 324, 328-329, 333; fluctuaciones salariales, 57; graduados en ciencias en el, 268; imperio colonial, 66-68, 84, 296; importaciones de alimentos, 47-48; independencia de los dominions, 295-296; inversiones en el exterior, 59-60, 75, 84-85, 357; libertad de comercio en, 47-48; maquinaria para la producción, 35; mujeres trabajadoras, 209, 211; reclutamiento voluntario, 119, 170; sindicalismo en, 131; sistema democrático, 97, 102; y la economía antes de la guerra, 324-325; y la economía mundial, 19; y la primera guerra mundial, 320, 333; y Persia, 289
 relatividad, 256, 257-258
 religión: retroceso de la, 274; y razón, 273-276
 Remington, Frederick, 163 n.
 Renan, Ernest, 198
 Renania-Westfalia: sindicato del acero, 186; sindicato del carbón de, 32
 republicanism, 115, 120
Rerum Novarum, encíclica (1891), 101
Révolte, La, periódico, 238
 revolución: amenazas de, 286, 339-341; establecidos, 146-147; hacia la, 285-309; tolerada, 110; y el cambio social, 17-18, 143; y la democratización del sistema de voto, 96; y sociología, 284
 Revolución francesa, centenario de la (1889), 21
 Revolución norteamericana, centenario de la (1876), 21
 Rhodes, Cecil, 78
 Richtofen, hermanas, 224
 Rilke, Rainer María, 196, 244
 Rimski-Korsakov, Nikolai Andreevich, 27
 riqueza, distribución de la, 36-37
 Ritz, César, 195
 Roanne, en Francia, 137
 Rockefeller, John D., 113, 195, 197
 Rohmer, Sax, 90
 Roland-Holst, Henrietta, 222
 Rolland, Romain, 231
 romano, imperio, 25
 Röntgen, Wilhelm Conrad, 258
 Roosevelt, Franklin Delano, 11
 Roosevelt, Theodore, 114, 163 n., 189
 Rosebery, Archibald Philip Primrose, lord, 104 n., 195
 Ross, sir Ronald, premio Nobel de Medicina (1902), 260
 Rostand, Edmond: *L'Aiglon*, 265
 Rothschild, familia de banqueros, 50
 Rousseau, Henri, el Aduanero, 80
 Rousseau, Jean-Jacques, 103
 Rousseau, Waldeck, 112
 Roy, M. N., 297
 Royal Tournament, en Londres, 116
 Ruhr, en Alemania, 30
 Rusia: apoyo popular a la guerra, 334-335; analfabetismo en, 33; antagonismo con el Reino Unido, 322-323; calendario ruso (juliano), 139 n.; campesinado, 100, 301-303; como estado soberano, 31; como potencia cultural, 27; condiciones antes de la revolución, 301-303; cuestión nacional, 159; democratización de, 97, 110; división entre Europa y Asia, 26; Duma (Parlamento) de, 110, 307; efectos de la revolución de 1917, 308-309; electores de las clases obreras,

- 139; en la Triple Entente, 322, 329; en los márgenes del desarrollo, 32; hambre en, 37, 302; imperialismo, 66-68, 77; invasión de Manchuria, 290; mortalidad infantil, 203; movimientos revolucionarios, 303-309; producción de cereales, 301-302; religión y política en, 102; revolución de 1905, 96, 110, 285, 288-289, 305-308, 329; revolución de 1917, 173, 308, 318, 339-341; revolución industrial en, 43, 303, 307-308; y la primera guerra mundial, 286, 320-322, 331-332; y los turcos, 25; y Persia, 289
- Ruskin, John, 87, 242
- Russell, Bertrand, 254, 255 y n., 265, 269; *Principia Mathematica*, en colaboración con Whitehead, 265
- rutenos, 165
- Rutherford, Ernest, físico neozelandés, 269
- Ryba-Seidl, Amalie, 226
- Saboya, en Francia, 155
- Saint-Simon, Claude Henri de, conde, 348
- salarios, 57
- Salisbury, Robert Gascoyne-Cecil, lord, 95
- Sammlungspolitik*, política de unión amplia, 112
- San Francisco, terremoto de (1905), 337
- San Petersburgo, 306, 313
- Sanger, Margaret, 224
- Sarajevo, 330
- Sargent, John Singer, 237
- Saussure, Ferdinand de, 279
- Schindler, Alma, 245
- Schlieffen, Plan, 320 n., 333
- Schmolker, Gustav von, 187
- Schneider, P. y J., 205 n.
- Schnitzler, Arthur, 281
- Schönberg, Arnold, 244-245, 251, 253
- Schreiner, Olive, 224
- Schulze-Gaevernitz, H. G. von, 93
- Schumpeter, Josef Alois, 55, 183 n.
- Schwejk, buen soldado (inventado), 314
- Scott, capitán Robert Falcon, 21
- Secesiones, instituciones artísticas, 232, 241
- secularización, 276
- «Semana Trágica» de Barcelona (1909), 119
- Serbia, 312, 331-332
- servidumbre, 32; abolición de la, en Rusia (1861), 301
- Seurat, Denis, 241
- sexo: extramatrimonial, 38; Freud y el, 281, 282; y la emancipación de la mujer, 216-217, 224
- Shaw, George Bernard, 200, 203, 226, 231, 235, 237; *Arms and the Man*, 311
- Shaw, Norman, 176
- Shchukin, P. I., 232
- Sherman, véase Anti-Trust Act
- Sibelius, Jan, 230
- Sicilia, 205 n.
- Simplicissimus*, revista, 98
- sindicalismo revolucionario, 144
- sindicatos: empresarios contra los, 112; en el Reino Unido, 132; mujeres en los, 221, 223; organización de los, 132-133, 137, 141; sindicalismo industrial, 138; y la depresión agrícola, 45; y las divisiones de la clase obrera, 131
- sionismo, 155-158, 162, 172; véase también judíos
- sirvientes domésticos, 190, 219
- Smith, Adam, 53, 62, 95; *La riqueza de las naciones*, 48-49
- socialismo: apoyo de los gobiernos, 112; base de masas del, 147-150; conversión en gran adalid del sufragio universal, 139; desarrollo del, 15, 18, 43, 110, 127-128; preponderancia de europeos, 82; representación parlamentaria, 140; y el progreso, 149; y el republicanismo democrático, 120; y el sector privado, 63; y la organización del proletariado, 134-135, 137; y la revolución social, 143-145; y las mujeres, 220-221, 223; y nacionalismo, 172
- socialistas nacionales, 172
- socialrevolucionarios, en Rusia, 100, 307
- Sociedad Fabiana, véase fabianismo
- Sociedad Teosófica, 274
- sociología, 282-284
- Sombart, Werner, 186 n., 187, 281
- Sorel, Georges, 98, 201
- Sousa, John Philip, 117
- Soutine, Haïm, 233
- soviets, 306
- Spencer, Herbert, 198, 282
- Stacy, Enid, 222
- Stalin, Iósif Vissaiónovich Dzhughashvili, 11, 154, 303
- Standard Oil Company, 52, 299, 326
- Stolypin, Peter Arkadevich, 308
- Stoges, Marie, 224
- Strauss, Richard, 230, 245; *Salomé*, 237
- Stravinsky, Igor, 231
- Strindberg, August, 217, 238
- suburbios de la ciudad, 176-177, 191
- Sudán, 78
- Suecia, 33, 43, 68, 83, 96, 119, 139

- sufragio femenino, véase voto de la mujer, derecho de
- sufragistas, véase Unión Social y Política de las Mujeres
- Suiza, 22, 28, 31, 49, 95, 97, 207
- Sullivan, Louis, 243
- Sullivan, sir Arthur: *Patience*, 237
- Sun Yat-sen, 291-292
- Suráfrica: estatus de los dominions, 295-296; inmigrantes indios en, 87-88; minas de oro de, 54, 72, 76, 83; mineros de Comualles en, 79 n.
- Suttner, Bertha von, 222
- Syllabus (1864), 100
- Syngé, John Millington, 235
- Taafe, Eduard, conde, 109
- Taiwan, 290
- Tánger, 289
- Tarde, Gabriel, 282
- Tata, compañía india de hierro y acero, 29
- Taylor, F. W., y taylorismo, 53
- té, 73
- teatros de ópera, 34, 39, 59; véase también ópera
- tecnología, 35-36, 60-61, 243
- teléfonos, 60, 355, 356
- telegrafía, 35, 63
- Teresa de Lisieux, santa, 220
- Thomson, J. J., 256
- Tíbet, 290
- Tiffany, Louis Comfort, 239
- Tilak, Bal Ganghadar, 297
- Times, The*, 247
- Tirol, 235
- Tirpitz, almirante Alfred von, 327
- Titanic*, hundimiento del, 13, 337
- Tito, Josip Broz, 11, 345
- Toulouse-Lautrec, Henri de, 116, 246
- Tolstoi, Lev, conde, 27, 87
- Tonkín, 314
- torturas, 32
- Trabajadores Coleccionistas de Sellos, 142
- trabajo: de las mujeres, 62, 206-211; infantil, 205, 208-209; movimiento obrero, 123-125; puestos de, 62; y los partidos socialistas, 127-128; véase también clase obrera; sindicatos
- tradición, 116
- transiberiano, ferrocarril, 21-22, 303, 305
- transportes, sindicatos de, 133
- trigo, 44, 56, 59
- Triple Alianza, entre Alemania, Austria e Italia (1882), 321, 329
- Triple Entente, entre el Reino Unido, Francia y Rusia, 322, 329
- Troeltsch, Ernst, teólogo, 283
- Trotsky, Leon B., 306
- Trotter, Wilfred, 282
- trusts*, 51-52
- Tuchman, Barbara: *The Proud Tower*, 14
- Túnez, 295
- Turati, Filippo, 141
- Turner, asociaciones gimnásticas, 169
- Turquía, véase otomano, imperio
- Twain, Mark, 27
- Tyneside, en Gran Bretaña, 30
- Tzu-hsi, emperatriz de China, 290
- UFA, filmes (1920), 250
- Ulster: división de los trabajadores, 130-131; protestantes del, 102
- Unión Social y Política de las Mujeres (sufragistas), 223
- United Fruit Company, fundación de la (1885), 73
- United Irish League, 103
- United States Steel, 52, 186
- universidades, 33, 188-189, 214; véase también educación
- Uruguay, 58, 74; estancieros de, 48
- Utah, comunidad mormona en, 105 n.
- utopía, 347-348
- vacaciones, 215; véase también ocio
- Van de Velde, Henry Clemens, 235, 242
- Van Dongen, Kees, 233
- Van Gogh, Vincent, 135, 231, 238
- vanguardia, véase arte de vanguardia
- vapor, 34, 125; véase también barcos de vapor
- vascos: lengua, 156, 167; y la Iglesia católica, 172
- Vaticano, 109; véase también Concilio Vaticano; Iglesia católica
- Vaughan Williams, Ralph, 230
- Veblen, Thorstein, 179, 283
- Verhaeren, Emile, 234
- Verne, Julio, 267
- Versalles, tratado de paz de (1919), 318
- Vestey, lord William, 181
- Vickers, factoría en Barrow, 126
- Victor Manuel, monumento a (1912), 241
- Victoria, reina de Inglaterra, 116, 159
- Vielé-Griffin, Francis, 233
- Viena: barrios burgueses, 176; barrios de clases media y media baja, 136; cultura en, 178;

- divisiones de los trabajadores, 130; incendio del Karltheater en (1881), 337; marxismo en, 276; población de, 29; «Secesión» de, 232, 241
- Villa, Pancho, 300
- vino y la plaga de la filoxera, 44
- Visconti, Luchino: *Muerte en Venecia*, 179
- vitalismo, 263
- Vivekananda, Swami, 273
- voto de la mujer, derecho de, 96, 211-212, 223
- Wagner, Otto, 243
- Wagner, Richard, 230, 237
- Wallas, Graham, 115
- Walras, Leon, 280
- Wanamakers, grandes almacenes, 37
- Warner Brothers, industria cinematográfica, 248
- Wassermann, August von, 260
- Watson, J. B., 280
- Webb, Beatrice, 98, 195, 203, 221, 222, 283
- Webb, Sidney, 98, 195, 283
- Weber, Max, 98, 162, 183 n., 186 n., 190, 199, 224, 281-284
- Wedekind, Frank, 281
- Weiner Werkstatt, 239
- Weininger, Otto: *Sexo y carácter*, 217
- Weizmann, Chaim, 172
- Wells, D. A., 43
- Wells, H. G., 93, 231
- Werfel, Franz, 245
- Westermarck, Edward Alexander: *Historia del matrimonio humano*, 225
- Whiteleys Universal Store, 178
- Whitman, Walt, 27
- Who's Who* británico, 184 n.
- Wilde, Oscar, 224, 233, 235, 238, 347; *Salomé*, 237
- Williams, E. E.: *Made in Germany*, 51
- Williams, Ralph Vaughan, véase Vaughan Williams, Ralph
- Wilson, escándalo (1885), 107
- Wilson, Woodrow, presidente, 154, 346
- Wimbome, lady, 195
- Wister, Owen, 163 n.
- Wittgenstein, Ludwig, 269
- Wollstonecraft, Mary, 227
- Woolf, Virginia, 195
- World's Classics, serie de literatura, 231
- Wundt, Wilhelm, 280
- xenofobia, 162, 163, 168
- Yeats, William Butler, 235, 244, 272
- yiddish, lengua, 157
- Zabern, escándalo de (1913), 111
- Zaharoff, sir Basil, 317
- Zanardelli, Giuseppe, 112
- Zapata, Emiliano, 299, 300
- Zasulich, Vera, 222
- Zenón, filósofo griego, 255 n.
- Zola, Émile, 238

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	7
<i>Introducción</i>	9
1. La revolución centenaria	21
2. La economía cambia de ritmo	42
3. La era del imperio	65
4. La política de la democracia	94
5. Trabajadores del mundo	122
6. Banderas al viento: las naciones y el nacionalismo	152
7. Quién es quién o las incertidumbres de la burguesía	175
8. La nueva mujer	202
9. La transformación de las artes	229
10. Certidumbres socavadas: la ciencia	252
11. La razón y la sociedad	271
12. Hacia la revolución	285
13. De la paz a la guerra	310
Epílogo	337
Cuadros y mapas	351
Notas	366
Lecturas complementarias	379
Índice alfabético	389